

TORI CARRINGTON

Tras  
el riesgo



elit

elit

TRAS EL RIESGO  
TORI CARRINGTON

 HARLEQUIN™

# Índice

[Tras el riesgo](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

# Sinopsis

Su lema: Merece la pena robar cualquier cosa que merezca la pena tener.

Nicole Bennett no solo era una chica mala, también era una ladrona. Y, aunque había pasado malos momentos, nunca la había seguido un tipo como Alex Cassavetes. El problema no era que la estuviera investigando, sino que ella también quería investigarlo a él... muy a fondo. Alex jamás había conocido a una mujer como Nicole: era salvaje, desinhibida... y muy sexy. Pero también era su única pista en un importante caso de robo. El peligro de intentar atrapar a un ladrón con la ayuda de una ladrona era que podría ser él al que le robaran... ¿el corazón?

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2003 Lori & Toni Karayianni

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Tras el riesgo, n.º 268 - diciembre 2018

Título original: Red-Hot & Reckless

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-226-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Prólogo

Nicole Bennett tenía dos debilidades, que le suponían una interminable fuente de problemas: las joyas de Tiffany y los hombres. Las primeras, porque no eran suyas; y los segundos, porque uno de ellos acababa de llamar a la policía.

Se apresuró a limpiar las huellas dactilares de las superficies que estaban más a su alcance mientras miraba por la ventana para ver si aparecía algún coche patrulla. Se encontraba en el sur del Bronx, en el destartalado apartamento de Sebastian Pollock, un actor de Broadway con el que había estado viviendo y saliendo durante una semana.

Cuando terminó, metió al gato en su caja y se colgó una bolsa de cuero negro en el hombro derecho. Después, tomó un sobre y metió en su interior, cuidadosamente, las joyas de plata de ley. Todavía se maldecía por haber acusado a Sebastian, por la mañana, de ser un hombre que solo duraba un minuto.

Abrió la puerta de la casa, sacó un pañuelo rojo y limpió el picaporte para no dejar ninguna huella. Acababa de salir al pasillo cuando vio a Sebastian. Estaba apoyado en una pared, con los brazos cruzados sobre su impresionante pecho.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó, arqueando una ceja.

Nicole respondió con una famosa frase de Bette Davis en *Eva al desnudo*. Era una de sus citas preferidas, y muy adecuada para las circunstancias y para su propia vida en general:

—Abróchense los cinturones. Va a ser una noche movida.

Una vez más, se preguntó qué había visto en aquel alto, atractivo y superficial individuo. Ciertamente, Sebastian no hacía demasiadas preguntas; un detalle importante teniendo en cuenta que ella era ladrona de profesión. Pero, por otra parte, no se podía decir que fuera

un buen amante. Bien al contrario, duraba tan poco en la cama que lo suyo no se parecía mucho al sexo.

Se dijo que solo había sido un error más en una larga lista de errores y decidió actuar.

Rápidamente, lo golpeó con la base de la mano en el esternón. Sebastian se dobló hacia delante y se quedó sin aliento, momento que ella aprovechó para registrarle los bolsillos; tal y como esperaba, el brazalete que se había llevado estaba en uno de los bolsillos de sus vaqueros. Después, sonrió y guardó la pieza con el resto de las joyas.

—Gracias por los buenos recuerdos —le dijo.

Nicole caminó hacia la escalera de incendios; no quería arriesgarse a bajar por la escalera porque cabía la posibilidad de que la policía la estuviera esperando abajo.

Mientras avanzaba, se preguntó a dónde podía ir. Pero la respuesta era evidente: a Baltimore, sin duda alguna.

El gato maulló en aquel momento y ella lo miró.

—Sospecho que vas a hacer otra visita a la tía Danika, Cat.

Acto seguido, aceleró el paso.

# Capítulo 1

Alguien la estaba siguiendo.

Tres días después del episodio de Sebastian, Nicole Bennett estaba sentada en un bar de Baltimore, llamado Flanagan's Pub. No era el lugar al que se dirigía; en realidad formaba parte de un rodeo que estaba dando para borrar su pista. Casi estaba segura de que la estaban vigilando, y sospechaba que habían comenzado a vigilarla el día que llegó a la ciudad, procedente de Nueva York. No había visto a la persona que la seguía, pero podía sentirlo en la piel; hasta el cargado ambiente del bar parecía estar dominado por una extraña expectación.

Su perseguidor no se encontraba en el bar; de eso, estaba segura. Al entrar en el establecimiento, había tardado dos segundos escasos en analizar la situación. Además de la camarera, solo había dos hombres y una mujer mayor con dos niñas que parecían ser sus hijas. Los primeros estaban en una esquina, enfrascados en una conversación; eran demasiado pálidos para ser policías y le parecieron simples ejecutivos. Las segundas estaban charlando entre risas.

En cuanto a la camarera, era su principal motivo de preocupación; parecía una mujer capaz, agresiva y con mucho carácter; alguien que podía estar en cualquiera de los dos lados de la ley. Pero Nicole no le dio demasiada importancia; su presencia en el bar era completamente casual, no había sido planificada, y sabía por experiencia que la policía no estaba tan organizada como para montar una operación de captura en tan poco tiempo.

Miró a la camarera. Parecía tan distraída que inmediatamente pensó que estaba pensando en un hombre: solo un hombre podía provocar tal gesto de dolor en una mujer.



Casi inmediatamente, la camarera confirmó sus sospechas con un comentario que hizo, entre dientes, mientras limpiaba la barra del bar:

—Seguro que se ha marchado con otra mujer.

En otras circunstancias, Nicole se habría felicitado por su capacidad de análisis. Pero la confirmación de sus sospechas no la alegró en absoluto; en cierto modo, aquella mujer estaba tan desesperada como ella misma.

La puerta del local se abrió en aquel momento y apareció una atractiva pelirroja. Nicole la observó con atención y pensó que no suponía amenaza alguna, aunque resultaba evidente que no había comprado las caras ropas y joyas que llevaba por ninguna herencia familiar, sino por su capacidad de trabajo. Conocía bien a la gente y sabía distinguir quién era un nuevo rico y quién había crecido rodeado de privilegios.

Calculó mentalmente el valor de las cosas que llevaba, pero lo desestimó de inmediato. Solo le interesaban las joyas de Tiffany, de primera calidad.

—Bonita camiseta —dijo la recién llegada.

A Nicole le extrañó que no se dirigiera a ella. A fin de cuentas, su atuendo de cuero era mucho más interesante que la camiseta con el estampado de Jessica Rabbit que llevaba la camarera.

—No tienes aspecto de que te gusten mucho las camisetas —dijo la camarera.

—Créeme, no visto de una forma tan elegante todos los días —dijo la pelirroja, riendo.

La mujer siguió hablando sobre la camiseta y añadió:

—Las camisetas me gustan tanto como a cualquiera, sobre todo si llevan un estampado como el tuyo. Me gusta pensar que tengo mucho en común con ese personaje. No es mala, es que la han dibujado de ese modo.

La camarera sonrió y le sirvió un whisky. Después, se presentó:

—Me llamo Venus, Venus Messina.

—Yo soy Sydney Colburn.

—¿Sydney Colburn? ¿La escritora?

—Sí, la misma —respondió, con una sonrisa.

Nicole también reconoció a la escritora. Había empezado a leer sus novelas en los aeropuertos, cuando estaba de viaje. Al principio solo las utilizaba para evitar que la gente le diera conversación en los aviones, pero al final le habían interesado de verdad.

—Vaya, me encantan tus libros. Tus heroínas nunca son unas inútiles —dijo entonces la mujer que se había presentado como Venus.

—Por supuesto que no, porque son personajes reales. Y también lo son los hombres. De hecho, cumplir mis exigencias no es tan difícil... Lo difícil es encontrar al hombre adecuado.

—Bueno, a mí nunca me ha costado encontrar hombres —dijo Venus—. Pero lo difícil es que se queden contigo.

—¿Te refieres a los buenos o a los malos?

Venus suspiró.

—Los únicos que se acercan a mí son los que consiguen que pierda el trabajo o vacían mis cuentas bancadas. Los de ojos verdes, cabello castaño y una sonrisa que debería ser declarada ilegal no me duran nada.

Nicole tuvo la impresión de que la camarera no estaba hablando en general, sino sobre un hombre en concreto.

—Veo que te ha dado fuerte —afirmó la escritora.

—Habla por ti misma —protestó.

La camarera sirvió un segundo whisky a la pelirroja y añadió:

—A las rebeldes nos cuestan mucho más las cosas. Nosotras intentamos vivir y no renunciamos a la idea de que el próximo hombre atractivo que aparezca podrá borrar el recuerdo del anterior.

En ese momento, Nicole decidió intervenir.

—No hay tantos hombres atractivos — dijo.

Venus la miró, se dirigió a ella y declaró:

—Casi había olvidado que estabas aquí. Ven a sentarte con nosotras. Las rebeldes debemos estar juntas.

Nicole apretó los labios. La franqueza y simpatía de la camarera no le extrañaron demasiado, pero sí le extrañó que la hubiera calado con tanta facilidad. Se dijo que tal vez compartiera su habilidad casi innata para reconocer a la gente, pero acto seguido pensó que en su caso no había ningún secreto: su gusto por el color negro y por la ropa de cuero la situaba inmediatamente en el campo de las mujeres rebeldes.

Pero, a pesar de todo, tuvo la sensación de que tenía mucho en común con aquellas mujeres. Por lo menos, en lo relativo a la vida y a los hombres.

—¿Las rebeldes? ¿Es que vamos a formar un club o algo así? —preguntó Nicole con ironía.

—El último club al que pertencí eran las Girl Scouts y me echaron a los once años, cuando me descubrieron espiando en la cabaña de los chicos. El jefe del campo me atrapó cuando estaba a punto de meterme en un armario con Tommy Callahan —dijo Venus—. Era un chico muy guapo.

—Yo nunca pertencí a ese club. Visten de marrón, y el marrón no es mi color preferido —dijo Nicole.

—Eh, pues mi madre nunca me perdonó por enseñarle mi ropa interior a los niños en preescolar —dijo Sydney, la pelirroja.

—¿Por qué? —preguntó Venus.

—Eso mismo me pregunto yo —intervino Nicole—. Al menos, tú llevabas ropa interior.

—Al parecer, hemos sido miembros del club de las rebeldes desde que nacimos, ¿eh? —comentó Venus.

Nicole se acercó a ellas y se presentó. Las tres mujeres estuvieron charlando un rato, hasta que el teléfono móvil de Sydney comenzó a sonar. Respondió la llamada, y cuando terminó de hablar, dejó un

billete de cien dólares sobre la barra y pidió a la camarera que la invitara a ella a tomar algo. Después, se alejó hacia la salida.

En ese preciso instante entró un hombre alto y moreno. Nicole entrecerró los ojos y supo de inmediato que era agente de policía; pero su condición profesional no impidió que admirara su enorme atractivo.

El hombre pasó ante la pelirroja que acababa de marcharse, sin prestarle ninguna atención, y clavó la mirada en Venus.

Nicole lamentó que estuviera interesado en la camarera. Su último encuentro con un individuo del sexo opuesto la había dejado con ganas de algo más, y no le habría importado divertirse un poco con él.

—Hola, Venus —dijo el hombre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Tenía sed. ¿Qué me recomiendas? ¿Un grito de orgasmo? ¿O tal vez un sexo en la playa? —respondió él mientras se sentaba en un taburete.

—Un grito de orgasmo contra una pared siempre es una buena elección.

—¿Y qué te parece contra el lavabo de un cuarto de baño, o en una piscina? —preguntó con una sonrisa.

Nicole no pudo evitar hacer un comentario sobre la sonrisa del recién llegado. Resultaba evidente que era el hombre al que se había referido poco antes la camarera:

—Es verdad, deberían declararla ilegal. Nicole sonrió a la camarera, a modo de despedida, y se marchó del local.

En cuanto estuvo afuera, miró a ambos lados de la calle por si divisaba algo sospechoso. Pero no vio nada extraño; solo gente corriente y un perfecto día de verano.

La sensación de estar siendo vigilada desapareció en cuanto se puso en marcha. Respiró a fondo, se dijo que tal vez lo había imaginado y pensó que se estaba volviendo paranoica con la edad. Por supuesto, no le ayudaba nada que de los tres miembros de su

familia ella fuera la única ladrona en activo. Su hermano, Jeremy, había dejado la profesión un año antes, después de casarse con Joanna.

En cuanto a su padre, ni siquiera quería pensar en lo que le había pasado. Era tan duro, que supuso que su paranoia derivaba de ese hecho.

Un segundo después, miró por encima de su hombro y alcanzó a ver una sombra que desaparecía.

Apretó los labios y pensó que tal vez no fueran imaginaciones suyas.

Alex Cassavetes se escondió en la entrada del pub del que acababa de salir la astuta y atractiva Nicole Bennett. Se frotó la mandíbula y supo que ella lo había visto; algo que no dejaba en muy buen lugar a un ex policía de Nueva York que se había convertido en detective especializado en robos y seguros.

Se levantó ligeramente una de las mangas de la chaqueta y miró la hora en el reloj. Sospechaba que Bennett había notado que alguien la estaba siguiendo antes incluso de entrar en el bar; por esa razón, había optado por esperarla afuera. Pero no esperaba que un segundo después de salir de la cafetería donde él había estado esperando, al otro lado de la calle, ella volviera la cabeza y lo mirara a los ojos.

Era absurdo que la siguiera en tales circunstancias, así que tomó dirección opuesta a la de la mujer. Se sentía un perfecto estúpido. Lo había estropeado todo cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo.

Nicole Bennett, toda una especialista en el mundo de los ladrones, había tomado tres días antes un avión, en Nueva York, para dirigirse a Baltimore. Naturalmente, él la había seguido de cerca. Había entrado en las tiendas donde ella entraba, había comido en los locales donde ella comía e incluso había tomado habitación en el

mismo hotel barato.

Pero nada, en sus treinta y dos años de existencia, lo había preparado para aguantar aquella mirada directa.

Sabía lo que habría dicho su abuela griega, Panayiota; habría dicho que eran los ojos de una bruja. Ojos negros, insondables y almendrados, que podían repeler o atraer a su antojo. Había visto a Nicole Bennett en fotografías; sin embargo, resultaba infinitamente más impactante en persona.

—La estás perdiendo, Cassavetes —se dijo.

El detective se resistió al impulso de volver la mirada. Ahora ya solo podía hacer una cosa: regresar al hotel y esperar que ella regresara más tarde.

Pero sabía que no volvería. Era una profesional y desaparecería al notar el menor peligro; el día anterior había registrado su habitación y no había encontrado nada en absoluto, ninguna pertenencia importante que la obligara a regresar. Sospechaba que guardaba sus cosas en la amplia bolsa de cuero que llevaba consigo, y que sus ocasionales visitas a las consignas de aeropuertos y estaciones de ferrocarril explicaban que nunca dejara objeto alguno por donde pasaba.

Eso hacía que seguirla fuera una labor extremadamente complicada. Y por supuesto, también provocaba que estuviera especialmente interesado en seguirla.

Alex Cassavetes estaba a la altura de aquella inteligente, seductora y fascinante mujer que siempre se escapaba y que le había generado serias dudas sobre su capacidad como detective. Actuaba con absoluta cautela, como un fantasma, y la mayoría de las veces solo robaba a otros ladrones o a personas envueltas en asuntos turbios que desde luego no denunciaban los robos.

Unos minutos más tarde, entró en el vestíbulo del hotel donde se había alojado durante los dos últimos días. Una prostituta y un cliente estaban charlando con el recepcionista, pero Alex hizo caso

omiso y se dirigió al segundo piso subiendo los escalones de dos en dos.

No recordaba cuándo había llegado a la conclusión de que su objetivo era Nicole Bennett. Llevaba tres meses siguiendo la pista a los diamantes que había robado Christine Bowman con ayuda de su banda; Christine ya había sido detenida y procesada por el robo de las joyas y por el asesinato de dos guardias de seguridad, pero los diamantes seguían sin aparecer.

Alex pensó enseguida que había algo muy extraño en todo aquello y organizó una investigación a fondo. Poco después, encontró lo que buscaba en una fotografía que habían hecho durante la detención de Christine Bowman, en una estación de autobuses de San Luis: en la imagen se veía a una misteriosa y atractiva mujer, vestida con ropas de cuero, que estaba sentada a cierta distancia de la detenida.

El detective comprobó entonces las fotografías que habían sacado en otros robos similares y notó que en dos de ellas volvía a aparecer la mujer de negro. Más tarde, Ripley Logan, del departamento de policía de San Luis, le dio un nombre: Nicole Bennett. El nombre de la mujer que se alojaba en la habitación contigua del hotel.

En cuanto llegó al segundo piso del establecimiento, se dirigió a su habitación, la 107. Pero se detuvo mientras introducía la llave en la cerradura, caminó hacia la habitación 108 y llamó.

Alex sonrió aunque Nicole no contestó. Sabía que ella estaba allí. Podía sentirlo en todo su cuerpo.

Estaba a punto de volver a llamar cuando se abrió la puerta y se encontró cara a cara con la mujer de ojos negros.

Nicole Bennett se cruzó de brazos y se apoyó en el marco, mirándolo con tal intensidad, que Alex se estremeció.

—¿Quieres algo? —preguntó ella.

Alex sonrió de nuevo. Era una mujer tan inteligente, que no mostró gesto alguno que indicara que sabía que la estaba siguiendo. Pero lo sabía. Estaba totalmente seguro.

Se permitió el lujo de admirar su escote. Tenía una figura impresionante, aunque no se había dado cuenta de ello hasta unas semanas antes, cuando comenzó a hacer calor y ella dejó de llevar su habitual chaqueta de cuero. Era tan bella, que la boca se le hizo agua.

—Sí —dijo, mirándola con igual intensidad.

Alex se sorprendió un poco al notar un ligero rubor en sus mejillas, y esperó unos segundos antes de continuar.

—Siento molestarte. Me llamo Alex y me alojo en la habitación contigua. ¿Te han cambiado las toallas esta mañana? Porque a mí...

Nicole Bennett no dijo nada. Se dirigió al cuarto de baño, tomó una toalla, regresó a la entrada y se la dio.

—Gracias —dijo él.

—De nada.

Acto seguido, Nicole le cerró la puerta en las narices.

Sin embargo, Alex siguió un rato más ante la puerta, sonriendo. No había oído los pasos de Nicole", lo que significaba que seguía al otro lado, observándolo a través de la mirilla. Estuvo a punto de saludarla a modo de despedida, pero no le pareció una buena idea y volvió a su habitación.

Aquello le pareció muy interesante. No solo había regresado al hotel, sino que le acababa de dejar bien claro que no le asustaba su presencia. O, al menos, que no estaba segura de que la estuviera siguiendo.

En cualquier caso, le pareció admirable. Nunca había conocido a ninguna mujer tan segura de sí misma, ni tan enormemente sexy.

Con un poco de suerte, tendría su oportunidad.



## Capítulo 2

Nicole llevaba una peluca corta y rubia, ni muy llamativa ni demasiado moderna, y un vestido ajustado pero elegante, adecuados ambos para la fiesta donde se encontraba. Al pensar en Alex, recordó su segunda cita preferida, esta vez de Rita Mae Brown: «No me llesves a la tentación. Puedo encontrar el camino yo sola». Indudablemente, era un hombre muy tentador. Y se sentía irremisiblemente atraída por él.

Miró a su alrededor, por si veía a alguien que pareciera estar fuera de lugar entre los ciento cincuenta invitados. Pensó que habría sido mejor que tomara un taxi y se dirigiera directamente al aeropuerto, que olvidara el trabajo, que lo olvidara todo excepto la necesidad de perder de vista a Alex. Aceptó una copa de champán que le ofreció un camarero y lo observó al pasar, comparándolo mentalmente con el hombre que ocupaba sus pensamientos. Alex.

Medía más de un metro ochenta, lo que automáticamente le situaba en la categoría de hombres peligrosos; siempre le habían gustado altos. Su pelo era casi tan oscuro como el de ella, castaño, sedoso y muy apetecible para tocar. Sus ojos eran de color verde e irradiaban una energía sexual tan intensa, que la boca se le hacía agua con solo mirarlo. Pero sus labios, grandes y cautivadores, eran lo peor de todo: hacían que sus pezones se endurecieran y que sus muslos vibraran.

No podía negarlo. Era muy atractivo. Razón de más para haberse marchado sin regresar al hotel, porque olía a policía a kilómetros a la redonda. Su vida amorosa era un verdadero desastre últimamente, y no necesitaba complicársela aún más con un policía.

Habían transcurrido seis horas desde que lo vio llegar al hotel, aunque nunca habría imaginado que se atrevería a llamar a la puerta

de su habitación. Y mucho menos con la débil excusa de que necesitaba una toalla: lo había visto por la mirilla y sabía que no había entrado en su habitación. Pero, al menos, había confirmado sus sospechas.

Se humedeció los labios con el champán. Era de primera calidad, algo que no le sorprendió en absoluto teniendo en cuenta que se encontraba en la mansión de los Theisman de Baltimore. Siempre tenían lo mejor de lo mejor, y además celebraban el primer aniversario de casados de la pareja que se encontraba junto a la chimenea: la flamante señora Theisman no llegaba a los veinticinco años, mientras que el señor Theisman, presidente de Theisman Telecommunications, andaba cerca de los sesenta. Probablemente fuera su tercera o cuarta mujer.

Una mujer se acercó a ella en ese momento y comentó:

—Una pareja encantadora, ¿no te parece?

—Desde luego. Verdaderamente encantadora —respondió, antes de alejarse con discreción.

Nicole nunca los habría descrito precisamente como encantadores, pero se dijo que ella no era quien para juzgar a nadie. No en vano, tenía la fea costumbre de sentirse atraída por hombres altos y fuertes que se despertaban por la mañana, veían sus joyas de Tiffany y llamaban a la policía.

Entonces, se fijó en una camarera. Llevaba camisa blanca, cerrada, pero a pesar de ello pudo ver la parte superior de un tatuaje negro en su cuello. Si sus cálculos eran correctos, los ladrones actuarían esa noche. Era el momento más adecuado; los sistemas de seguridad de la casa estarían a un nivel inferior por culpa de la fiesta, y siempre se podrían confundir entre los invitados.

Además, la joven señora Theisman había cometido el error de contratar a una empresa de catering desconocida, con trabajadores desconocidos, en lugar de confiar en la empresa que utilizaban habitualmente las familias de alta sociedad. Y ocupar el lugar de los

camareros era uno de los trucos más viejos y prácticos del mundo de los ladrones.

Definitivamente, los Theisman eran una presa fácil.

Nicole no sabía quién o quiénes eran los ladrones, ni conocía los detalles. Solo sabía lo que había oído tres días antes en sus círculos: que alguien iba a dar un golpe en la mansión. También sabía que había tres cajas fuertes en la casa: una se encontraba en el estudio, en el piso bajo; otra, en el baño principal; y la última, astutamente escondida bajo una alfombra persa y una cama del tercer dormitorio de invitados.

Supuso que el señor Theisman habría elegido la tercera caja para esconder los rubíes asegurados por más de doscientos mil dólares, que pensaba regalarle a su esposa. Pero todavía no sabía si los ladrones habían llegado a la misma conclusión.

Bajó la mirada para contemplar su reloj de diamantes falsos y derramó unas gotas de champán sobre su vestido. Se excusó ante el pequeño grupo de invitados con los que estaba charlando en aquel momento y se dirigió hacia la parte trasera de la casa, hacia la cocina, en lugar de dirigirse al aseo que había junto al vestíbulo. Minutos más tarde, se había quitado los zapatos y ascendía de puntillas por la escalera de servicio.

Consiguió llegar al piso superior sin que la vieran. El pasillo, apenas iluminado, estaba decorado con ilustraciones de Baltimore. No se parecía nada al sucio corredor del hotel en el que se alojaba; pero, por alguna razón, siempre se había sentido más cómoda en hoteles baratos: eran más reales, menos expuestos. Aunque se sentía cómoda en cualquier situación, prefería estar con los de su clase, con la gente que se veía obligada a luchar para sobrevivir, con los que soñaban con un golpe de suerte que acabara de una vez por todas con sus problemas.

Volvió a pensar en Alex sin poder evitarlo. Además de su indudable atractivo y de su altura, había algo especial en él, algo

diferente, que no podía definir con exactitud y que no estaba relacionado en modo alguno con el hecho de que pudiera ser un policía. Algo lo suficientemente intenso como para desear regresar al hotel aquella noche, con los rubíes, en lugar de tomar el tren de las doce en punto a Nueva York.

Entró en uno de los dormitorios de invitados y dejó la puerta ligeramente entreabierta. Unos minutos después, vio que una sombra avanzaba por el pasillo.

Nicole sacó la pistola de pequeño calibre que llevaba en el bolso. Tal vez no fuera muy grande, pero era más que suficiente para asustar a cualquiera.

El desconocido era un hombre, vestido de camarero, que entró en primer lugar en el dormitorio principal antes de dirigirse al dormitorio donde se encontraba la tercera caja fuerte. O era un ladrón codicioso que quería robar todo lo que encontrara de valor, o acababa de caer en la cuenta de que los rubíes estaban en la otra caja.

En cualquier caso, pensó que era peligroso. Ella se había buscado una buena justificación; se había introducido en un dormitorio que no tenía ninguna caja fuerte, de modo que siempre podía decir, si la descubrían, que estaba mareada y que quería descansar un rato. Pero él actuaba sin cuidado e iba vestido de camarero, de manera que no podría explicar su presencia en aquel piso.

Fuera como fuera, tenía intención de robarle las joyas en cuanto terminara su trabajo.

El ladrón miró entonces en su dirección y Nicole se apartó un poco de la puerta para que no la viera. Retrocedió unos centímetros y de repente sintió algo duro, cálido y definitivamente masculino, contra su espalda.

Sin poder evitarlo, dio un grito ahogado.

—Mmm, qué suerte —murmuró Alex a su oído.

Nicole olía muy bien. Tanto, que no pudo resistirse a la tentación de descansar la barbilla en el cuello de la mujer mientras la agarraba por las caderas para que no perdiera el equilibrio.

—Parece que estamos condenados a encontrarnos —comentó ella en un susurro.

La voz de Nicole sonó como un ronroneo, y Alex se preguntó si tendría algo de gata. A fin de cuentas, tener características felinas resultaba muy conveniente en su profesión. Debía ser rápida, ligera, y tener siete vidas para poder perder una o dos sin correr peligro.

Llevó una mano hacia la mano de Nicole que sostenía la pistola y la bajó.

—Muy bonita —dijo él.

—Eficaz —observó ella.

Alex rió en voz baja para no alertar al otro ladrón.

—Solo si consigues sorprender a tu oponente antes de que te sorprenda a ti —puntualizó él.

—Cierto.

Nicole estaba de espaldas a él y no le había visto la cara, así que Alex no sabía cómo había averiguado su identidad, tal vez por su voz. Y se llevó una sorpresa muy positiva al comprobar que iba recobrando la compostura poco a poco, a pesar de las circunstancias. Incluso intentó liberarse, pero naturalmente se lo impidió.

—Ssss, tranquila. No te muevas o nos perderemos el espectáculo —comentó.

Alex miró hacia el pasillo, por encima del hombro de Nicole, justo cuando el otro ladrón entraba en el dormitorio donde se encontraba la tercera caja fuerte.

Estuvo un buen rato en silencio, sin hacer otra cosa que oír la respiración de Nicole y disfrutar de su aroma. La había seguido cuando salió del hotel y solo la había perdido durante un par de minutos, cuando entró en el cuarto de baño de un restaurante para cambiarse de ropa y ponerse el vestido negro que había elegido para

la fiesta.

—Yo diría que el espectáculo ya ha terminado —dijo ella.

—Eso depende de a qué espectáculo te refieras —comentó mientras le acariciaba un brazo con un dedo—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará?

—Si es bueno, cinco minutos.

—¿Y si no es bueno? —El tiempo que necesite. Alex sonrió.

—No tardará demasiado. Es más fácil cuando la dueña de la casa te da la combinación.

Nicole se apartó de él lo suficiente como para poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo?

—¿Es que no lo sabías? —preguntó Alex—. Descubrí a tu amigo manteniendo una interesante conversación con la joven señora Theisman.

—Puede que estuvieran hablando sobre el paté.

Alex bajó la mirada para disfrutar de la visión de su cuerpo y de sus largas y preciosas piernas, que por alguna razón siempre ocultaba bajo sus prendas de cuero.

—Entonces, le estaba ofreciendo una demostración de patés boca a boca.

—Qué interesante.

—No. Solo previsible.

—Yo no lo había previsto.

—Eso sí que es interesante —comentó él—. Pero dime, ¿cuándo pensabas quedarte con el botín?

—¿Quedarme con el botín? —Sí, ya sabes, robar al ladrón. Nicole se echó un mechón de su peluca rubia hacia atrás. Pero, en lugar de responder a su pregunta, dijo:

—Eres de la brigada de robos del departamento de policía de Nueva York. Probablemente, del barrio de Queens.

—¿Qué? Nicole lo miró a los ojos.

—He acertado, ¿verdad? Eres de Queens. Pero sigo sin saber qué estás haciendo aquí.

Alex pensó que era buena, incluso demasiado buena. Y tan peligrosa como atractiva.

—Te has equivocado. Soy detective privado. Trabajo para empresas de seguros y soy de Astoria.

—Mmm. Puede que lo seas ahora, pero antes eras policía.

—En efecto. Era inspector.

—Lo que imaginaba —dijo—. Y además, Astoria está en Queens.

Alex se estremeció al contemplar el escote de Nicole. Era toda una mujer. Y también una ladrona que debía arrestar.

—¿Y qué haces aquí? ¿Guardar las propiedades de los Theisman?

—No. Te estoy vigilando a ti.

Nicole lo miró con grandes ojos abiertos.

—Veo que te he sorprendido —continuó él con una sonrisa.

—Sí, podrías decir que sí.

—Acabo de hacerlo.

Nicole sonrió sin poder evitarlo y se inclinó para ponerse los zapatos.

—¿Adonde vas?

—Me marchó.

—¿Vas a robar al ladrón?

Ella negó con la cabeza.

—No, creo que voy a pedir un taxi para marcharme a casa.

—Espero que no sea por mi culpa. Nicole sonrió.

—Y yo que esperaba que te quedaras el tiempo suficiente como para averiguar lo que estoy haciendo realmente aquí...

En ese momento, oyeron un ruido y los dos miraron al pasillo. El ladrón acababa de salir del dormitorio, con una bolsa de terciopelo negro. Pero en lugar de huir, clavó la mirada durante un momento en la habitación donde se encontraban Alex y Nicole.

Alex miró a la mujer que se encontraba frente a él; hasta entonces

no había sabido cuánto deseaba tenerla entre sus brazos. Nicole también lo miró. Y un segundo más tarde, él bajó lentamente la cabeza y la besó.



## Capítulo 3

Nicole mantuvo los ojos abiertos mientras Alex la besaba. Oyó que abrían la puerta mientras él le introducía una mano por debajo del vestido, acariciándole una pierna; después, lo besó a su vez y observó su gesto de placer cuando él notó que no llevaba braguitas. La sorpresa de Alex duró muy poco, y a Nicole le encantó que así fuera. Lejos de intimidarlo, comenzó a acariciar su pubis afeitado.

Nicole sintió una intensa ola de calor mientras la acariciaba sin dejar de besarla. Era tan alto, tan apasionante y tan atractivo, que no se pudo resistir al impulso de introducir los dedos en su pelo y devorar su boca.

Alex acarició entonces el trasero de Nicole, que podía sentir la creciente y prometedora dureza de su erección.

Las cosas se desarrollaron rápidamente. Nicole olvidó la mansión, las joyas y hasta al ladrón que, sin embargo, todavía podía estar vigilándolos. Llevó las manos a la entrepierna de Alex, desesperada; necesitaba sentir el contacto del sexo de un hombre que podía encerrarla en la cárcel y que sin embargo la excitaba con una simple caricia.

Alex apartó la mano de Nicole y dejó de besarla.

—Creo que se ha marchado —dijo él con respiración entrecortada.

—¿Quién? —susurró ella.

—Eso mismo me pregunto yo —declaró.

Los ojos de Alex se oscurecieron repentinamente. La empujó contra una de las paredes del dormitorio y se apretó contra ella, levantándola para que cerrara las piernas a su alrededor. Nicole le quitó la corbata y la chaqueta, y acto seguido llevó una mano a sus pantalones para desabrochárselos. Entonces, oyó un sonido como de

tela rasgada. Uno de los tirantes del vestido se había roto mientras él intentaba acceder a sus senos.

—Lo siento —dijo él. Ella sonrió y le abrió la camisa por el procedimiento de arrancarle todos los botones de golpe.

—No te preocupes.

Nicole acarició el impresionante pecho de Alex, que habría fascinado a cualquier mujer. Jugueteeó con sus pezones y se dijo que no había estado con un hombre tan apasionante desde que había estado saliendo con el capitán del equipo de fútbol en el instituto. Hasta llegó a pensar que tal vez debía cambiar de gustos y dedicarse exclusivamente a los ex policías.

Rió para sus adentros, le bajó la cremallera de los pantalones y cerró una mano sobre su largo y duro pene. Era tan grande que pensó que tendrían que usar preservativos de tamaño especial.

En ese momento, Alex cerró la boca sobre el seno derecho de Nicole, que dejó escapar un gemido y se estremeció. Al parecer, sabía cómo usar la lengua.

—Un preservativo —acertó a decir ella—. Dame un preservativo.  
Alex se quedó helado.

Su boca seguía cerrada sobre el seno de Nicole y su erección aún palpitaba en la mano de la mujer. Pero ya no se movía. Y ella ni siquiera quiso preguntarse por qué.

Segundos después, él la miró de tal modo, que Nicole comprendió inmediatamente lo que sucedía y sintió la irresistible necesidad de abofetearlo.

—No me jorobes —susurró ella—. ¿No tienes un preservativo?

—No. El esmoquin que llevo es alquilado.

—¿Y no llevas ninguno en la cartera?

—Solo llevo dinero y mi carnet de identidad.

—¿No llevas ninguno?

Alex negó con la cabeza, tan frustrado como ella.

—No, me temo que no.

Nicole se apoyó de nuevo en la pared. Se sentía tan frustrada que deseaba gritar. Quería hacer el amor con él, pero quería sentirlo en su interior; sabía que el sexo oral no sería suficiente en aquella situación por muy buen amante que fuera Alex.

—Espera un momento —dijo ella. Nicole se dirigió hacia la cama del dormitorio de invitados y comprobó todos los cajones de las mesitas de noche. Pero no había ningún preservativo.

Todavía estaba intentando controlar su frustración cuando sintió que algo frío se cerraba alrededor de su muñeca izquierda y oyó un sonido muy familiar.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo —se disculpó Alex—. Estoy seguro de que lo comprenderás.

Alex acababa de esposarla a uno de los barrotes de la cama.

La idea le pareció muy atractiva, pero Nicole no estaba dispuesta a hacer el amor con él sin preservativo, por mucho que le apeteciera. Hacerlo sin protección era como jugar a la ruleta rusa con una pistola prácticamente llena de balas.

Se sentó en la cama y rió.

—No tienes preservativos pero llevas esposas —comentó—. Creo que deberías reevaluar tus prioridades.

Alex rió, sacó su teléfono móvil y llamó a un taxi.

—¿Adonde piensas llevarme?

Nicole temía que la llevara a la comisaría de policía. No había robado nada aquella noche y suponía que Alex no tenía nada contra ella, pero eso no significaba que no quisiera arrestarla. Al fin y al cabo, todavía no sabía por qué la estaba siguiendo.

—A casa —respondió.

Cinco horas y un viaje en avión más tarde, Alex se maldijo por no haberse detenido a comprar preservativos en alguna tienda antes de llevarla a su recientemente renovado piso de Manhattan. El simple

hecho de contemplar a Nicole esposada a la cama de aquel dormitorio había bastado para provocarle una tremenda erección, a pesar del gesto de disgusto de ella.

Alex nunca se había arrepentido de ser lo que era, pero en aquel momento se arrepintió de ser detective privado. Habría preferido ser un hombre cualquiera, tener la libertad necesaria para hacer lo que deseaba hacer con ella.

Sin embargo, también sabía que, de no haber sido detective, nunca se habría encontrado allí, a su lado. La había raptado, casi literalmente, aunque dudaba que Nicole tuviera intención de denunciarlo por ello. La sentó en la cama, se acomodó a su lado y tomó la bolsa de cuero de Nicole. Esta la había escondido en unos arbustos cercanos a la mansión de los Theisman y él la había recogido antes de tomar el taxi al aeropuerto. Nicole suspiró y miró hacia el techo.

Acto seguido, Alex sacó uno a uno todos los objetos que llevaba. Había una pequeña bolsa con objetos de aseo, unos pantalones y un chaleco de cuero, unas botas y, sorprendentemente, una correa que más bien parecía un látigo. La miró y dijo:

—Qué interesante.

—Sí, bueno, supongo que también encontraríamos cosas interesantes si revisáramos tu equipaje.

—¿No llevas pijama?

Ella arqueó una ceja.

—Duelmo desnuda —respondió.

Alex se estremeció y contempló sus largas y preciosas piernas. Sabía que las cosas se le estaban complicando más de lo que había imaginado.

Volvió a guardar todos los objetos en la bolsa de cuero, que dejó en una silla cercana, y después extrajo dos pijamas de verano de uno de los cajones de la cómoda y se los dio.

—¿Son para mí o para ti? —preguntó ella.

—Los dos son para ti.

—Aún llevan las etiquetas...

—Es que son nuevos. Ahora, ponte uno.

Nicole los arrojó a la silla donde Alex había dejado la bolsa de viaje.

—No pienso hacer nada hasta que me digas qué está pasando aquí.

Alex sonrió y pensó que tenía carácter. Pero estaba esperando aquella pregunta desde que la había esposado en Baltimore. De hecho, había tardado mucho tiempo en formularla. No había dicho nada en el taxi ni en el avión. Se había limitado a sentarse en silencio, como una gata ofendida, y a mirarlo de vez en cuando.

Se cruzó de brazos, la miró y dijo:

—Quiero que me ayudes a capturar a Darkman.

Nicole lo miró con intensidad. Naturalmente, no necesitaba explicarle quién era Darkman. La mayoría de los ladrones se ganaban apodos cuando alcanzaban cierto éxito o notoriedad. A Nicole la llamaban la Gata Negra. A un conocido ladrón que solo robaba cuadros de Picasso, lo llamaban Pablo. E incluso había un Señor Ed que concentraba sus actividades en el robo de caballos de carreras asegurados en cantidades desmesuradas.

Pero el apelativo de Darkman no procedía de nada divertido. Lo llamaban así porque se encontraba totalmente en el lado de la oscuridad. Cada vez que participaba en un robo, alguien terminaba herido o muerto. Y nadie parecía saber quién era.

—Hace dos meses estuvo envuelto en el robo del museo Norton en Omaha —continuó Alex—. Dos guardias de seguridad y un ayudante de conservador que era padre de dos niños resultaron muertos. Les dispararon a bocajarro.

Nicole permaneció en silencio. Parecía tensa.

—Tres meses antes robó en una galería de San Francisco. Cuatro personas salieron heridas y una de ellas quedará parapléjica para

toda su vida. Quiero atrapar a ese tipo, Nicole. Quiero hacerlo hasta tal punto que admito que me obsesiona.

—Pensaba que ya no eras policía.

—Y no lo soy.

Alex no quiso dar más explicaciones. No era necesario que supiera que Darkman lo había atormentado durante toda su carrera profesional, ni que aquel individuo había sido responsable del veinticinco por ciento de las pérdidas de las compañías de seguros durante el año anterior.

—¿Y por qué debería ayudarte? —preguntó ella.

Alex estuvo a punto de responder que debía hacerlo porque era lo correcto, pero no lo hizo. Durante su carrera como policía había aprendido que las cosas no solían ser ni blancas ni negras, y eso era cierto, sobre todo, cuando alguien se dedicaba a una ocupación como el robo.

—Porque, si me niegas tu ayuda, no tendré más remedio que denunciarte a las autoridades por el robo de los diamantes Bowman.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Puede ser. Pero después de que hable con la policía, ¿crees que ese detalle tendría importancia?

Alex la miró y pensó que la peluca rubia le quedaba muy bien. Era elegante y corta, de modo que dejaba ver su cuello.

—No puedo ayudarte —dijo Nicole.

—¿Por qué? —Por el código.

—¿Por el código? Ah, claro, te refieres al código de honor que existe entre los ladrones.

Ella sonrió, pero sin ningún humor.

—Algo así.

—¿Y qué crees que pensarían tus colegas de profesión si supieran que te dedicas a robarles a ellos y que después permites que carguen con las culpas? —preguntó Alex.

Nicole se ruborizó.

—No te atreverías a decírselo.

Alex pensó que lo haría sin dudarlo. Darkman se le había escapado muchas veces a lo largo de sus ocho años en el departamento de policía de Nueva York. Pero no quería atraparlo únicamente por eso, sino porque había dejado de ser simplemente un ladrón. Ahora era un asesino que parecía disfrutar con la sangre.

Y nadie, absolutamente nadie, tenía la menor pista sobre su verdadera identidad.

La policía solo sabía que era un solitario de treinta y tantos años, un clásico pasivo agresivo con tendencias sociópatas, aunque Alex no necesitaba ningún informe psicológico para saberlo. Darkman hostigaba a sus víctimas antes de matarlas.

Sin embargo, el informe de la policía también decía que era un hombre atractivo, que gustaba a las mujeres y que incluso podía ser una persona socialmente conocida.

Por supuesto, no sabía si Nicole lo conocía. Solo sabía que, de conocerlo, no estaría dispuesta a decírselo así como así. Por eso no había tenido más opción que raptarla y que extorsionarla ahora con la amenaza de denunciarla a las autoridades. Aquello ya no tenía nada que ver con su trabajo. Quería capturar a aquel tipo porque merecía acabar en la cárcel.

Sin darse cuenta, Alex había empezado a acariciar uno de los muslos de Nicole. Y al ver que ella estaba observando el movimiento con interés, apartó la mano.

—¿Cómo crees que puedo ayudarte? — preguntó ella.

Alex se dijo que era una pregunta arriesgada. En aquel momento, solo se le ocurría una forma, y no estaba relacionada en modo alguno con el caso. Al recordar el sabor de su piel, la boca se le hizo agua.

No recordaba haber estado nunca con una mujer tan espontánea, tan directa, tan segura de sí misma. Y, definitivamente, la deseaba.

Se levantó de la cama y dijo:

—Tienes la habilidad de saber cuándo va a pasar algo.

Nicole tiró de las esposas. Alex la había esposado a la cama, tal y como lo había hecho en la mansión.

—¿Desde cuándo me estás vigilando? — preguntó ella.

—Desde hace tiempo.

—Mmm... ¿Y no te excitaba saber que me estabas observando sin que yo me diera cuenta? ¿No te resultaba excitante eso de mirarme y no tocarme? —preguntó, con evidente intención de provocarlo.

—Ha sido una vigilancia estrictamente profesional.

—Ah, sí, claro. Por eso me has esposado a la cama. ¿Desde cuándo es una estrategia habitual en los detectives que investigan para empresas de seguros? —se burló—. Eres un chico malo, muy malo, Alex.

Alex sonrió.

—Cassavetes. Me apellido Cassavetes —dijo él.

Nicole entrecerró los ojos ligeramente.

—Cassavetes. Debí haberlo imaginado cuando me dijiste que eras de Astoria. Es un apellido griego, ¿verdad?

Alex se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No podría ser más griego ni aunque viviera en Grecia —dijo él.

Alex no supo por qué le había dado aquella información. Su familia parecía vivir en una especie de gueto cultural. Sus padres se habían marchado a vivir a Nueva York, procedentes del Peloponeso, poco después de que él naciera. Se llevaron con ellos a una de sus abuelas, y cinco años más tarde se les unieron dos tíos de Alex y una prima. Su abuela nunca aprendió a hablar en inglés, y en la zapatería de uno de sus tíos prácticamente solo se hablaba griego.

Él y su hermana pequeña, Athena, eran los únicos que se habían atrevido a salir del pequeño mundo familiar. Alex se hizo policía y Athena empezó a trabajar en un restaurante del barrio conocido como la pequeña Italia, en un gesto que fue interpretado por la familia como una pequeña traición: no solo rechazaba su propia herencia, sino que al parecer aceptaba la de otro país.



Nicole se aclaró la garganta en ese momento y dijo:

—Siempre me he preguntado cómo se dice sexo en griego.

—Sex. Ella ríe.

—Venga, hablo en serio.

—Yo también.

—Está bien, como quieras... ¿Y cómo se dice amor?

—Agapi —respondió.

Acto seguido, Alex miró la hora. Eran más de las dos de la madrugada.

—Creo que sería mejor que durmiéramos un poco. Así estaremos frescos por la mañana —continuó él.

—Todavía no te he dicho que vaya a colaborar contigo.

Alex señaló sus esposas.

—Lo harás.

—Tienes confianza en ti mismo. Eso me gusta en un hombre.

Alex pensó que ella, en cambio, era muy sexy. Y que eso le encantaba en una mujer.

Nicole lo observó mientras él sacaba un par de sábanas y una almohada de un armario con la obvia intención de dormir en el sofá.

—No tendrás preservativos por ahí, ¿verdad?

Él sonrió.

—No.

—Pues vaya vida sexual que llevas...

—¿Quién dice que no gasto una caja de preservativos todos los meses y que se me acabaron ayer, por ejemplo?

Alex esperó una respuesta. Estaba muy atractiva allí, esposada a una de las barras de la cama. Llegado el caso, podía solucionar fácilmente el problema de los preservativos; en la esquina había una tienda que abría veinticuatro horas al día.

—Yo lo digo —respondió ella al final.

Por desgracia para él, Nicole estaba en lo cierto.

Alex se marchó al sofá, se tumbó y se quedó mirando el techo;

pensó que tenía que pintar el piso y arreglarlo un poco, pero la estrategia no le sirvió de nada. Sabía que la noche iba a ser muy larga y que probablemente no conseguiría conciliar el sueño. Y todo ello, por culpa de una apasionante y atractiva mujer que en aquel momento ocupaba su cama y que, para empeorarlo todo, lo deseaba.

Naturalmente, no habría, previsto esa situación. De haberlo hecho, no solo habría comprado una caja de preservativos: también habría invertido en la maldita empresa que los fabricaba.

## Capítulo 4

Alex gimió por culpa de la mujer que asaltaba sus sueños: Nicole Bennett. La había detenido y había conseguido convencerla para que lo ayudara, pero todavía llevaba aquella peluca rubia e incluso se había puesto uno de sus pijamas. Aunque no se lo había puesto exactamente: solo se había abrochado uno de los botones de la chaqueta, y llevaba los pantalones tan bajos que podía contemplar su ombligo cuando se movía.

La deseaba tanto, que no se pudo controlar. Le abrió la chaqueta del pijama y comenzó a lamer sus grandes pezones con la lengua, antes de introducir una mano en sus pantalones y cerrarla en su dulce trasero. En ese momento, ella lo apartaba y le recordaba que no podía poseerla.

Entonces, despertó sobresaltado. Solo había sido un sueño.

Se pasó una mano por el pelo, todavía excitado, e intentó recordar qué había provocado aquel sueño.

No tardó mucho en recordarlo. Eran los preservativos. Había soñado con la falta de preservativos.

Se sentó en el sofá y puso los pies en el suelo mientras intentaba despertarse. El sol entraba por la alta cristalera de la pared que se encontraba a su izquierda, y el piso estaba tan extrañamente silencioso que volvió la cabeza hacia la cama. Estaba vacía.

La cama estaba desecha y las esposas colgaban de la barra. Nicole Bennett se había escapado.

—Maldita sea...

Se levantó y echó un vistazo. Su bolsa de viaje también había desaparecido, y con ella, el pijama que le había prestado.

No sabía cómo habría conseguido liberarse, pero intentó tomárselo con calma. Se cepilló los dientes, se duchó, se puso unos

vaqueros y una camiseta negra y acto seguido se miró en el espejo. Decidió cambiarse la camiseta por otra de color rojo, porque el negro le recordaba demasiado a aquella mujer.

Una vez más, había conseguido burlarlo. Pero esa vez era peor: ahora sabía quién era, lo que pretendía y hasta dónde vivía.

La situación no podía ser más desastrosa.

Unos segundos más tarde, sonó el teléfono. Alex se dirigió a la pequeña cocina y respondió la llamada. Necesitaba tomarse un buen café.

— ¿Dígame?

— Buenos días, hijo.

Era su madre, no Nicole. Alex miró la hora y vio que eran poco más de las nueve de la mañana; dado que se había dormido alrededor de las cinco de la madrugada, había pasado tanto tiempo, que Nicole podía encontrarse a esas horas en cualquier lugar al este del Mississippi. Además, no sabía por dónde empezar a buscarla. Ahora sabía que la había estado siguiendo y no se dejaría ver en ninguno de los sitios que solía frecuentar.

— ¿Te importa que hablemos más tarde, mamá? —le preguntó.

— Bueno, esto es algo más que una llamada de cortesía, hijo. Verás... tu hermana se ha marchado.

Alex no tenía tiempo para hablar con ella, pero su madre siguió hablando de todas formas.

— Tu padre y yo estamos muy preocupados. Se marchó a trabajar y no ha vuelto desde entonces.

— Puede que se haya quedado a pasar la noche en casa de alguna amiga.

— Lo dudo. Se marchó hace tres días. ¿Crees que te llamaría si solo hubiera pasado afuera una noche? Nunca hasta ahora había desaparecido dos noches seguidas y sin llamar.

Alex se estiró para desentumecerse. Ciertamente, dos noches seguidas parecía un poco extraño en su hermana, pero quiso

tranquilizar a su madre.

—No te preocupes, seguro que está bien.

—Pero...

—Veré lo que puedo averiguar si así os sentís más tranquilos.

—Gracias, cariño, muchas gracias.

Alex colgó el teléfono y pensó en lo sucedido. Athena tenía veintiocho años; ya no era ninguna niña y solo seguía viviendo en casa de sus padres porque ellos lo deseaban así. Sin embargo, pasaba muchas noches en el piso de una de sus amigas, en Manhattan, cerca del lugar donde trabajaba. A Alex no le extrañaba que hubiera desaparecido dos noches, sino que se prestara a vivir con sus padres a pesar de que ella misma le había comentado que era un verdadero infierno.

Seguramente había decidido poner tierra de por medio para librarse de unos padres sobreprotectores y chapados a la antigua.

Miró la cafetera vacía durante un momento, pero enseguida se puso los zapatos y alcanzó su chaqueta. A pesar de que necesitaba tomarse un café, lo primero era lo primero: encontrar a Nicole Bennett.

Decidido a iniciar la búsqueda, se dirigió a toda prisa a la salida y estuvo a punto de darse de bruces con ella.

Alex se detuvo en seco. Estaba ante él, y tenía tan buen aspecto, que deseó devorarla. No la había oído entrar y se sorprendió porque la puerta tenía seis cerraduras. Pero había otra cosa que lo molestaba aún más: no sabía cuánto tiempo llevaba allí; podía llevar un minuto, diez, o incluso podía haber estado observándolo desde que despertó.

Sin embargo, se sintió inmensamente aliviado. Y sabía que su deseo de atrapar a Darkman solo era parte de la razón.

Nicole sonrió y le tendió un vaso de plástico lleno de café.

—Pensé que te vendría bien —dijo ella. Alex la observó. Se había puesto un largo y ajustado vestido negro con unas botas militares altas; además, llevaba docenas de brazaletes de plata que tintineaban

cuando se movía. En el suelo, y junto a ella, había una caja de buen tamaño.

—¿No lo quieres? —preguntó Nicole. Alex aceptó el ofrecimiento. Quitó la tapa del vaso y echó un buen trago.

—Muchas gracias —dijo él—. ¿Se puede saber adonde has ido?

—A conseguir un poco de café, por supuesto. Lo que tienes en la cocina no es café, es achicoria. No se lo daría ni a un perro. ·

Alex pensó que la comparación era muy adecuada. Se sentía como si fuera un perro maltratado.

—¿Y cómo te has quitado las esposas?

—Ah, eso es un secreto profesional.

Alex asintió lentamente. En aquel momento, había otros asuntos que le preocupaban bastante más que sus métodos de escape. Sobre todo, una pregunta en concreto.

Carraspeó, la miró y preguntó:

—¿Por qué has vuelto?

Nicole pensó que era una buena pregunta. Tanto, que no conocía exactamente la respuesta.

En realidad no estaba segura. Solo sabía que tenía que regresar al piso de Alex, aunque desconocía si aquella necesidad se derivaba de la propuesta que le había hecho, y que en el fondo le parecía razonable, o del innegable hecho de que se sentía atraída por él. Era evidente que la tenía atrapada; si no colaboraba, la denunciaría a la policía y no podría seguir con su vida. Pero también era cierto que estaba deseando averiguar si Alex era tan buen amante como parecía.

—Esa no es la pregunta correcta porque no tenía intención de marcharme —respondió.

Alex caminó hacia ella, se cruzó de brazos y la miró con intensidad.

—No te comprendo, Nicole.

Ella se encogió de hombros.

—Solo quería demostrar una cosa.

—Ah.

Alex se apoyó en la encimera de la cocina y ella pensó que estaba muy atractivo; aquello le sorprendió: en general era incapaz de valorar la belleza de un hombre antes de tomarse una taza llena de café. Por su trabajo, se acostaba frecuentemente a altas horas de la madrugada y nunca se levantaba antes del mediodía. Además, los seres humanos siempre le parecían monstruos antes de despertarse del todo.

—¿Y qué pretendías demostrar? —preguntó él.

Nicole le quitó el café y tomó un poco.

—Que estoy aquí porque quiero estar aquí, no porque me obligues a ello.

Entonces, se inclinó y abrió la caja que se encontraba a sus pies. Un gato negro salió del interior y se detuvo un momento antes de salir a explorar el piso. Había pasado los últimos días en casa de su amiga Danika, pero Cat parecía contento con su nuevo hogar.

Nicole, en cambio, no estaba tan segura. El piso de Alex era un pequeño dúplex bastante destartado, que necesitaba un buen arreglo. Además, casi todas las superficies estaban pintadas de negro. A Nicole le encantaba aquel color, pero en una pared resultaba tan excesivo que no le habría extrañado encontrarse ante Drácula en cualquier momento.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Mi gato. Cat, te presento a Alex. Alex, te presento a Cat.

El pequeño felino se subió a una silla y se sentó.

—Soy alérgico a los gatos.

—Buen intento, pero no te servirá de nada. Cat siempre viene conmigo.

—Supongo que eso quiere decir que vas a ayudarme.

La frase de Alex sonó a afirmación, no a pregunta, así que Nicole no se dio por aludida.

—Deberías matar a la persona que decoró tu casa —dijo ella.

—Me temo que esa persona es mi madre.

—Pues deberías redecorarla de todos modos. Cualquier cosa sería mejor que esto.

—Pensaba que el color te gustaría —dijo mientras admiraba su cuerpo—. Además, créeme: si quisiera redecorar la casa, mi madre se empeñaría en participar y el resultado sería aún peor. Imagina toda una pared llena de borlas verdes y de iconos ortodoxos griegos.

Nicole se estremeció y miró a su alrededor como si estuviera estudiando el lugar. Sin embargo, estaba pensando en otra cosa: a pesar de que la había secuestrado en Baltimore, Alex se estaba portando relativamente bien con ella. No la presionaba demasiado.

—Volviendo al tema que estábamos comentando antes... Creo que podríamos ayudarnos el uno al otro —dijo Nicole.

Alex dejó el café en la encimera y se acercó a ella; se había situado junto a la barandilla negra de la escalera que daba a la parte superior del dúplex.

—¿Y qué piensas sacar de todo esto además de librarte temporalmente de la cárcel? —preguntó él.

Nicole alzó ligeramente la barbilla.

—Quiero que me ayudes a atrapar al tipo que encerró a mi padre.

Nicole iba a ayudarlo. Pero dos horas más tarde, la sensación de triunfo de Alex se había desvanecido por completo. Nicole hablaba en serio al decir que trabajarían juntos. Él le había dado todos los datos que conocía sobre Darkman y ella lo había interrumpido cada cinco segundos con todo tipo de preguntas. Su interés no le molestaba en absoluto, pero su presencia constante, sí: en lugar de concentrarse en el trabajo, se concentraba en ella y en su apasionante y sexy boca.

Aquello no era exactamente una colaboración profesional. Además, siempre que pensaba que las cosas iban por buen camino,



Nicole le lanzaba alguno de sus dardos intelectuales y lo dejaba sin habla. Aunque dejarlo sin habla no era tan difícil; le bastaba con mirarla.

Cada vez lamentaba más que se hubiera librado de las esposas. Tenerla esposada le parecía una buena idea por muchas razones. Entre otras, porque habría tenido tiempo de ir a comprar preservativos.

Alex aceleró el paso mientras avanzaban por Houston Street y se resistió al impulso de caminar unos pasos por detrás para contemplar su forma de andar. Había algo en aquella mujer que lo volvía loco. Tal vez la tela del vestido que se ajustaba a sus caderas y a sus piernas. O su pasión por las botas militares de cuero.

Nicole Bennett era todo un enigma para él. Le había contado que su padre estaba en la cárcel por algo que no había hecho y había añadido que Darkman estaba involucrado de algún modo en el asunto, pero no le había dado más explicaciones.

En cualquier caso, no le importaba demasiado que prefiriera guardarse parte de la información. Lo único importante era atrapar a Darkman. Y por lo demás, todo aquello había servido para que descubriera otra cosa: Nicole era un ser humano, que se preocupaba por su familia.

—Deberíamos ir a mi despacho —dijo él, sorprendido al ver que se encontraban a una manzana de allí—. Podríamos consultar mis documentos y ver si te dicen algo.

Nicole lo miró con expresión escéptica, pero él no dijo nada. Resultaba evidente que las cosas no estaban saliendo como él las había previsto.

Pero, a pesar de todo, Alex estaba dispuesto a concederle espacio suficiente para que actuara a su modo. Necesitaba desenmascarar y atrapar a Darkman y hacía meses que había llegado a un punto muerto en la investigación. El simple detalle de que hubiera decidido secuestrar a Nicole para que lo ayudara demostraba que estaba

dispuesto a adoptar medidas desesperadas.

Nicole comenzó a andar más despacio y poco después abrió la puerta de una cafetería que él conocía muy bien. Tenían buenos desayunos y un menú bastante razonable. Alex había estado un par de veces, aunque personalmente prefería un restaurante que estaba más adelante, en la misma calle.

Nicole avanzó hacia una mesa y se sentó de espaldas a la entrada. Eso le extrañó. Alex había pensado que se sentaría de frente, para poder observar todo lo que pasaba a su alrededor.

Él fue a sentarse enfrente de ella, pero Nicole lo agarró por la muñeca y le indicó que lo hiciera a su lado. Ella se inclinó hacia él y dijo:

—No temas, no te voy a morder. A menos que quieras que lo haga, claro está.

Alex se excitó de inmediato, pero en aquel momento oyó una voz a sus espaldas. Era una denta del establecimiento, que estaba charlando con alguien.

—Trabajo, trabajo, trabajo. Te juro que deberían contratar a cinco personas solo para hacer el trabajo que yo hago. O, al menos, deberían pagarme mucho más de lo que me pagan.

Entonces llegó la camarera y Nicole pidió dos cafés.

—¿Quieren algo más? —preguntó la mujer.

—No, gracias —respondió Alex.

—Muy bien.

La camarera se marchó y Nicole sonrió e hizo un gesto a Alex para que permaneciera en silencio. Por alguna razón, parecía interesada en oír la conversación de la mujer que estaba sentada a sus espaldas.

—Fíjate en esta mañana, por ejemplo — continuó la mujer—. Mi jefe me ha traído una pila de hojas tan gruesa como una novela de Danielle Steele y me ha dicho que me encargue de la póliza.

Al oír la palabra póliza, Alex quiso girarse para mirar a la

desconocida; pero Nicole le puso una mano en un brazo para que no lo hiciera. Después, señaló discretamente un espejo en el que se reflejaba todo el interior del establecimiento.

—Y no puedes imaginar para qué es esa póliza —continuó la mujer—. Es increíble. Da dinero a un hombre y lo convertirás en un estúpido.

Alex solo podía ver la espalda de la mujer en el espejo, pero la observó de todos modos.

—¿Quién querría asegurar una cacatúa por un cuarto de millón de dólares? Una vulgar cacatúa, por Dios... Pero no debería contarte todo esto, porque ya sabes que va contra la política de la empresa. Sin embargo, tú también trabajas allí y, si no te lo cuento a ti, ¿quién podría creerme?

Alex miró entonces a la persona con la que estaba hablando y casi se atragantó con el café. Era una administrativa cuyo despacho se encontraba muy cerca del suyo, en la aseguradora para la que trabajaba.

—En fin, será mejor que volvamos a la oficina —dijo la mujer—. Tenemos que proteger a todos esos idiotas.

Las dos mujeres recogieron sus bolsos y se marcharon del local.

—Ahora que se han marchado, puedes sentarte enfrente de mí si quieres —dijo Nicole.

Alex arqueó una ceja, se levantó y se sentó enfrente.

—¿Sabes cuál es tu problema? —continuó ella.

Él pensó que lo sabía muy bien. Su problema era que se sentía irremediabilmente atraído por Nicole. Estaba obsesionado con la idea de meterse entre sus muslos y averiguar si el contacto de su sexo era tan bueno como el sabor de su boca.

Además, estaba seguro de que lo sería.

—Tu problema es que piensas como un policía.

—¿Eso es un problema? —preguntó él.

Nicole pasó un dedo por el borde de la taza de café. Alex se fijó

en sus uñas cortas, pintadas de negro, y en la suavidad de sus manos.

—No tienes delicadeza —comentó ella, riendo suavemente—. Estás acostumbrado a provocar las situaciones, hacer preguntas y esperar respuestas. Pero a veces es más útil callar y escuchar.

Alex comprendió enseguida lo que pretendía decir.

—¿Cuántos trabajitos has conseguido gracias a esas dos cotillas? —preguntó él.

—Uno o dos —respondió, encogiéndose de hombros.

—Haré que las despidan.

—¿Lo ves? Ya estás comportándote como un policía.

—¿Y qué quieres que haga? Hablan de lo que no deben en público y ponen en riesgo a los clientes de la empresa.

—En primer lugar, te equivocas al suponer que hacen algo raro. Si haces que las despidan, las dos personas que las sustituyan se comportarán del mismo modo. La empresa les paga mal y tienen demasiado trabajo. Deberías alegrarte de que hablen entre ellas en lugar de hablar con desconocidos.

Alex frunció el ceño.

—Entonces hablaré con la dirección para que obligue a los empleados a comer en la oficina. Nicole rió.

—¿Te he dicho ya que eres un tipo muy divertido?

—No —respondió mientras tomaba un sorbo de café—. Pero, ¿me has traído aquí por alguna otra razón?

Nicole volvió a mirar el espejo y su sonrisa desapareció. Alex también miró. Un hombre joven y atractivo acababa de entrar en el local.

—Espérame un momento —dijo Nicole—. Ahora vuelvo.

Nicole se preguntó qué estaría haciendo allí su hermano Jeremy. Se levantó de la silla y se alisó el vestido, perfectamente consciente de que Alex la estaba observando. Le gustaba que la mirara; cuando

lo hacía, se sentía diferente. Sabía que lo deseaba, pero había algo más en todo aquello; una simple mirada de aquel hombre bastaba para que se estremeciera.

La combinación del deseo y la confusión de encontrarse con su hermano en el último lugar del mundo donde habría esperado verlo hizo que se sintiera mareada. Pero se dijo que el mareo podía estar provocado por su estómago vacío; no había comido nada desde el día anterior.

—Mira quién tenemos aquí... —dijo mientras se sentaba en un taburete de la barra.

—¡Nicole!

Jeremy era dos años más joven y algo más alto que ella. Nicole clavó la mirada en sus ojos azules y deseó darle un buen tirón de orejas.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras de ese modo? —preguntó él.

—Lo sabes de sobra —respondió ella—. ¿Qué tal están Joanna y Justine?

Nicole se refería a su esposa y a su hija, las dos mujeres que supuestamente le habían cambiado la vida.

—Están bien. Justine ya duerme sola y no tenemos que levantarnos en plena noche para darle un biberón.

—¿Quiere eso decir que vas a volver a tus correrías nocturnas?

La sonrisa de Jeremy desapareció.

—Oh, Nic, vamos... Sabes que he abandonado la profesión. No he hecho ningún trabajo en los últimos doce meses.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —Si fueras más amable, te alegrarías de verme y tal vez me invitaras a tomar un café. Pero no, tú no. Tú has tenido que llegar a la conclusión de que he vuelto a las andadas. Y te equivocas. Ya no trabajo en nada que no sean las cañerías de otras personas... Y en las de Joanna, por supuesto.

Nicole se relajó, pero solo un poco.

Sabía que Jeremy adoraba a su esposa y a su hija. Estaba

totalmente segura de ello. Pero también sabía que en Manhattan solo había un par de sitios donde un ladrón profesional podía obtener buena información, y que aquella cafetería, el Coffee Corner, era uno de esos sitios. Por eso, la presencia de Jeremy resultaba muy sospechosa.

—Si quieres saber la verdad, he venido para hablar con Demasi sobre un trabajo. Ya sabes, algo a tiempo parcial para ayudarme con el presupuesto.

—¿Has venido a hablar con Bruno?

Nicole se quedó asombrada. Bruno Demasi era uno de los mayores ladrones de la ciudad.

—En efecto. Pero es evidente que no estás enterada.

—¿Enterada? ¿De qué?

—De que ha abierto una empresa de seguridad. En lugar de robar, ahora se va a dedicar a proteger las pertenencias de los demás —dijo, encogiéndose de hombros—.

He oído que es muy bueno y que está buscando personal. Si yo tuviera que contratar a alguien para que protegiera algo, lo contraría a él sin dudarlo.

—¿Estás hablando de Bruno? ¿De ese maldito canalla? Jeremy rió.

—Me gustaría ver cómo le dices eso a la cara.

Su hermano sabía que Nicole nunca le diría nada parecido a la cara. Bruno Demasi tenía mal genio. Pero también era uno de los mejores ladrones del país.

—Papá preguntó por ti el domingo pasado —continuó su hermano.

Nicole olvidó totalmente el asunto de Demasi. No esperaba oír nada parecido de Jeremy porque hacía tiempo que no mantenía ninguna relación con su padre.

—Sí, en efecto, no me mires así —dijo él—. Fui a verlo con la pequeña. Dice que no has pasado por la cárcel desde que lo encerraron. ¿Por qué no has ido?

—He estado ocupada.

—Yo también, pero he ido a verlo de todas formas.

—Déjalo ya, Jeremy. Al menos, a ti te van las cosas bien. Eso es suficiente por ahora —dijo mientras se levantaba de la butaca.

—Quiere verte, Nicole.

Nicole también deseaba verlo. Tanto, que le dolía. Pero no soportaba la idea de verlo entre rejas. Había perdido su libertad, y aunque a él no le importara demasiado, ella no podía soportarlo.

Besó a su hermano en una mejilla y dijo:

—Da recuerdos de mi parte a Joanna y a Justine, ¿quieres? Puede que me pase a visitaros esta semana.

—Preferiría que fueras a ver a papá.

Nicole hizo caso omiso del comentario. Se alejó, pasó por delante de Alex y le hizo un gesto para que supiera que se marchaban.

## Capítulo 5

Alex se preguntó quién sería el individuo con el que había estado hablando Nicole.

Se encontraba en un ascensor con ella, y no le hacía ninguna gracia, la atención que estaba despertando entre el resto de los hombres que los acompañaban en el atestado habitáculo.

Irritado, se frotó la nuca.

Estaba celoso.

Era tan simple y tan complicado como eso.

Se maldijo en silencio, sin poder entender lo que le sucedía. Jamás, en sus treinta y dos años de existencia, se había sentido celoso. Era una emoción completamente ajena para él, e intentó convencerse de que solo estaba enfadado por la frustración sexual que le provocaba Nicole. Pero no era cierto. Le molestaba que otros hombres la desearan.

Definitivamente, se trataba de una experiencia nueva para él, y de una experiencia con la que no se sentía nada cómodo.

—Buenas tardes, Alex.

Alex miró a Jason Dewitt, uno de los tipos del departamento de contabilidad de la aseguradora, y siguió la mirada del hombre hasta los senos de Nicole. Acababa de entrar en el ascensor, en compañía de John Carlon, otro empleado de la compañía.

—Jason, John...

John bajó la voz y se inclinó hacia Alex mientras admiraba el escote de Nicole.

—¿Es una nueva cliente?

Alex lo miró con desagrado. John no solo era un compañero de trabajo, sino también un amigo. Lo había ayudado desde el principio y sabía que siempre podía contar con él. Además, era el primero en



querer tomarse una cerveza después de un largo y aburrido día de trabajo.

Por desgracia, John estaba a punto de dejar la empresa. Había aceptado un puesto directivo en una compañía de San Francisco.

—He oído que te marchas el viernes —le dijo para cambiar de tema.

—Sí. A ver si nos tomamos una cerveza juntos antes de que me marche —dijo John, mirando a Nicole—. ¿Qué te parece esta noche?

—Lo siento, hoy no puedo. Pero nos veremos antes de que te vayas.

El ascensor se detuvo cuando llegaron al piso veinticinco. Nicole fue la primera en salir, pero chocó con una secretaria que iba cargada de carpetas y que se quedó asombrada al verla.

—Lo siento —dijo la secretaria.

—Descuida —dijo Nicole. Alex carraspeó y notó la sonrisa malévola de Nicole. Era muy consciente del efecto que causaba su atractivo en los demás. No era nada extraño: estaba para comérsela.

La llevó a su despacho y la invitó a entrar. Después, cerró la puerta para evitar que los molestaran.

Su despacho era muy pequeño. Su único atractivo era el gran ventanal, que ofrecía una magnífica vista del distrito financiero, y un tablero de corcho abarrotado con fotografías de Nicole Bennett.

—Caramba —dijo ella al ver las fotografías. Alex hizo caso omiso del comentario. Se dirigió a su escritorio, abrió un cajón y sacó la carpeta con los informes sobre Darkman.

—¿Me has sacado tú todas esas fotografías? —preguntó ella.

—No, subcontraté a un policía local que suele ayudarme en casos como el tuyo. Es una mujer. Se llama Kylie Capshaw.

Ella frunció el ceño.

—Pero todas las fotografías son mías. ¿Es que no trabajas en ningún otro caso?

Alex la contempló con cierta sorpresa. Por alguna razón, parecía

más vulnerable que de costumbre. Y odió ser el responsable de aquella reacción.

—Tú no eres mi objetivo, Nic —murmuró él.

Nicole se sorprendió al oír que la llamaba Nic, como su hermano.

—¿Te importa que te llame así? —preguntó Alex.

—No, no me importa. Pero, ¿es cierto que no soy tu objetivo?

—Sí.

Nicole se sentó en el borde del escritorio y comenzó a estudiar la información que él había acumulado a lo largo de muchos meses. Alex descolgó el teléfono y le pidió a su secretaria, Dorothy, que le llevara todos los informes de la policía. Cuando colgó, ella dijo:

—Está aumentando la apuesta. Cada robo es más audaz que el anterior.

Alex ya había caído en la cuenta, y también sabía que el número de muertos y heridos también iba creciendo. Cuando Nicole llegó a la borrosa fotografía que habían conseguido, declaró:

—Creemos que podría ser él. Nicole tomó la fotografía y la miró, pero no dijo nada.

—¿Tu padre llegó a verlo bien cuando trabajaron juntos? —preguntó Alex.

—No recuerdo haber dicho que trabajaran juntos.

—Es cierto, pero cuando dijiste que era responsable de que tu padre se encuentre en la cárcel, pensé que...

—Sí, ya imagino lo que pensaste —dijo ella—. Por cierto, tu despacho es un verdadero desastre.

—Lo sé —dijo, sonriendo.

—Yo me volvería loca si tuviera que estar una semana en un sitio como este. Alex no lo dudó en absoluto.

—Es lo mismo que pensé cuando me contrataron —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero te acostumbras y aprendes a distraerte con otras cosas.

—Por ejemplo, persiguiendo a Darkman.

—Sí, algo así.

Nicole respiró a fondo.

—Mi padre nunca lo vio —explicó—. Nadie lo ha visto nunca. Al menos, nadie que yo conozca.

—Es obvio que tú también has estado investigando.

No era una pregunta, así que Nicole no respondió. En lugar de eso, miró hacia el armario y preguntó:

—¿Tienes acceso a todas las pólizas contratadas?

—Sí, lo tengo.

—Yo también.

—¿Tú? ¿Cómo es posible?

—El tipo bajo que me estaba mirando los senos en el ascensor vende información al mejor postor.

—¿Dewitt? —preguntó Alex, boquiabierto—. Pero si trabaja en contabilidad...

—Pues lo hace. Tal vez deberías investigarlo. Puede que descubras que las pólizas que pasan por sus manos tienen un porcentaje mayor de robos. Sospecho que podría ser más ambicioso y pasar información más interesante, pero supongo que es el típico vago.

A Alex le pareció interesante que Nicole se refiriera a Dewitt con un tono evidentemente despreciativo. A pesar de ser una ladrona, resultaba evidente que era una persona de convicciones éticas.

—¿Cuánto se paga por informaciones como esas?

Ella lo miró.

—Eso depende de lo que se obtenga.

—¿Se lleva un porcentaje?

—No, eso sería demasiado arriesgado. Gana una suma fija en función del éxito de la operación. Cien dólares, doscientos, a veces mil.

—Eso es bastante dinero.

—No tanto.

—¿Le has comprado alguna vez información? —preguntó Alex.

—No, pero conozco a gente que sí lo ha hecho —respondió con una sonrisa.

Nicole se cruzó entonces de piernas y se acercó un poco más a él. Su aroma y la proximidad de sus senos eran tan arrebatadores, que Alex apenas podía pensar.

—¿A ladrones a los que tú robas?

Ella rió.

—No, no, estoy hablando de amigos.

—Y supongo que no robas a los amigos...

—Por supuesto que no.

Los dos permanecieron en silencio durante unos segundos. El ambiente se cargó de electricidad y la temperatura de Alex subió tanto, que apenas soportaba la camiseta que se había puesto.

—Pensaba que el código de honor entre ladrones se extendía a todos los ladrones, no solo a los amigos...

—Pues te has equivocado. Los ladrones somos como el resto de los profesionales. Hay quien actúa de forma ética y hay quien no lo hace. Y los últimos no merecen respeto alguno.

Durante la conversación, Alex había estado muy atento a los sutiles cambios del lenguaje corporal de Nicole. Al ver las fotografías en el tablero se había puesto tensa, pero ahora estaba relajada, con su largo cabello cayéndole sobre los hombros y los senos. Cada vez le resultaba más difícil no prestar atención a su escote, de modo que decidió rendirse.

Supuso que, habida cuenta de las circunstancias, él no era mucho mejor que Dewitt. Pero, cuando su mirada se encontró con la de Nicole, pensó que había una gran diferencia entre los dos casos.

—Deberías dar la vuelta al escritorio para estar frente a la ventana. Es una pena que malgastes una vista tan bonita.

Alex pensó que la mejor vista era ella, pero no dijo nada.

—¿Por qué no lo has hecho? —preguntó Nicole de repente.

— ¿A qué te refieres?

Nicole se encogió de hombros. Al hacerlo, uno de los tirantes de su vestido negro se deslizó hacia el brazo. Alex no pudo evitar mirarla, y entonces cayó en la cuenta de que no llevaba sostén.

— ¿Por qué te resistes a hacer algo que evidentemente deseas? — murmuró ella.

Alex carraspeó.

— ¿Y qué crees que deseo hacer? — Tocarme, tal vez.

Alex deseaba hacer mucho más que tocarla.

— Porque no creo que sea muy buena idea — dijo mientras volvía a guardar los informes en el cajón.

— ¿Por qué no?

— Por muchas razones.

Nicole rió de forma sexy y suave.

— ¿Sabes cuál es tu problema?

— ¿Que pienso como un policía?

— Algo así. Que funcionas con demasiadas normas.

Él sonrió.

— Y tú, con menos de las que deberías.

Así que supongo que estamos empatados, ¿no te parece?

— Puede ser — dijo ella, parpadeando a propósito—. Pero, a pesar de ello, deberías librarte de tus normas y descubrir que la vida puede ser muy divertida.

La temperatura del cuerpo de Alex había ascendido tanto que pensó que iba a empezar a arder en cualquier momento. La noche anterior, en la mansión de los Theisman, se había limitado a probarla un poco. Sabía que hacer el amor con ella sería algo más que divertido; sería magnífico, arrebatador, un verdadero pecado.

Pero por mucho que la deseara, era consciente de que no se lo podía permitir. Estaba ante una ladrona que ahora era, también, su compañera de trabajo.

Sin embargo, no pudo contenerse. Antes de saber incluso lo que

estaba haciendo, extendió un brazo hacia el vestido de Nicole y lo bajó ligeramente hasta que uno de sus pezones quedó a la vista.

Ya había visto sus senos la noche anterior, pero verlos allí, en su despacho y a plena luz del día, era muy diferente. Ahora ya no tenía ninguna excusa. Ya no podía culpar a la oscuridad ni a las sombras.

La oscura areola de su pezón era muy grande. Era tan bella que la boca se le hizo agua al pensar en la posibilidad de lamerla otra vez. Entonces, ella se bajó un poco más el vestido; lo suficiente para que todo el seno quedara al descubierto.

— ¿Vas a besarme o qué?

Alex parpadeó y se quedó hechizado al sentir su mirada.

En aquel momento, tuvo miedo. Si había alguien capaz de convencerlo para que se pasara al otro lado de la ley, esa persona era aquella tentadora e irresistible mujer.

Nicole se quedó sin aliento. El aire fresco producido por el ventilador del techo acarició su piel desnuda y endureció el pezón mientras ella sentía una intensa descarga de calor procedente de su vientre.

Deseaba sentirlo entre sus piernas y deseaba sentirlo ya. No le importaba que su secretaria pudiera aparecer en cualquier instante, ni que al otro lado hubiera un tablero lleno de fotografías suyas, ni que los ocupantes del edificio de enfrente pudieran verlos a través de los cristales.

Alex se inclinó sobre ella y lamió su pezón.

Nicole gimió, arqueó la espalda y se aferró al borde de la mesa para mantener el equilibrio. Sentía tanto placer, que apenas podía respirar, pero Alex se detuvo y ella abrió los ojos para mirarlo. Ni siquiera se había dado cuenta de que los había cerrado previamente.

Entonces, la tomó de las piernas y la arrastró hacia él sin cuidado alguno; los objetos que estaban sobre la mesa acabaron en el suelo y ella se encontró entre las piernas de Alex.

Cuando por fin la besó, Nicole olvidó todo lo demás. Ya no existía

nada salvo aquel intenso calor y la lengua de Alex, que parecía reclamar su boca como si siempre hubiera sido suya. Estaba con un hombre seguro de sí mismo, que sabía lo que quería y que estaba dispuesto a tomarlo.

Lo atrajo hacia sí con fuerza y un segundo después notó que él apoyaba las manos sobre sus piernas. Aquello fue demasiado. Dominada por el deseo, introdujo una mano por debajo de la camisa de Alex, para poder sentir su pecho, y acto seguido apretó la cadera contra su duro sexo.

Era una sensación maravillosa.

Alex volvió a lamerle el pezón y ella lo observó cautivada; sus ojos verdes se habían oscurecido y su rostro mostraba un evidente placer. La empujó suavemente, para que se tumbara de espaldas sobre la mesa del escritorio, y después le acarició el vientre y fue descendiendo, poco a poco, hacia su entrepierna.

Ya estaba pensando que no había nada mejor que aquello cuando él introdujo un dedo por debajo de sus braguitas y la acarició.

Por desgracia, alguien llamó a la puerta. Era la secretaria.

—Oh, lo siento, volveré más tarde. La mujer volvió a cerrar la puerta y se marchó.

Nicole habría reído de buena gana, pero estaba tan excitada, que no podía pensar en otra cosa.

Quiso volver a abrazar a Alex. Sin embargo, él ya se había alejado.

—No me digas que es la primera vez que haces algo así en tu despacho —comentó.

—Está bien, no te lo diré. Nicole se sentó de nuevo, a regañadientes, y apretó las piernas en un vano intento por hacer desaparecer aquella sensación de su sexo. Lamentablemente, sospechaba que no iba a hacer el amor con él de forma inminente.

Se arregló un poco el vestido y él dijo:

Limitémonos a estudiar esos informes.

Alex estaba desesperado. Se estaba dejando llevar por el deseo y

ya no pensaba con la cabeza, sino con otra parte de su cuerpo.

Salió del despacho para que su secretaria le diera los informes y aprovechó la ocasión para dirigirse al aseo de caballeros y refrescarse un poco con agua helada.

Cuando terminó de lavarse, se miró al espejo. Había estado a punto de hacer el amor con ella encima del escritorio de su despacho. Y cuando pensaba en ello, se excitaba.

La deseaba. Pero quería hacerlo a su modo, no al modo de Nicole. Era evidente que se encontraba ante toda una seductora, una mujer para la que hacer el amor no era suficiente; también quería excitación, espontaneidad, pasión y cierto riesgo.

Se secó la cara, se pasó una mano por el pelo y se dirigió al despacho de Dorothy.

—¿Puedes darme esos informes?

La secretaria lo miró con asombro.

—Ella... Esa mujer... La mujer con la que estabas acaba de llevárselos —acertó a decir.

Alex regresó a su despacho y encontró a Nicole sentada en su butaca, leyendo los informes. Se acercó a ella y se los quitó.

—Eso es información clasificada.

—Ya no.

—¿Cómo has conseguido que te Dorothy te los dé?

—No ha sido muy difícil. Algunas mujeres reaccionan de forma extraña al contemplar los senos desnudos de otras mujeres —bromeó—. Si le hubiera pedido la combinación de la caja fuerte de la empresa, seguramente me la habría dado.

Alex comenzó a caminar de un lado a otro.

—Creo que piensa robar al cliente del informe que se encuentra arriba del todo —continuó ella.

Alex tomó el informe. Se trataba de una póliza de seguros de una casa de subastas que iba a intentar vender una impresionante colección de arte el martes siguiente.



—Se me acaba de ocurrir algo —dijo entonces—. ¿Qué te parece si nos inventamos una póliza falsa? Precisamente tengo un cliente muy rico que está de vacaciones en Europa y cuya mansión se ha quedado vacía. Podríamos inventarnos alguna historia. Por ejemplo, con esas Double Eagle que están saliendo últimamente en televisión.

—¿Qué es eso?

—Es el nombre de unas monedas de veinte dólares, de oro, que circularon en Estados Unidos en 1933. Hay muy pocas y valen toda una fortuna —explicó Alex—. Podríamos hacer una falsa póliza de seguros sobre ellas y asegurarnos de que la información llega al destinatario oportuno. Después, solo tendríamos que utilizar la mansión y esperar a que Darkman actúe.

—Es demasiado listo y no caería tan fácilmente. Sabe distinguir una trampa.

Nicole recogió su bolsa de cuero y se dirigió a la salida.

—¿Adonde vas?

Ella se detuvo.

—¿Siempre haces tantas preguntas?

—Sí.

—Te veré más tarde.

Alex se quedó solo, preguntándose cuándo, cómo y dónde se verían.

Después, se sentó en su butaca y pensó que Nicole era una interminable fuente de problemas.

Acababa de abrir uno de los cajones para echar otro vistazo a los informes cuando su mano tropezó con un pequeño paquete de plástico. Lo miró y vio que era un preservativo de color rojo.

Acto seguido, abrió el resto de los cajones y encontró preservativos de colores distintos en todos ellos.

Sonrió, y cuando quiso guardárselos en un bolsillo, descubrió que Nicole le había metido otro allí.

No se podía negar que aquella mujer tenía estilo.

## Capítulo 6

El viejo reloj de cuerda que había dejado en la mesita de noche marcaba lentamente los segundos. Alex lo tomó y miró la hora bajo la luz de la luna que entraba por el ventanal. Ya eran más de las dos de la madrugada y todavía no había conseguido dormirse. Manhattan estaba muy tranquila. Solo se oía la ocasional sirena de algún coche patrulla y el sonido de los escasos vehículos que circulaban a esas horas por las calles. Pero, desafortunadamente, no había sabido nada de Nicole.

Volvió a dejar el reloj en la mesita e intentó ponerse cómodo. Sin embargo, ninguna posición le satisfacía. Estaba demasiado tenso, y no precisamente por el cansancio, sino por el deseo. No podía dejar de pensar en lo que había estado a punto de hacer con Nicole, ni en lo que podría estar haciendo ella en aquel momento.

Miró hacia la ventana del otro lado del piso. Nicole la había dejado abierta para que Cat pudiera entrar y salir a su antojo. Alex no había visto al gato en toda la noche, así que supuso que andaría por el barrio aterrorizando a la población; sin embargo, sabía que había estado en la casa porque no había dejado ni resto de la comida que le habían dejado en el bol. En realidad, su ausencia le alegraba. No quería tener que enfrentarse a Nicole y también a su gato.

Alex la había estado siguiendo durante cuatro meses y, durante ese tiempo, había tenido tres amantes; aunque la palabra amante no le pareció demasiado exacta para el caso, porque implicaba cierto grado de compromiso, aunque fuera temporal. Nicole actuaba de otro modo. Conocía a un tipo en un bar, en una fiesta o incluso en una obra de teatro, se acostaba con él durante unos días y luego buscaba a otro.

Alex se llevó las manos a la cara y estiró los brazos por encima de

la cabeza, cerrando los ojos. En realidad no sabía mucho sobre Nicole Bennett. Había mencionado a su padre, pero no había dicho nada de su madre ni sobre posibles hermanos. Desconocía lo que pensaba sobre el mundo y ni siquiera sabía si le gustaba vivir en las afueras o en el centro, si quería tener una casa o prefería un piso de alquiler.

Nicole era la persona más apasionada y excéntrica que había conocido en su vida. No dudaba en compartir algunos de sus secretos profesionales ni mostraba timidez alguna a la hora de confesarle lo que sentía por él. Pero en ese último sentido, se parecían. La deseaba tanto, que el simple hecho de pensar en ella le provocaba una erección.

Al margen de las habituales relaciones superficiales, Alex solo había mantenido dos relaciones serias a lo largo de su vida. La primera, con Jenny Callas; la había conocido a los diecisiete años y había salido con ella hasta el segundo curso de la universidad, pero finalmente rompieron porque él no quería casarse y tener hijos siendo tan joven. La segunda, con Natassa Hurley, hija de una amiga de su madre. Natassa también era una gran persona, pero demasiado conservadora; al cabo de cierto tiempo comenzó a hablar de matrimonio y Alex comprendió que no estaban hechos el uno para el otro. Sabía que se había casado con un polaco, que había tenido un hijo y que estaba viviendo encima de la panadería que regentaba.

Alex no tenía nada contra los compromisos emocionales; ni siquiera contra el matrimonio en concreto. Sencillamente, ni Jenny ni Natassa eran personas adecuadas para él. Las había querido, pero nunca se había imaginado con ellas a largo plazo.

En cuanto a Nicole, no sabía lo que pensar.

Desde luego, Nicole no era una persona corriente. Sonrió al pensar en lo que dirían sus padres si llegaba a presentársela, aunque la opinión de sus padres le importaba más bien poco. No solo era una mujer independiente y hasta cierto punto excéntrica; también era una ladrona y hasta tenía a su padre en la cárcel.

Alex intentó reaccionar. Pensar en aquellos términos no tenía ningún sentido. No podía imaginar ningún futuro con ella por múltiples razones; entre otras, que no quería pasar el resto de sus días preguntándose dónde estaría ni qué joyas habría robado.

Pero la deseaba. La deseaba tanto, que le dolía.

En ese momento oyó un sonido metálico y, acto seguido, notó que algo se cerraba alrededor de una de sus muñecas. Era Nicole, y acababa de esposarlo.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

Alex había cerrado los ojos y no los abrió inmediatamente. Prefirió esperar un poco y limitarse a disfrutar del aroma de Nicole.

Había regresado. Por fin.

En ese momento, no le importó donde había estado, ni en qué tipo de problemas se podría haber metido. Solo pensó que podrían usar uno de los preservativos que había dejado en su despacho.

—¿Me has echado de menos? —preguntó ella en un susurro—. Seguro que sí...

Alex se preguntó cómo podía echar de menos algo que todavía no había tenido, pero abrió los ojos y la miró. Ella estaba quitándose las botas y el vestido. La luz de la luna besaba su pálida piel y le concedía una imagen casi etérea. Sin embargo, Nicole Bennett no tenía nada de etérea. Era sexy, atrevida, apasionada, nunca etérea.

Se estremeció al pensar que había acertado aquella tarde al suponer que no llevaba sostén. Sus senos, muy bien formados, eran de tamaño medio; ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, y resultaban tan perfectamente proporcionados como el resto de su cuerpo.

Intentó tocarla, pero descubrió que lo había esposado a la cama. Entonces, ella sonrió.

—He pensado que después de lo de anoche era justo que me vengara un poco de ti.

Alex quiso abrir la boca para protestar y alegar que él no había

abusado de la oportunidad de tenerla esposada, pero la idea le resultó tan excitante que ni siquiera se movió. Había sido policía durante ocho años y había oído las historias de sus compañeros de trabajo, muchos de los cuales utilizaban las esposas para menesteres muy personales; pero él nunca las había utilizado en cuestiones de ese tipo.

Nicole se subió entonces sobre él y se sentó sobre sus piernas. Al parecer, iba a tomarlo allí mismo, sin pensárselo dos veces.

—Llevo todo el día esperando este momento —murmuró ella mientras se inclinaba para besarlo dulcemente en los labios.

Alex carraspeó.

—¿Y en qué has estado pensando exactamente?

—En un hombre muy atractivo al que deseo —respondió con una sonrisa—. He decidido que necesita aprender una lección, que debe empezar a guiarse por sus impulsos y no solamente por su inteligencia.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí. Piensas demasiado las cosas.

Alex pensó que Nicole tenía razón y achacó su temperamento racional a su herencia griega. Pero enseguida se dijo que había más razones en su comportamiento. Cuando tenía cinco años, solía tomar su paga semanal e ir a una tienda cercana para comprar alguna golosina; y pasaba tanto tiempo intentando decidirse que Mano, el dueño del local, le dijo en cierta ocasión que, si seguía pensando tanto, un día le estallaría la cabeza.

Tenía la racional costumbre de dudar. Solo había dejado de hacerlo cuando decidió hacerse policía y cuando, más tarde, se hizo detective privado.

Nicole se echó hacia delante hasta situarse prácticamente encima del sexo de Alex. Él arqueó la cadera hacia arriba y ella sonrió y le pasó un dedo por el pecho, bajando hacia su vientre. Estaba tan excitado, que pensó que si extendía una mano para tocarla, estaría

temblando.

—Nicole...

—¿Sí? —preguntó.

—¿Te llamas realmente Nicole?

—No.

—¿Cómo te llamas entonces?

—Si te lo contara, tendría que matarte.

Alex comenzó a reír, pero dejó de hacerlo cuando ella le introdujo un dedo por debajo de los calzoncillos y tiró de la prenda hacia abajo hasta dejar libre su endurecido pene. Después, se lo acarició lentamente.

—Mmm...

—¿Mmm? —preguntó ella, sin dejar de acariciarlo—. ¿Es que tienes alguna queja?

—¿Quejas?

—Sí. Por ejemplo, sobre el enorme tamaño de tu sexo.

Nicole cerró la mano sobre el pene y comenzó a moverla arriba y abajo. Alex no sabía si su sexo era grande o no en comparación con el de la mayoría; nunca le habían importado esas cosas y ninguna mujer le había hecho el menor comentario al respecto.

—Tiene tan buen aspecto que me apetece comértelo —dijo ella.

Alex tiró de las esposas, deseando sentir su húmeda boca, y no tuvo que esperar demasiado. Nicole se inclinó entonces sobre él y lo lamió antes de chuparlo.

Alex pensó que ella sabía lo que estaba haciendo. Tenía una boca increíble, capaz de volverlo loco, y la combinación de su lengua y del movimiento de su mano lo excitó hasta un punto que no creía posible.

Sin embargo, Nicole se apartó en aquel momento y lo dejó con un sentimiento de profunda frustración. Deseaba tocarla, pero las esposas lo obligaban a permanecer allí, tumbado en la cama, sin poder hacer otra cosa que contemplarla mientras ella se quitaba las

braguitas y se volvía a sentar sobre él.

Era la primera vez que Alex veía a una mujer completamente depilada y la idea le encantó. Resultaba muy apropiada para el sexo oral. Pero sus pensamientos desaparecieron segundos más tarde, cuando ella sacó un preservativo y comenzó a ponérselo.

Sus oscuros ojos se oscurecieron aún más cuando se colocó sobre él. Alex gimió y por fin la tuvo a su alcance para tocarla, cosa que hizo. Introdujo un dedo entre sus piernas y acarició su húmedo sexo antes de apartarse de nuevo.

Segundos más tarde, Nicole descendió sobre Alex y comenzó a moverse, frotando su sexo contra el pene de su amante. Él gimió y se estremeció de los pies a la cabeza cuando se sintió, de repente, dentro de su cuerpo. Nicole aceleró entonces sus movimientos, como si fuera una amazona montando su caballo e intentando llegar en primer lugar a la línea de meta. Sus senos oscilaban de tal modo que deseó llevárselos a la boca, y el sonido de sus respiraciones aceleradas y de sus propios latidos llenaron los oídos de Alex. Entonces, Nicole gimió.

Fue un sonido largo y profundo, acompañado por más acometidas que parecían instarlo a alcanzar, también, el orgasmo. Él no quería terminar tan rápidamente, pero segundos más tarde alzó con fuerza su cadera. En ese momento, sucedió algo que no esperaba: Nicole se apartó de él y se sentó sobre la cama.

—Otra mujer te dejaría así, en venganza por haberla secuestrado —declaró, en un susurro.

Alex intentó liberarse. Se sentía profundamente desesperado.

—Pero tú no lo harás —dijo él.

—Por supuesto que no —declaró, mientras se inclinaba para abrirle las esposas—. Quiero comprobar si me teoría es correcta.

En cuanto lo soltó, Alex se lanzó sobre ella y le lamió los pezones mientras la atraía hacia sí.

No recordaba haber estado tan excitado en toda su vida. Se sentía

dominado por el deseo, completamente consumido por la necesidad de tomar a aquella mujer enigmática, irónica y sorprendente.

—¿A qué teoría te refieres? —preguntó él.

Ella sonrió.

—A que, si nos quitamos las caretas, los dos somos muy parecidos. Sentimos del mismo modo, confiamos en nosotros mismos. Y cuando hacemos el amor, lo hacemos sin contenciones.

Nicole se sentó nuevamente sobre él y Alex entró en su cuerpo.

No tardó mucho en alcanzar el orgasmo; todavía no había tenido ocasión de pensar en las palabras que acababa de pronunciar Nicole, pero ya sabía que hacer el amor con ella era lo más apasionante del mundo.

Tres horas más tarde, Nicole estaba tumbada en la cama, todavía desnuda, mientras contemplaba el cielo a través del ventanal. Estaba empapada en sudor y tenía mucho calor.

—El verano es mi estación preferida del año —dijo Alex, a su lado.

Nicole lo miró.

—La mía también. El verano, y el invierno. No me gustan ni la primavera ni el otoño. Adoro los extremos.

Nicole se alegró de que su teoría sobre Alex Cassavetes fuera correcta. En sus veintiocho años de edad, había aprendido que la mayoría de la gente se escondía detrás de sus máscaras. Y cuando vio a Alex por primera vez, supo que su fachada de hombre serio ocultaba a una persona apasionada y a un gran amante, a alguien que sabía llegar al fondo de su ser.

—Agua. Necesito un poco de agua —dijo él.

Nicole abrió la boca para decir que ella también tenía sed, pero estaba tan satisfecha por aquellas horas de amor, que ni siquiera fue capaz de abrir la boca. Por fin había conocido a alguien capaz de



dejarla sin habla.

Alex se levantó entonces y regresó con una botella de agua fría, que colocó entre las piernas de su amante. Nicole gimió y se incorporó de inmediato, entre sorprendida y encantada. Después, él abrió la botella y le dio de beber. Parte del líquido resbaló por su cuello y acabó en sus senos, endureciendo de nuevo sus pezones. Nicole sonrió.

—Al menos tú has sido capaz de levantarte á buscar agua. Creo que yo no podría moverme aunque quisiera.

Alex se tumbó a su lado y miró el techo mientras ella seguía contemplando el paisaje a través de la ventana.

—Mi madre solía decir que por el amanecer se puede saber cómo va a ser un día —continuó ella—. Por desgracia, nunca presté atención a sus explicaciones. Así que no sé cómo analizarlo.

—Antes decían que un cielo rojo por la mañana augura tormenta, y que uno rojo por la noche augura un buen día —declaró Alex—. Es un viejo dicho de pescadores, según me contaba mi yaya. Por cierto, ¿tu madre vive en Nueva York?

—No, me temo que no vive en ninguna parte. Murió.

Alex permaneció en silencio unos segundos, antes de decir:

—Lo siento.

—No tienes por qué. Tú no la mataste.

—¿Es que la asesinaron?

—Algo así. La mató el cáncer.

Nicole recordó el piso de Brooklyn Hights donde había vivido de pequeña. Su madre se había ido debilitando día a día y las sesiones de quimioterapia hicieron que perdiera el pelo. Pero nunca se rindió. Siempre sonreía y no dejaba de hacerles preguntas y de leerles cuentos a su hermano Jeremy y a ella.

—Yo tenía siete años cuando murió — dijo—. Un día, mi hermano y yo volvimos del colegio y supimos que ya no estaba con nosotros. Ya ni siquiera podíamos ir a verla al hospital. Se había marchado para

siempre.

—¿Cómo era? —preguntó él, en voz baja.

Nicole sonrió.

—Era preciosa, de cabello castaño y grandes ojos azules que brillaban cuando reía. Recuerdo que le encantaba pasear y que solía llevarme con ella. Dejaba a Jeremy en casa, al cuidado de mi padre, y caminábamos charlando y hablando con los vecinos que nos encontrábamos por la calle.

—Debió de ser muy duro para ti...

—Sí, no fue fácil.

Nicole recordaba perfectamente los largos meses de silencio, y las ausencias de su padre. Por fin, Jeremy y ella asumieron que su padre tenía una profesión muy especial, que no era un vendedor de coches como el vecino que vivía al otro lado de su bloque ni un corredor de bolsa como el padre de su amigo Johnny, sino un ladrón.

Y no pasó mucho tiempo antes de que su hermano y ella siguieran los pasos de su padre.

Sabían que lo que hacían era ilegal y que tendrían problemas si la policía los descubría. Pero mientras otros padres llevaban a sus hijos a Central Park, él les enseñaba la profesión. Les decía cómo podían robar cosas sin importancia, como unas llaves o una cesta de comida, y acto seguido les mostraba cómo podían devolverlas sin que nadie lo notara; a fin de cuentas, solo eran prácticas. Su padre siempre les dejó bien claro que ellos debían concentrarse en objetivos mucho mayores, como antigüedades y otros objetos de gran valor.

—¿Y qué hay de tu hermano? —preguntó Alex.

Nicole lo miró. No podía creer que le estuviera contando cosas tan íntimas, y de repente se sintió incómoda.

—Déjmoslo para otro momento —respondió ella, antes de alcanzar la botella para echar otro trago—. Ya he hablado demasiado de mi vida. Ahora, háblame de la tuya.

—¿Estás segura de que quieres que te la cuente? —preguntó él,

sonriendo.

—Claro que sí. Quiero saberlo todo sobre esa máquina del sexo que eres.

Alex rió.

—Bueno, ya tendremos tiempo de hablar más tarde.

Alex se situó entonces sobre ella, dispuesta a demostrarle lo que tenía en mente. Y por supuesto, Nicole se dejó llevar.

# Capítulo 7

Un buen rato más tarde, Nicole se estaba tomando un café con leche, sola, en un restaurante situado en la acera contraria a la casa de subastas. Al cabo de cuatro días, iban a vender una valiosa colección de cuadros, y a pesar de no haber dormido en toda la noche, Nicole se sentía completamente renovada, con más energía que nunca.

Tomó un sorbo de café y se dijo que era asombroso lo que podía hacer un poco de sexo. O más exactamente, un mucho.

Había sido una experiencia maravillosa. Alex era un amante magnífico, capaz de dar vida a todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. De hecho, le había costado tener que dejarlo allí, en su piso. Sobre todo cuando ahora sabía que unas simples caricias, incluso aunque estuviera dormido, bastaban para excitarlo.

Alguien suspiró en ese momento, y Nicole descubrió, asombrada, que había sido ella.

Aquello le pareció increíble. Ella nunca suspiraba de ese modo, de una forma tan abierta e inocente. No lo había hecho jamás, con ninguno de los hombres que había conocido; no lo hacía cuando estaba disgustada y por supuesto no lo hacía así, como si fuera una tonta que soñaba despierta.

Intentó convencerse de que no había sido para tanto. Se dijo que había sido una noche muy interesante y nada más, pero no consiguió engañarse. De ser eso cierto no estaría allí, en una cafetería, preguntándose por lo que Alex estaría haciendo y sonriendo al imaginar el susto que se iba a llevar al despertar y ver que se había marchado.

Ciertamente, todo aquel asunto era muy extraño.

Segundos más tarde, un camión aparcó frente a la casa de

subastas. Nicole se recostó en el asiento y abrió un periódico para poder contemplar la escena sin levantar sospechas. El conductor del vehículo entró en el establecimiento y salió unos minutos después con un hombre de cierta edad, bien vestido, que ella reconoció enseguida: era uno de los dueños del negocio.

Gracias a uno de los trabajadores de la casa de subastas, Nicole sabía que algunas de las obras de arte ya habían llegado y que se encontraban en el sótano. Resultaba sorprendente lo que se podía conseguir con un simple billete de cien dólares, sobre todo cuando la información que se necesitaba era, aparentemente, inocente.

Pero por supuesto, en aquello no había nada de inocente. Aunque no hubiera sabido lo de los cuadros, la presencia del dueño de la casa de subastas y los guardias armados que salieron del camión habrían sido suficientes para saber que transportaban algo valioso.

Personalmente, tendía a alejarse de todo lo que se encontrara bajo llave. La tecnología evolucionaba tan deprisa que las técnicas para forzar cajas fuertes y sistemas de seguridad cambiaban día a día. Los días de la dinamita y de las ganzúas ya habían pasado, y en cualquier caso, no era su campo de actuación.

Mientras observaba a los hombres que descargaban los cuadros, Nicole mojó un biscote en el café y pensó que ella prefería trabajos más sutiles y divertidos; y desde luego, prefería que otra persona hiciera el trabajo por ella, sin saberlo.

Sacó el teléfono móvil de su bolso y marcó el número del despacho de Alex. Su secretaria la pasó inmediatamente con él; al parecer, no la había olvidado.

— ¿Dígame?

— Hola, soy yo.

— Hola.

Nicole carraspeó.

— Anoche no tuve ocasión de preguntarte si vas a empezar a trabajar con esa póliza falsa de la que hablamos.

—Es curioso que lo preguntes, porque tengo una copia ahora mismo en mis manos.

—¿Y ha llegado a quien tenía que llegar?

—Más rápidamente de lo que cabía esperar —respondió él.

—Perfecto, porque eso significa que tendremos tiempo.

—Eso depende de lo que entiendas por tiempo.

Alex pensó que Nicole ya no se estaba refiriendo al plan para capturar a Darkman, sino a la posibilidad de ir a su piso para dedicarse a labores más placenteras.

—Por decirlo claramente, ¿puedes marcharte de tu despacho? —preguntó ella.

Alex sonrió.

—Por supuesto que sí. ¿Tienes alguna idea en mente?

—Sí. La posibilidad número dos.

—¿Qué es eso?

—¿Recuerdas la subasta de la que hablamos? Estoy sentada en una cafetería, frente a la casa de subastas en cuestión. En este momento, están descargando las obras.

El ego de Alex se desinfló como un globo. Nicole no estaba pensando en sexo, sino en trabajo.

—No te arrepentirás —continuó ella—. En esta cafetería tienen unos dulces excelentes.

—Me temo que no podré ir. Tengo una reunión a la una con un jefe. Y teniendo en cuenta que me he saltado las dos últimas reuniones, sería mejor que asistiera esta vez.

Nicole no dijo nada. Se quedó en silencio.

—¿Nicole?

—Sigo aquí —respondió—. De verdad crees que Darkman va a ir por las monedas, ¿verdad?

—Si estás preguntando si creo que estás perdiendo el tiempo en esa casa de subastas, la respuesta es sí.

—Pues me temo que esto va a ser tu entierro.

— ¿Mi entierro?

— Sí, ya sabes, laboralmente hablando. Darkman no va a ir por las monedas. Atacará en la casa de subastas, seguramente dentro de cuatro días, la noche anterior de la subasta.

— ¿Cómo lo sabes?

— Instinto, nada más. Si no recuerdo mal, esa fue la razón por la que me raptaste en Baltimore, por mi habilidad para estas cosas.

Alex suspiró.

— Yo no te rapté. Me limité a traerte a Nueva York. Oficialmente, eres mi informadora.

— Yo no soy ninguna chivata, Alex. Ahora te dejo, tengo que marcharme.

Alex notó que algo andaba mal y se puso tenso.

— ¿Qué ocurre?

— Acabo de ver a alguien que conozco — contestó.

— Eh...

— ¿Qué?

— ¿A qué hora llegarás a mi casa?

Nicole no contestó a la pregunta. Y su silencio preocupó aún más a Alex. Sobre todo, cuando un segundo después se despidió.

— Hasta luego, Alex.

Alex quiso protestar, pero ella ya había cortado la comunicación.

Se preguntó si realmente habría visto a alguien que conocía o si solo se había inventado una excusa. Además, le extrañaba que no hubiera querido decirle cuándo pensaba volver a casa; a fin de cuentas era normal que quisiera volver a verla después de una noche tan apasionada de sexo.

A no ser que no hubiera sido tan maravillosa para ella.

Alex gimió, desesperado, y al instante oyó la voz de su secretaria.

— ¿Necesitas algo?

— Sí, un psicólogo. Necesito que me examine alguien.

— ¿Cómo?

—Nada, Dorothy, olvídalo. No necesito nada, pero gracias por preguntar. Ah, y cierra la puerta cuando salgas.

Dorothy se marchó y Alex pensó que sí había algo que necesitaba: necesitaba a Nicole.

La noche anterior había sido todo un descubrimiento para él. Habían conectado física y emocionalmente, y de hecho se había sorprendido mucho cuando Nicole le habló de su madre. Ahora que conocía parte de su pasado, le gustaba aún más. Y por otra parte, se había despertado en él la necesidad de protegerla.

Intentó recordarse que era una ladrona, que su código ético era radicalmente distinto, que carecía de moral y que se dedicaba a robar objetos que él tenía que recuperar más tarde.

Se lo repitió una y otra vez. Pero no sirvió de nada.

Aquello era una locura.

Miró el montón de informes de los casos que tenía que investigar y el montón de pólizas por comprobar que se habían acumulado a lo largo de los dos últimos meses. Por fin, optó por trabajar en el segundo montón y se preguntó si Nicole tendría razón sobre Darkman.

Entonces, algo llamó su atención. Una de las pólizas, redactada la semana anterior, se refería a unas joyas de Tiffany. Alex consideró la posibilidad de que Nicole la hubiera visto y de que la hubiera ocultado entre las demás, pero también cabía la posibilidad de que ni siquiera hubiera reparado en el documento. Fuera como fuera, no podía estar seguro.

Aunque prefiriera olvidarlo, era una ladrona. Y empezaba a pensar que debía ser más cuidadoso con ella.

Nicole no se había puesto un uniforme de criada desde hacía un año, cuando se hizo pasar por una criada de la casa que Christine Bowman había alquilado en San Luis.



Se abrazó a sí misma mientras el taxi giraba bruscamente a la derecha, para tomar la calle Broadway, y se ajustó la peluca. Aquel trabajo había sido magnífico. Había conseguido una buena suma por los diamantes y su plan había funcionado a la perfección, incluido el arresto de Christine Bowman por el robo del que al final se había aprovechado ella.

Contempló la calle. Había comenzado a llover poco después de dejar su puesto frente a la casa de subastas, y todo parecía borroso ahora. Recordó el comentario que había hecho Alex sobre el código del honor de los ladrones y pensó en ello. Casi no recordaba cuándo había decidido empezar a robar a otros profesionales. Y no sabía si le apetecía recordarlo.

Pero lo hizo.

A los diecinueve años, se había convertido en la víctima de otro ladrón. Ella acababa de robar su segundo grupo de joyas de Tiffany, un conjunto formado por un brazalete, un collar y un anillo de diamantes, cuando la asaltaron. Su agresor fue un viejo conocido de su padre, que estuvo a punto de matarla. Todavía podía ver el brillo de locura en sus ojos cuando la miró y la apuntó con una pistola.

Se llevó tal golpe, que pasó cinco días en un hospital, rodeada de gente que había sufrido asaltos similares, de víctimas de otros delincuentes. Aquello cambió su vida. Aquello, y el hecho de ser perfectamente consciente de que los mayores delincuentes se encontraban en las direcciones de las grandes empresas, explotando a los menos afortunados. A partir de entonces, decidió que se dedicaría a robar a los ladrones y a castigarlos por sus delitos.

A Nicole le gustaba pensar que era una especie de Robin Hood de Manhattan. Robaba a los ricos y repartía el dinero entre los más pobres.

Y en el caso de Darkman, quería hacer justicia por todas las personas a las que había herido.

Bajó la ventanilla del taxi, a pesar de que seguía lloviendo.

Necesitaba refrescarse un poco.

—¿Le importaría cerrar la ventanilla, señorita? —preguntó el taxista—. La tapicería se estropeará si se moja.

Nicole se mostró de acuerdo siempre y cuando pusiera el aire acondicionado, cosa que el hombre hizo. Después, abrió su bolsa, guardó aparte su pequeña pistola y sacó el carnet falso que se había fabricado para poder enseñárselo al ama de llaves con la que había hablado por teléfono.

El taxi se detuvo unos segundos después frente al elegante edificio de apartamentos.

Sabía que la dueña de la casa se encontraba a esa hora en una comida de negocios y que su marido estaría trabajando. Los maridos de aquella clase de mujeres siempre hacían lo mismo; todos eran adictos al trabajo o se buscaban otras ocupaciones con tal de no estar con sus ricas esposas.

De modo que solo tendría que enfrentarse al servicio: el ama de llaves y probablemente uno o dos empleados más.

Nicole pagó al taxista, le dio una propina más que generosa y dijo: —Olvídese de mí. No me ha visto nunca.

El taxista sonrió.

—Siempre y cuando no mate a nadie, por mí no hay problema.

Salió del vehículo y miró al portero del edificio. El hombre sonrió y ella le devolvió la sonrisa. En aquel momento, supo que no iba a tener ningún problema con él, pero en cualquier caso estaba acostumbrada a usar acentos extranjeros y a utilizar todo tipo de trucos para salirse con la suya. En aquellas casas, era habitual que existiera un registro con las visitas que se esperaban, y si el nombre no se encontraba en la lista, generalmente no se podía entrar. Entonces, se veía obligada a utilizar otro tipo de tácticas. Por ejemplo, hacer uso de las escaleras de incendios y de las ventanas; pero siempre cabía la posibilidad de ser descubierta.

Sin embargo, en este caso la estaban esperando.

Cuando llegó al piso en cuestión, llamó al timbre y esperó a que abrieran. En cuanto apareció el ama de llaves, le dio el carnet de criada y le explicó que necesitaba el trabajo.

—Me temo que tendrá que hablar con la dueña de la casa —dijo la mujer—. No puedo dejarla entrar sin su permiso.

Nicole decidió usar uno de sus trucos.

—Oh, qué lástima. Llevo una hora atrapada en un atasco de tráfico y me he gastado una pequeña fortuna para venir porque su jefa dijo que me necesitaba con urgencia. Y por si fuera poco, necesito ir urgentemente al aseo...

Mientras hablaba, Nicole se introdujo en la casa y echó un vistazo a su alrededor. El cuarto de baño de invitados se encontraba donde solía estar, justo debajo de la escalera.

Nicole se dirigió directamente al aseo. Pero el ama de llaves la siguió, de modo que dijo:

—Le ruego que no se atreva a entrar conmigo en el cuarto de baño. No me hago responsable de lo que pueda hacer.

La mujer se quedó tan asombrada, que se marchó de inmediato, probablemente para buscar a otro empleado y pedirle que la ayudara a echarla de la casa.

Mientras tanto, Nicole entró en el cuarto de baño y comprobó el reloj. Solo había tardado tres minutos. No estaba nada mal.

Dejó su bolsa en el suelo y levantó la tapa del inodoro. Acto seguido, desenrolló todo el papel higiénico; no había mucho, de modo que tuvo que tomar un segundo rollo y repetir la operación. Cuando terminó, introdujo todo el papel en el inodoro. Aquella parte le disgustaba especialmente, pero con un poco de suerte lo habrían lavado esa misma mañana. Después tiró de la cadena.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Unos segundos más tarde, llamaron a la puerta.

—¡Salga ahora mismo, por favor!

El agua ya había empezado a gotear por encima del inodoro, así

que tomó su bolsa, abrió la puerta y salió del aseo fingiendo estar horrorizada.

— ¡Oh, no! ¡Mire lo que ha pasado! — exclamó el ama de llaves.

— La fregona, ¿dónde está la fregona? — preguntó Nicole.

Junto al ama de llaves se encontraba esta vez un hombre. Nicole supuso que sería su esposo.

— ¡En la cocina! — respondió la señora, angustiada.

Nicole corrió entonces hacia el pasillo, pero no se dirigió a la cocina, sino al piso superior, en busca del dormitorio principal donde seguramente estarían guardadas las joyas de los Nessbaum. Sabía que dispondría de cinco minutos, al menos, antes de que sospecharan.

No tardó mucho en localizar su objetivo. Una vez dentro, caminó hacia el armario y lo abrió. Apartó los zapatos y tiró de un trozo de moqueta que estaba levantada. Encontró lo que buscaba: una caja, con una cerradura muy fácil de forzar, que contenía el nuevo diseño de Elsa Peretti para Tiffany.

— Sería mejor que se comprara una caja fuerte, señora Nessbaum — dijo en voz baja.

Abrió la caja, despreció las joyas que no le interesaban, y se quedó únicamente con las que quería. Después, las guardó en una bolsa de terciopelo y bajó de nuevo al primer piso. Al ver al ama de llaves y a su supuesto esposo, que seguían afanados con el intento de limpiar el agua, se dijo que alertaría al portero de algún bloque cercano para que subiera a ayudarlos.

Salió de la casa, entró en el ascensor y miró el reloj. Solo habían transcurrido ocho minutos en total. No era su mejor tiempo, pero definitivamente resultaba admirable.

Y en cinco días, la señora Nessbaum encontraría sus joyas en el buzón de correos, completamente limpias y todavía en su cajita original, junto a un pequeño agradecimiento.

Por suerte, el portero del edificio estaba ocupado con un inquilino

cuando llegó al vestíbulo, de modo que se limitó a saludarla con un gesto.

Al salir a la calle, buscó un taxi con la mirada. Entonces vio uno al otro lado de la calle y subió a él.

Pero nunca habría imaginado lo que la esperaba. Allí, sentado en el asiento trasero, se encontraba Alex, sonriendo.

—¿Has conseguido las joyas?

Alex admiró el traje de criada de Nicole y pensó que habría preferido algo más atrevido, más corto y más ajustado, con una de esas faldas que escondían capas y más capas de encajes.

—No sé de qué estás hablando —acertó a murmurar Nicole mientras arrancaba el taxi.

—Mmm. ¿Entonces debo pensar que te dedicas a limpiar casas durante el día?

—Claro, ¿por qué no? —respondió ella con una sonrisa forzada—. ¿Es que crees que limpiar casas es estar por debajo en la escala social?

A él lo que le apetecía era estar debajo de ella en una cama.

Nicole debió adivinar sus pensamientos, porque se relajó un poco y se levantó la falda del vestido para que pudiera ver sus muslos. Después, y con un gesto calculado, cruzó las piernas. Y finalmente, se desabrochó un par de botones del cuello del uniforme para que también tuviera una buena vista de la parte superior de sus senos y de su sostén rojo.

En ese momento, el taxi hizo un movimiento extraño y Alex supo que el conductor estaba tan concentrado en el cuerpo de Nicole como él.

—¡Eh, conduce con más cuidado! —dijo Alex, molesto.

Sin embargo, Alex comprendía perfectamente su reacción. Nicole era una mujer inmensamente atractiva, y mucho más teniendo en

cuenta que estaba dando un pequeño espectáculo en el asiento trasero de su coche.

Nicole rió, encantada con la situación, y Alex extendió una mano abierta.

—Dámelas —ordenó él.

—¿Cómo?

—Las joyas, Nic.

—Estoy pensando en otras joyas que preferiría darte —dijo, coqueta.

—Mira, Nicole, por mí puedes jugar a lo que quieras. Pero ahora estamos trabajando juntos y no quiero que robes nada a ninguno de los clientes de la aseguradora —declaró, mirándola—. Deja de robar. ¿Me has oído?

—¿Y si no lo hago?

—Entonces, tu precioso trasero acabará en la cárcel.

## Capítulo 8

Dos días más tarde, Alex todavía no había logrado controlar a Nicole Bennett. Bien al contrario, se sentía como si se estuviera deslizando por una pendiente emocional y no supiera dónde podía acabar.

Miró por la ventanilla del taxi mientras avanzaba por Queens Boulevard. Era un trayecto muy familiar para él. Como vivía en Manhattan, no tenía coche y no lo necesitaba para nada; la ciudad tenía un buen sistema de transporte público, aunque a veces, como aquel día, anhelaba tener uno.

No podía creer que ya fuera domingo, aunque en realidad era una sensación que tenía muchas veces últimamente. Todos los días le parecían especiales, y la única diferencia ostensible de los fines de semana era que había mucho menos tráfico; siempre se había preguntado dónde se metía la gente, teniendo en cuenta que estaba en una ciudad de siete millones de habitantes.

Se llevó las manos a la cara y casi pudo notar el aroma de Nicole. Desde el miércoles anterior, el mundo era distinto. Ya no necesitaba tomar café por las mañanas, ni se molestaba en encender el aire acondicionado inmediatamente; había descubierto que le gustaba el calor y sobre todo permanecer en la cama con Nicole, empapado de sudor, mientras disfrutaban de la suave brisa que entraba por las ventanas y del viejo ventilador del techo.

Pero todavía no había encontrado las joyas.

Recordó su encuentro en el taxi, el día que vio el informe de las joyas de Tiffany en su despacho y que fue a su encuentro pensando que podía tener intención de robarlas. Se dirigió en primer lugar a la casa de subastas, y al ver que no estaba allí, decidió comprobar la casa de los Nessbaum. Cuando la vio salir del edificio, se sintió

profundamente decepcionado.

Sabía que Nicole había guardado las joyas en alguna parte, pero todavía no sabía dónde. También sabía que no había llamado a nadie al llegar a su piso, porque habían hecho el amor inmediatamente después.

Cuanto más tiempo pasaba, más convencido estaba de haber caído en una especie de hechizo. A lo largo de los años se había acostumbrado a llevar una vida tranquila y hasta cierto punto aburrida; pero de repente había aparecido ella y todo había cambiado. Todo era nuevo, excitante, desconocido.

—Puede dejarme por aquí —dijo al taxista.

El hombre detuvo el vehículo, Alex pagó el viaje y salió.

Frente a él se encontraba la casa donde vivían sus padres, en una tranquila zona residencial con árboles en las aceras y pequeños jardines. Durante los primeros dieciocho años de su vida, aquel había sido su hogar, pero ahora solo regresaba para comer con su familia los domingos. El viejo coche de su padre estaba aparcado en el vado.

Se metió las manos en los bolsillos, como hacía cuando era un adolescente, y caminó hacia la entrada. Olía a comida griega y se oía música en el interior de la casa. Unos segundos después, oyó la voz de su madre, que estaba criticando a Athena por haber faltado dos noches seguidas. Su hermana intentó defenderse, pero Alex entró en aquel momento e interrumpió la escena.

—Hola, mamá —dijo él.

—Y tú, ¿qué? —dijo su madre, blandiendo una cuchara—. ¿Cuántas veces te pido que me ayudes? Nunca. Y sin embargo, no has sido capaz de llamarme por teléfono para ver si tu hermana había regresado.

Alex se inclinó para darle un par de besos.

—Mamá, me pides ayuda todo el tiempo. Por cierto, ¿qué te has hecho en el pelo? Estás especialmente bella esta mañana.

—No me salgas con esas, pequeño monstruo —dijo su madre,



encantada con el cumplido.

Alex rió.

—Mmm. Huele muy bien...

—¿Esperabas que oliera mal?

Alex abrazó a su madre y permaneció así unos segundos, sin hacer nada más, para disfrutar del momento.

Por desgracia para él, su madre lo conocía bien. Notó que le ocurría algo y preguntó:

—¿Qué te sucede, Alex?

—Nada, nada —respondió—. ¿Dónde está papá?

—En el jardín trasero, claro, intentando enseñar a Pericles a sentarse —respondió Athena.

Pericles era el perro, un pointer de quince años. Todos los domingos por la mañana, su padre salía con él al jardín trasero con la vana esperanza de enseñarle nuevos trucos. Y todas las mañanas de todos los domingos, el perro hacía caso omiso.

Alex salió a buscarlo. En ese momento, su padre blandía un hueso en la mano para arrojárselo al animal.

—¡Ve por él!

George hizo ademán de lanzárselo, pero el perro ni se movió.

—¿Aún sigues intentando enseñarle nuevos trucos? —preguntó Alex.

—¡Alexandros! —exclamó su padre—. Sí, todavía sigo intentándolo. Pero nada, no hay manera.

Alex se sentó al lado de su padre, en una silla, y acarició al perro. George quería tanto al animal, que sabía que se llevaría un enorme disgusto cuando muriera. De hecho, Athena ya había pensado en la posibilidad de comprarle un cachorro para mitigar su dolor.

—No os pongáis demasiado cómodos — dijo entonces su madre, que acababa de salir al jardín—. La comida estará en cinco minutos.

Alex no hizo caso y se acomodó en la silla. Le encantaba disfrutar del sol de la mañana.

—He estado pensando en jubilarme — dijo su padre, de repente  
—. Ya sabes, en vender George's Carry Out.

—¿Cómo? —preguntó, asombrado.

George sonrió.

—Tu primo Niko vino el otro día y me hizo una buena oferta.

—¿Y qué le dijiste?

—Que saliera inmediatamente de mi tienda.

Alex rió.

—Pero lo he estado pensando —añadió su padre.

Alex lo miró. George Cassavetes se estaba haciendo viejo. Su pelo, que había sido negro en su juventud, era ahora casi blanco. Y sus arrugas eran mucho más profundas.

—He estado pensando que tu madre y yo deberíamos volver a Grecia.

Alex estuvo a punto de caerse de la silla al oír aquello. Sus padres siempre hablaban sobre la posibilidad de marcharse de vacaciones a Grecia, pero nunca habían dicho nada sobre regresar para quedarse.

—Queremos disfrutar un poco antes de ser demasiado viejos — continuó George—. Me he puesto en contacto con una inmobiliaria y he localizado un bonito piso en Atenas, cerca del sitio donde crecí.

—¿Y qué piensa mamá de todo esto?

Su padre suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. Todavía no le he dicho nada. Pero creo que le gustaría. A fin de cuentas, vivimos como si todavía estuviéramos en Grecia. Hasta seguimos viendo los canales de televisión griegos por cable. Grecia es un bonito país, ¿sabes?

—Este tampoco es tan malo.

Su padre sonrió.

—No, no es tan malo, pero no tiene las aguas del Egeo, ni sus playas. Aquí ni siquiera puedo comer buen pescado cuando allí podría comerlo todos los días si quisiera.

En aquel instante, reapareció su madre. Se dirigió a Alex y dijo:

—Tienes una visita, Alex.

Alex frunció el ceño.

—¿Una visita?

Acababa de levantarse para ver quién era cuando la puerta de la casa se abrió y se llevó una enorme sorpresa. Era Nicole.

—Hola, Alex.

Nicole pensó que tal vez no había sido una buena idea. Además, se había puesto una minifalda de imitación de piel de leopardo y un top ajustado, que había recuperado de la consigna de la estación Central, y se sentía medio desnuda en aquella casa.

Alex le había dicho que pensaba marcharse a comer con sus padres, y naturalmente no tardó mucho encontrar la dirección. La tenía en la agenda de teléfonos.

Carraspeó e intentó mantener la calma. Toda la familia Cassavetes la estaba mirando, Alex incluido.

—Siento llegar tarde —dijo ella, mirando a Alex—. ¿Es que no vas a presentarnos?

Alex la miró como si tuviera ganas de estrangularla, y ella sonrió.

—Hola, soy Nikki. Nikki Bennett. Estoy segura de que Alex ya os habrá hablado de mí.

La mujer más joven, que debía ser la hermana de Alex, comenzó a reír. A Nicole le cayó bien de inmediato.

—Hola, yo soy Athena, la hermana de Alex. Encantada de conocerte, Nikki. Hacía años que Alex no invitaba a nadie a casa. Y por lo visto, lleva una vida mucho más interesante de lo que imaginábamos...

Nicole sonrió y miró a los padres de Alex.

—Supongo que vosotros sois los padres de Alex. Es un placer conoceros...

Ni el padre ni la madre de Alex dijeron nada. Estaban tan asombrados, que todavía no habían conseguido reaccionar.

—Si nos perdonáis un momento... —dijo entonces Alex.

Él la llevó al interior de la casa. Nicole se había puesto zapatos de tacón alto y no podía caminar muy deprisa, así que estuvo a punto de tropezar.

— ¿Adonde me llevas? — preguntó ella.

Por un momento, Nicole temió que la echara de la casa. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se dirigieron escaleras arriba, entraron en uno de los dormitorios y acto seguido él cerró la puerta.

Nicole miró a su alrededor. La habitación estaba decorada en tonos azules y blancos, a juego con la bandera griega que decoraba una de las paredes.

Después, se volvió hacia Alex y sintió miedo. Nunca lo había visto tan enfadado.

— ¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí?

Nicole sonrió y dijo:

— Quería darte una sorpresa.

Alex pensó que, si ese era su objetivo, lo había conseguido. Comenzó a caminar de un lado a otro de su antiguo dormitorio, intentando seguir enfadado. Pero en cuanto la miró dos veces, olvidó lo sucedido y deseó hacerle el amor allí mismo.

Cerró los ojos, desesperado, y la maldijo en silencio. Cuando volvió a abrirlos, ella seguía sonriendo.

— Tenemos que hablar — dijo él.

— Vaya. Al ver que cerrabas la puerta, he pensado que querías hacer algo más que hablar.

Alex quiso asesinarla. Pero la deseaba tanto, que la tomó de una muñeca, la arrojó sobre la cama, se tumbó sobre ella y comenzó a besarla apasionadamente mientras le acariciaba los senos.

— Sorpresa — susurró ella otra vez.

A Alex ya no le importaba nada. No le importaba que aparecieran sus padres ni le importaban las joyas que Nicole había robado. Solo le importaba ella, la mujer que un segundo más tarde llevó una mano a su entrepierna y comenzó a acariciar su sexo.

—Vamos, Alex, háblame sobre las fantasías que tenías de adolescente en esta cama. ¿Te acostaste aquí con alguna chica? ¿Te sorprendieron haciendo cosas que no debías hacer?

—No —respondió él, dominado por la excitación.

Alex quería hacerle el amor una y otra vez, pero sabía que no podía hacerlo. Entonces, oyó un ruido procedente del corredor y supo que su madre y su hermana estaban al otro lado de la puerta, escuchando.

Como no quería que oyeran nada particularmente embarazoso, miró a Nicole, se levantó de la cama y dijo:

—Tú y yo tenemos que hablar, pero lo haremos más tarde, en mi piso. Ah, por cierto, y quítate las joyas que llevas y esa peluca.

La comida fue un desastre. Todo estaba como siempre, exceptuado el pequeño detalle de la presencia de Nicole. Su madre les sirvió un asado, unos pasteles de queso y un plato lleno de brécol y embutidos. En cuanto al vino, era tan bueno como siempre. Pero cada vez que Nicole abría la boca, decía algo inconveniente.

Al principio, su madre no había sabido cómo tratarla. Sin embargo, se relajó a medida que transcurría la comida y al final incluso comenzó a dirigirse a ella con cierto afecto. En cuanto a su padre, rió de buena gana algunas de sus bromas. Y Athena pareció establecer rápidamente una especie de nexo con Nicole, como si las dos mujeres se entendieran sin ningún problema.

Tres horas más tarde, Nicole y él entraron en su piso. La suave luz de la tarde iluminaba el lugar con tonos anaranjados y amarillos.

—¿Dónde están las joyas, Nicole? —preguntó él, directamente.

—Me pediste que me las quitara, ¿recuerdas? Están en mi bolso.

Alex se sentía humillado, avergonzado y muy enfadado con ella. Como hijo mayor, siempre había querido que sus padres se enorgullecieran de él; pero Nicole había destrozado su imagen en un

solo día.

—Voy a darme una ducha —dijo ella de repente—. ¿Quieres ducharte conmigo?

Alex permaneció en silencio.

—Aún sigues enfadado, según veo — continuó Nicole.

—Enfadado no es una palabra adecuada para definir lo que siento, Nic. Ve a ducharte. Espero que, cuando salgas, haya conseguido tranquilizarme lo suficiente como para hablar contigo.

Nicole lo miró con tristeza, pero tomó su bolso y se dirigió al cuarto de baño sin decir nada.

Alex aprovechó la ocasión para tumbarse en la cama. Estaba sin hacer y olía a sexo.

No sabía qué hacer. No se trataba únicamente de lo que había sucedido aquella tarde ni de las preguntas que inevitablemente le harían sus padres, sino de toda aquella situación. Por primera vez, se arrepentía de haberle pedido a Nicole que lo ayudara. En cuestión de minutos se las había arreglado para dejarlo como un tonto delante de sus padres.

—Maldita sea...

Además, por culpa de Nicole también había olvidado que Athena quería hablar con él.

Nicole salió de la ducha en aquel momento y se plantó ante él. No llevaba nada encima, salvo las joyas de Tiffany y una sonrisa.

Alex se quedó paralizado.

—¿Sigues enojado?

Él la miró y ella se acercó a él, lentamente. Cuando llegó a su altura, le puso las manos sobre los hombros y los senos prácticamente en la cara.

—No digas nada. Estás muy tenso —dijo, mientras comenzaba a desabrocharle la camisa—. Pero yo sé cómo relajarte...

Alex quiso agarrarla y sacudirla, exigirle que devolviera las joyas robadas y arrancárselas de su cuerpo.

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —preguntó él, frustrado.

Nicole bajó una mano y la posó sobre su erección.

—Creo que tengo una idea bastante ajustada —respondió con una sonrisa malévola.

Antes de que pudiera reaccionar, Nicole le quitó la camisa y apretó los senos desnudos contra su pecho. A continuación, le bajó la cremallera de los pantalones, liberó su pene y comenzó a lamerlo.

Alex se aferró a las sábanas, intentando contener el orgasmo. Pero ella siguió lamiéndole y chupándole sin detenerse, hasta que Alex perdió totalmente el control y se encontró al borde del éxtasis.

Entonces, ella se apartó.

—Dime lo que te estoy haciendo, Alex —dijo.

—Olvídate de eso ahora y dame un preservativo —declaró él.

Nicole sacó el preservativo que habían dejado bajo la almohada y se lo dio con una sonrisa.

—Ahora, pónmelo —ordenó Alex.

Nicole lo hizo, tomándoselo con infinita calma, y él la penetró. Necesitaba sentirla entera, quemarse en su interior.

Ella cerró los ojos y se arqueó contra él mientras Alex entraba y salía una y otra vez de su cuerpo con movimientos rápidos y bruscos, insaciables, salvajes.

Unos segundos después, Nicole se estremeció y él se sorprendió al comprender que había alcanzado el orgasmo. Había sido tan rápido que no podía creerlo, y la emoción bastó para llevarlo al clímax.

## Capítulo 9

Alrededor de la medianoche, Nicole estaba tumbada con la cabeza en los pies de la cama y los pies apoyados sobre el cabecero de hierro forjado. Alex se encontraba en posición contraria.

Cuando volvieron de la casa de sus padres, Nicole casi estaba segura de que le pediría que hiciera las maletas y se marchara, algo que no habría sido muy difícil porque a fin de cuentas solo tenía su bolsa de viaje. Y la perspectiva de que quisiera librarse de ella la incomodó profundamente. En general, era ella la que se marchaba cuando una relación comenzaba a ir mal, y lo hacía sin preguntas, sin excusas, sin recriminaciones.

Sin embargo, la posibilidad de no volver a ver a Alex le resultaba insoportable.

Ahora estaba segura de que quería seguir con él, al menos hasta averiguar a dónde podían llegar. Por eso había decidido ducharse y seducirlo después, aunque temía que ya fuera demasiado tarde, que hubiera ido demasiado lejos.

Ni siquiera sabía por qué había actuado de aquel modo y se había presentado en el domicilio de sus padres. Tal vez, para demostrarle que no podía controlarla, o para vengarse por haberla seguido a la casa de los Nessbaum, o por conseguir que se sintiera culpable de lo que hacía, o por obligarlo a poner fin a aquella relación que tanto la asustaba.

Fuera como fuese, habían hecho el amor de forma tan apasionada, que se había quedado literalmente sin aliento. Pero, por alguna razón, se sentía vacía. Era como si la combinación de lo que ella había hecho y de la reacción de Alex hubiera destruido el lazo que los unía.

Sabía que había actuado dominada por el miedo, y se avergonzaba de ello. Sin embargo, un segundo más tarde, notó que



Alex ponía una mano sobre uno de sus muslos y se sintió mucho más segura.

Nicole miró las joyas de Tiffany que había dejado sobre la mesita de noche. Brillaban de un modo casi surrealista bajo la luz de la luna.

—Mi madre tenía un broche muy bonito —declaró entonces, en un susurro—. No tenía muchas joyas. No le gustaban demasiado, ¿sabes?

Nicole se detuvo un momento antes de continuar. Ni siquiera sabía si Alex la estaba escuchando, porque no se movió.

—El broche se lo había regalado mi padre el día de su boda, y debo decir que no lo robó: lo compró. Pasaron la noche en el Waldorf Astoria y luego dieron un largo paseo por la ciudad. Entonces, pasaron delante de Tiffany. Pero no sé por qué te cuento todo esto...

Alex cerró la mano sobre su pierna, con infinita dulzura.

—El caso es que mi madre adoraba aquel broche. Se lo ponía todos los domingos y lo llevaba durante la comida, pero jamás lo sacaba a la calle. Solía bromear diciendo que de todas formas ellos nunca iban a lugares elegantes y que nunca tenía una buena excusa para ponérselo. Además, le preocupaba que alguien pudiera robárselo.

—¿Aprobaba la profesión de tu padre?

—Bueno, mi madre no supo a qué se había dedicado antes de casarse con ella, porque él dejó el negocio y se dedicó a la fontanería.

—Pero cuando murió...

Nicole carraspeó.

—Cuando murió, papá colgó sus herramientas y volvió a robar.

—Y te enseñó la profesión, supongo.

—No exactamente. Jeremy y yo dábamos muchos problemas en el colegio y él no sabía qué hacer con nosotros, así que empezó a enseñarnos fontanería.

Alex sonrió.

—No, no te rías, es verdad. Sé tanto de fontanería, que podría

cambiar todas las cañerías de este edificio.

Nicole apartó la mirada con tristeza. Nunca había sentido lástima de sí misma y nunca se había permitido el lujo de llorar por el tiempo pasado. Se había limitado a aguantar y a seguir viviendo, pero ya no podía más.

—Sabes, nunca me quedo con las joyas de Tiffany que robo. Las tengo unos días en mi poder y luego se las devuelvo a sus propietarios. De forma anónima, por supuesto.

—Sí, lo sé. Pero dime una cosa: ¿por qué robaste esas joyas?

Nicole tardó un buen rato en responder, pero finalmente lo hizo.

—Porque estaba asustada.

—¿Asustada? ¿De qué?

—Asustada de perderte y asustada de no perderte.

Alex frunció el ceño y la miró como si no entendiera lo que pretendía decirle.

—No intentes entenderme. Ni yo misma me entiendo.

Él sonrió con suavidad.

—Creo que te comprendo más de lo que imaginas, Nic.

Entonces, inclinó la cabeza y la besó.

El corazón de Nicole comenzó a latir más deprisa. El calor del pecho de Alex bastó para que se estremeciera una vez más, pero en esta ocasión fue por una razón diferente. Esta vez se sentía querida.

—Eres tan bella...

Nicole quiso apartar la mirada para no ver sus ojos, pero no pudo hacerlo. Brillaban con absoluta sinceridad, y con un cariño que no había observado hasta entonces.

—Cuando te vi en Baltimore, pensé que mi abuela habría dicho que tienes ojos de bruja —declaró mientras besaba una de sus cejas—. La clase de ojos que vuelven locos a los hombres... Pero me habría gustado que mi abuela te conociera. Era una mujer muy apasionada, como tú. Por desgracia, eso fue precisamente lo que la mató.

Nicole se estremeció.

—No, no te preocupes, ha pasado mucho tiempo desde entonces —continuó él—. Estaba trabajando en la tienda de mi padre, y una tarde, mientras ella se encontraba en el mostrador, entraron dos ladrones a robar. Mi abuela sacó una pistola que tenía escondida y uno de ellos la mató.

—Oh, Alex, lo siento tanto...

Alex se inclinó y apoyó la cabeza entre sus senos.

—Por eso me hice policía. Siempre deseé atrapar a los canallas que habían matado a mi abuela.

Nicole comenzó a acariciarle el cabello.

—Me vuelves loco, Nicole. No sé cómo lo haces, pero ya no soy el mismo hombre que era cuando te conocí. Puede que mi abuela tuviera razón. Puede que me hayas hechizado con esos ojos.

Ella rió, pero sin humor alguno.

—Y solo sé que nunca me canso de ti.

Alex lo dijo en voz tan baja, que Nicole estuvo a punto de no entender las palabras. Pero en realidad carecían de importancia. La importancia estribaba en su pasión, en la intensa emoción que ocultaban.

—Solo puedo pensar en besarte, en lamer todo tu cuerpo, en tocarte, en probarte...

Él comenzó a lamerle los pezones y la excitó de inmediato.

—Eres tan dulce, tan suave...

Alex volvió a lamerla de nuevo y Nicole se quedó extasiada cuando él introdujo dos dedos entre sus piernas y comenzó a moverlos dentro de su cuerpo, en el sentido de las agujas del reloj. Después, los sacó, los introdujo otra vez para moverlos en sentido contrario y buscó el punto G. En cuanto lo encontró, lo frotó suavemente y al mismo tiempo aumentó la succión de su boca. Nicole nunca había sentido nada parecido. Poco después, alcanzó el clímax y regresó poco a poco a la Tierra.

Todavía cubierta de sudor y jadeante, bajó la mirada y vio que

Alex había apoyado la cabeza sobre su vientre. Ella le acarició el cabello. La mano le temblaba por la intensidad del orgasmo.

— ¿Ha estado bien? — preguntó él.

Ella sonrió con languidez.

— Ha sido divino.

Alex se incorporó entonces y la atrajo hacia sí. Ella se abrazó a su cuerpo con todas sus fuerzas y lo miró mientras él extraía un preservativo y se lo ponía. Luego, por fin, la penetró. Enteramente. Por completo. Despacio.

El mundo comenzó a darle vueltas a Nicole, pero esta vez no la dominó el sentimiento de urgencia, no quiso que acelerara sus movimientos. Dejó que marcara el ritmo a su antojo.

Alex empujó ligeramente sus caderas, echando hacia tras las piernas de su amante, para poder penetrarla de forma más profunda. No habría podido decir cuándo se había rendido Nicole; antes se había comportado con un apasionamiento idéntico al suyo, pero ahora lo hacía de un modo muy distinto, relajada, como si confiara plenamente en él.

Al notar que habían alcanzado un punto sin retorno, introdujo las manos en su largo cabello y aspiró su aroma. El gesto de pasión pura del rostro de Nicole lo estremeció.

Sus cuerpos siguieron moviéndose al unísono, casi en cámara lenta, prolongando las acometidas y explorando sensaciones que ninguno de los dos había experimentado con anterioridad.

Y cuando llegaron al orgasmo, lo alcanzaron juntos, completamente fundidos, totalmente entrelazados.

— Creo que podría acostumbrarme a esto.

— Yo también — dijo Alex.

Alex extendió un pie y acarició a Nicole en una pierna. Estaban en la cocina, sonrientes y desnudos, y los primeros rayos del sol del lunes empezaban a entrar por las ventanas. Todo estaba en silencio. Solo se oía el sonido del ventilador.

—¿Estás seguro de que tienes que ir a trabajar esta mañana? — preguntó ella, en voz baja.

El gato apareció en ese instante y saltó a la encimera como para averiguar lo que estaba sucediendo. Alex ni siquiera lo miró. Había empezado a comprender que los seres humanos no poseían a sus animales domésticos: era al revés.

Sin embargo, Cat se acercó para olisquear su café y Alex lo acarició un poco detrás de las orejas.

—Lo siento, amigo, pero ahora no tengo energía para acariciarte más.

Nicole sonrió.

—Viéndoos, cualquiera diría que os habéis hecho amigos. Pero, ¿por qué sonríes?

—No estoy sonriendo —dijo él.

Ella rió y dejó su taza de café a un lado.

—Claro que estás sonriendo.

Alex regresó a la realidad y sintió que tenía razón. Efectivamente estaba sonriendo, y ni siquiera se había dado cuenta.

—Ah, pues es verdad...

—¿De verdad tienes que ir a trabajar? — insistió ella.

A Alex no le apetecía en absoluto, pero no tenía otro remedio.

—Alguien tiene que mantener el barco a flote.

—¿El barco a flote? —preguntó antes de darle un bocado a una galleta.

Él se limitó a asentir.

—Entonces, ¿tienes intención de seguir adelante con tu plan de la póliza falsa?

—Sí.

—Ya sabes que la subasta es mañana, ¿verdad? Y sabes que Darkman intentará robar esta noche, aprovechando que los trabajadores estarán preparando el acto.

—Es posible. Pero no quiero que te acerques a ese lugar.

—¿No habías dicho que no creías que tuviera intención de robar en la casa de subastas?

—Es verdad.

—Pues no te entiendo...

—Si todo sale bien, tendré preparado el plan esta noche y así no tendrás que ir a esa subasta —explicó él.

—No puedo creer que seas tan obstinado.

Alex no estaba dispuesto a discutir aquel asunto en ese momento. Estaba disfrutando de su compañía y no quería estropear la mañana.

—Cambiando de tema, ¿te dijo mi hermana de qué quería hablar conmigo cuando os pusisteis a fregar los platos ayer?

Nicole apartó la mirada, como si la simple mención de la comida familiar bastara para entristecerla.

—Bueno, no importa —continuó él—. Después de haberte conocido, es posible que se atreva a llevar a su novio a casa.

—¿Tiene novio?

Alex asintió.

—Supongo que esa es la razón por la que últimamente pasa tanto tiempo lejos de la casa de mis padres.

—Sí, tal vez. Pero existe otra posibilidad.

—¿Qué posibilidad?

—Que no sea un novio, sino una novia.

—¿Cómo? —preguntó Alex, a punto de atragantarse con el café.

Nicole sonrió y asintió.

—No me digas que mi hermana es...

—¿Es que no lo sabías?

—No, no tenía la menor idea —replicó Alex mientras se pasaba una mano por el pelo—. Dios mío, a mi madre le va a dar un infarto...

—Yo diría que tu madre es más comprensiva de lo que crees. Además, la homosexualidad no es un invento precisamente moderno. Es tan antigua como la humanidad misma, y según tengo entendido, resultaba común en la Grecia clásica.

—Muy gracioso —declaró él.

—Bueno, creí que debías saber la verdad.

Alex se levantó de la silla.

—En fin, será mejor que me duche y que me marche a trabajar.

—¿Quieres compañía?

Él sonrió.

—Mmm... Se me ocurre un par de partes de mi cuerpo que no me importaría que me lavaras.

Nicole llevaba un buen rato al volante del coche. Había tardado unos minutos en acostumbrarse a los frenos y al acelerador del vehículo que había alquilado, y todavía no lo había conseguido dominar. De hecho, estuvo a punto de chocar con otro conductor cuando se despistó un segundo para colocar bien el espejo retrovisor.

Miró el reloj del salpicadero y calculó cuánto tiempo necesitaría. Todo dependía de lo larga que fuera su visita, pero enseguida comenzó a pensar en Alex y olvidó todo lo demás.

Quince minutos después, ya había aparcado el coche y se encontraba en el interior de la cárcel de Shawongunk, en Nueva York, esperando a que los funcionarios de prisiones llevaran a su padre.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó en voz baja mientras miraba a los hombres armados que vigilaban las puertas.

—Hola...

Nicole reconoció la voz inmediatamente. Era su padre, y le sonreía de oreja a oreja, de un modo tan abierto e intenso como si acabara de ganar el Premio Nobel.

—Hola, papá...

Su padre llevaba una camisa de algodón y unos pantalones azules; no tenía aspecto de ladrón, sino más bien del fontanero que había sido alguna vez. Nicole consideró la cuestión y se dijo que, si hubiera seguido arreglando cañerías, no habría terminado en la cárcel.

Sin embargo, lo quería con todo su corazón. Los había criado a Jeremy y a ella tan bien como había podido, y no había sido fácil; se había visto obligado a superar el dolor por la enfermedad de su esposa, cuidar de dos niños pequeños y contemplar cómo se iba muriendo poco a poco la mujer que amaba.

Nicole sonrió con dulzura.

—Me alegro mucho de verte, hija.

—Me habría gustado venir antes, pero...

Nicole intentó buscar alguna excusa que justificara su comportamiento, pero no encontró las palabras.

—No te preocupes, Nicole.

Ella lo tomó de las manos y dijo:

—Odio verte en este lugar, papá. Odio verte con ese uniforme de preso. Desearía que...

Nicole no sabía qué decir. Deseó que su madre no hubiera muerto, que su padre nunca hubiera dejado su trabajo de fontanero, que no hubiera vuelto a las andadas.

Se frotó la frente, con gesto ausente, e intentó mantener la compostura. —Me habría gustado que las cosas fueran distintas, eso es todo —añadió.

—A mí también. Pero, ¿a qué viene esa cara tan larga, Hal? —preguntó su padre, utilizando la versión corta del verdadero nombre de Nicole—. ¿Qué es lo primero que os enseñé a Jeremy y a ti cuando decidisteis seguir mis pasos?

Ella suspiró.

—Que hay que afrontar las cosas tal y como vienen.

—Exacto. Además, no hay mal que por bien no venga. Como en la cárcel gasto poco dinero, ahorro más que cuando trabajaba de fontanero.

Nicole rió, pero no pudo ocultar un gesto de tristeza.

—Ya veo que mi confinamiento te preocupa...

—Sí. Eso, y otras cosas.



—Ah... ¿Has conocido a alguien?

Nicole lo miró con los ojos muy abiertos.

—Parece que la pregunta te sorprende —dijo su padre.

—Tal vez, porque me sorprende —comentó ella.

—No es difícil de adivinar, hija. Tienes la misma expresión que tenía tu madre cuando la conocí.

Nicole sintió un nudo en la garganta.

—Yo habría hecho cualquier cosa por tu madre, Hal. Era una mujer tan especial, que cuando me dijo que dejara la profesión, lo hice.

Nicole parpadeó.

—¿Cómo? ¿Es que ella lo sabía?

Su padre sonrió.

—Tu madre lo sabía todo. Aunque no se lo hubiera contado, ella lo habría averiguado, no lo dudes —respondió—. Recuerdo la primera vez que intenté regalarle una joya robada. Era un collar precioso, pero me obligó a devolverlo y a prometerle que nunca más volvería a hacer algo así. Así que no volví a hacerlo. Al menos hasta que...

—Hasta que ella murió —lo interrumpió.

Nicole todavía no salía de su asombro. Siempre había pensado que su madre nunca había llegado a conocer la verdadera profesión de su padre.

Un guardia de la prisión se acercó un momento a la mesa y dijo:

—Cinco minutos.

El padre de Nicole asintió con la cabeza y miró a su hija fijamente.

—Siento lo que ha pasado, Hal. Y siento que lo estés sobrellevando tan mal. De haber sabido que me iban a tender una trampa...

—Papá, ¿sabes quién te traicionó? ¿Fue Darkman?

Él asintió.

—Por supuesto que sí. Ya sabes que nunca trabajo con desconocidos. Pero al parecer, no lo conocía tanto como yo pensaba.

Entonces, su padre le dio un nombre.

Durante los seis últimos días, Alex y ella habían estado intentando averiguar la identidad de Darkman. Y ahora, en una simple conversación con su padre, conseguía su objetivo.

Nicole lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, papá.

—Dios mío, Hal, ¿sabes cuánto me duele contemplar tu dolor? Te quiero, hija mía. Os quiero a tu hermano y a ti —declaró, con ojos llenos de lágrimas—. Recuérdalo, por favor. Recuérdalo siempre.

Nicole le sonrió. Siempre lo había sabido y siempre lo sabría.

## Capítulo 10

Alex se preguntó dónde estaría. Pasó por delante de su secretaria sin mirarla; luego se detuvo, apoyándose en el picaporte de la puerta de su despacho.

—¿Alguna llamada? —preguntó.

—Sí, acabo de decirte que hay tres...

Antes de que Dorothy pudiera terminar la frase, Alex ya le había quitado de las manos las notas con los mensajes. La primera llamada era de su jefe, que quería un informe sobre la situación. La segunda, de la agencia de detectives privados, para decir que no había novedades en la operación de vigilancia. Y la tercera de su hermana, que había dicho que volvería a llamar más tarde.

No había ninguna de Nicole.

Ya estaba a punto de marcharse cuando recordó darle las gracias a Dorothy.

—De nada —dijo ella.

Alex entró en su despacho, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla antes de sentarse. Durante la hora del almuerzo, había ido a casa con comida china para ver si Nicole quería jugar a inventar cosas con los palillos, pero ella se había ido. El gato tampoco estaba, aunque eso no le decía nada porque el intrépido felino podía entrar y salir cuando quisiera por la ventana abierta.

Nicole estaba muy sonriente aquella mañana cuando Alex se despidió de ella. La dejó desperezándose feliz entre las sábanas y no le habría sorprendido encontrarla todavía allí, pero la cama esta hecha, había limpiado la casa y se había marchado.

Evidentemente, Nicole no acostumbraba a dar explicaciones sobre su paradero. Pero con todos los problemas de la investigación, y dado que las cosas entre ellos estaban en un terreno más personal,

pensó que lo llamaría para decirle lo que tenía pensado hacer.

En aquel momento, sonó el teléfono y Alex contestó de inmediato.

—¿Dígame?

—¿Alex?

Alex hizo un gesto de disgusto al oír la voz. Era su madre.

—¿Pretendes encontrar a papá en este número? —preguntó él.

Esperaba que su madre riera, pero se quedó en silencio.

—¿Qué ocurre? —continuó él, de mala gana—. ¿Es otra vez Athena? No me lo digas... Anoche no volvió a casa.

—No, no. Bueno, sí, anoche no vino a casa, pero no te llamo por eso.

Alex esperó a que continuara, pero entonces sintió un golpe en su interior y pensó que llamaba por Nicole. Sin embargo, no le apetecía hablar de ella; todavía estaba demasiado alterado por ella.

—Alex, mi dote ha desaparecido —anunció su madre, de repente.

Alex arqueó las cejas. No esperaba escuchar algo así; tampoco el dolor en el plexo solar, como si alguien lo hubiera golpeado a traición.

La dote de su madre, como ella la llamaba, eran varias joyas de perlas negras que habían pertenecido a su bisabuela. En Grecia todavía se daban dotes cuando una hija se casaba. En el caso de su madre, lo único de valor que tenían sus abuelos eran esas joyas, que valían más de lo que en principio habían pensado. Como la tasación había sido tan alta, ella las había asegurado y solo las había utilizado como garantía para un préstamo, tan grande como para pagar el alquiler, arrendar una tienda y proporcionar a los Cassavetes la inversión financiera que necesitaban.

Y ahora sus joyas habían desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que han desaparecido? —preguntó él.

Alex no terminó de creerlo. Pensó que su madre las habría cambiando de lugar y lo habría olvidado.

—Te digo que no están, Alexandros —insistió ella—. Han

desaparecido, literalmente.

Alex sintió una leve puntada en la sien y pensó que sus padres deberían haberle hecho caso cuando les dijo que pusieran sus pertenencias de valor en la caja fuerte del banco. Pero su madre no confiaba en el banco.

—¿Has hablado con papá?

—Por supuesto. Quiere llamar a la policía.

—¿Desapareció algo más?

Alex lo preguntó con tono profesional, como si quisiera olvidar que estaba hablando con su madre y que las joyas significaban mucho para la familia.

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que viste las joyas?

—Hace dos días.

Ante cada respuesta, a Alex se le detenía el corazón.

—No pensarás que... Quiero decir, no creerás que... —acertó a decir su madre.

Alex cerró los ojos y ella continuó con sus frases insinuantes.

—La chica que trajiste era un tanto extraña, ¿no te parece? No pensarás que...

Alex empujó la silla hacia atrás, inquieto, y se puso de pie.

—Tengo que irme, mamá. Te llamaré más tarde.

—¿Debería hacerle caso a tu padre y llamar a la policía?

—Todavía no.

—De acuerdo.

Alex se disponía a despedirse cuando su madre lo interrumpió.

—¿Sabes lo que significan para mí esas joyas, Alexandros? ¿Lo que significan para la familia? Pensaba dárselas a tu hermana el día de su boda...

—Lo sé, mamá.

Minutos después, Alex colgó el teléfono. Para entonces, estaba seguro de dos cosas: que Nicole se había llevado las joyas de su

madre y que él nunca se lo perdonaría.

Nicole entró en la casa, dejó la mochila en el piso y llevó las bolsas con la comida que había comprado a la cocina. El gato entró por la ventana abierta y corrió a su encuentro; después, saltó sobre la mesa y maulló despacio, como si le diera la bienvenida.

—¿Me estabas esperando? —preguntó mientras le acariciaba las orejas—. ¿Lo estabas haciendo, pequeño demonio?

Mientras acomodaba las cosas que había comprado, Nicole sonreía. La visita a su padre, en la cárcel donde estaba preso, le había hecho reflexionar durante todo el viaje de regreso a la ciudad. A medida que avanzaba por la carretera, su malestar había ido desapareciendo.

Su padre nunca se había molestado en justificarse. Nicole sospechaba que había proyectado sus propios miedos en él, pero solo se había encontrado ante el mismo hombre que había conocido toda su vida: el hombre despreocupado, sonriente y comprensivo que la había ayudado a convertirse en una mujer fuerte e independiente.

Él era también el hombre que la había liberado, que al contarle la historia de su pasado le había dado esperanzas para el futuro.

Se echó el pelo hacia atrás. Estaba asustada tras lo que había hecho la noche anterior en casa de los padres de Alex; pero su verdadero miedo era que su relación con él no pudiera ir más allá.

Inquieta, se preguntó por qué la vida tenía que ser tan complicada; no había asumido lo complicada que podía llegar a ser hasta que conoció a Alex.

Se había enamorado de un hombre radicalmente distinto a ella en cientos de cosas. Ella era una ladrona; él, un ex policía que ahora investigaba para compañías de seguros. Ella se enorgullecía de ser original; él, de ser un hombre tradicional. Pero le había llegado al corazón como ningún otro hombre.

El gato maulló en ese momento. Primero la miró con curiosidad, y luego, con cautela.

—¿Es que no confías en mis habilidades culinarias?

Nicole pensó que tal vez recordaba la última vez que había intentado cocinar, en Semana Santa. Jeremy y Joanna acababan de tener a Justine, y su padre estaba a punto de ser sentenciado. Por alguna estúpida razón, decidió ocuparse de la cena; pero le salió tan mal, que ni siquiera el gato se había atrevido a comerla.

—Esta vez voy a hacer algo más sencillo, ¿lo ves? —le preguntó al crítico felino mientras le mostraba el paquete de pasta—. Espaguetis con manteca y ajo. Hasta yo soy capaz de hacerlo bien.

El gato se mostró dubitativo y Nicole no lo culpó por ello. Por muchas bromas que hiciera al respecto, estaba muerta de miedo ante la posibilidad de que algo saliera mal.

Se sorprendió frotándose la nuca. Llevaba todo el día sintiéndose inquieta; al principio había pensado que era por la ansiedad derivada de la visita a su padre. Ahora, en cambio, empezaba a creer que se debía a la sospecha de no ser capaz de preparar una simple cena.

Pero ninguna de las dos explicaciones parecía ser la correcta. Tenía la extraña sensación de que alguien la estaba siguiendo otra vez. Sin embargo, la idea le parecía ridícula. El único que podía estar buscándola, ya la había encontrado.

Se estremeció, encendió la radio portátil que tenía detrás, eligió una emisora que transmitía viejas canciones y, acto seguido, buscó las cacerolas que necesitaba para la cena.

Durante los veinte minutos siguientes, trabajó sin cesar; puso a hervir el agua para la pasta, preparó cuidadosamente los ingredientes de la salsa de tomate y cuando estaba a punto de ponerlos en una pequeña sartén, se sobresaltó.

—¡Alex!

Alex la estaba mirando en silencio desde la entrada de la cocina, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

A Nicole se le aceleró el corazón, pero comenzó a sonreír.  
Hasta que se dio cuenta de que él no le sonreía.

Horas después, Alex estaba sentado en la cama vacía y sin deshacer, con la cabeza entre las manos. Aunque estaba anocheciendo, tenía la extraña sensación de que el tiempo se había detenido. No podía pensar ni mover uno solo de sus músculos. Se sentía como si hubiera caído en una especie de compactadora de basura y las paredes se estuvieran cerrando sobre él. Quería insultar a alguien, gritar, golpear algo, pero fundamentalmente quería escapar de las intensas emociones que lo dominaban.

—Yo no me llevé las joyas de tu madre, Alex.

Las palabras que Nicole había pronunciado antes de marcharse seguían retumbando en su cabeza, al igual que su negativa a creerla.

Recordó cómo había recogido al gato, tomado la mochila y caminado hacia la puerta mientras murmuraba una disculpa que él seguía sin poder descifrar. Se preguntó si era posible amar a alguien en quien no podía confiar.

En aquel momento, le llegó un escándalo de cláxones y gritos desde la calle, pero todo parecía lejano, como si Alex no fuese parte de la película, sino más bien un espectador preocupado.

—Yo pensé que... bueno, ya no importa lo que haya pensado, ¿no es así? —había dicho Nicole con gesto tenso.

El problema era que sí importaba. Si ella no tenía nada que ver con la desaparición de las joyas de su madre, resultaba extraño que no se hubiera defendido mejor. Se había limitado a mirarlo con expresión de culpa; aunque también podría haber sido de decepción, y esa posibilidad lo estremecía.

Por fin, sus músculos respondieron a una orden y Alex aprovechó para recostarse boca abajo en la cama. En cuanto cerró los ojos, lo asaltaron las imágenes de las horas que había pasado con Nicole en



esa misma cama.

Quitó la funda de las almohadas y las arrojó al suelo. Tenían el perfume de Nicole. Luego arrancó las sábanas con desesperación y no se detuvo hasta ver el colchón desnudo. Tiró la sábana inferior al suelo y cuando estaba a punto de hacer lo mismo con la otra, no pudo evitar la tentación de llevársela a la nariz. Cerró los ojos y respiró profundamente. El inconfundible perfume de Nicole inundó sus sentidos y lo llenó de un remordimiento tan intenso, que quiso gritar.

Se maldijo por no haber elegido una buena chica para enamorarse. Desde el momento en que golpeó la puerta de la habitación del hotel de Baltimore, supo que Nicole sería un problema. Lo inspiraba a hacer cosas que nunca habría imaginado. Su libertad y atrevimiento lo empujaban a desear experiencias nuevas y salvajes; a no desear a nadie más que a ella.

Lo malo del asunto era que todo el tiempo había sabido lo que ocurriría. Sabía quién era Nicole, qué era lo que hacía para vivir y cómo solía empezar y acabar las relaciones sin que eso le generara ningún conflicto. Sabía que su moral era opuesta a sus creencias. Sabía que era imposible que las cosas entre ellos fueran más allá del sexo. Que ella hubiera robado las joyas de su madre bastaba para recordárselo.

Recogió las sábanas y las tiró a la basura. Todavía quedaba una pequeña parte afuera cuando cerró la tapa del cubo.

El tic-tac del reloj que se encontraba en la mesita de noche penetró en su aturdida mente. Al ex giró despacio la cabeza para mirarlo.

Eran las ocho y cinco.

Se suponía que a las ocho debía encontrarse con el detective privado que había contratado para vigilar la casa de los Johnstone.

Se sentía como si acabara de escapar de un incendio, pero tomó la chaqueta y corrió hacia la puerta. Solo podía esperar que las

quemaduras no tardasen mucho tiempo en cicatrizar; y esperar que la mujer que le había partido el corazón no fuese más, algún día, que un viejo recuerdo.

Empujó la puerta para salir y se topó con su hermana Athena, que estaba a punto de llamar.

—Maldita sea, Alex. Me has asustado — le dijo, mientras se llevaba una mano al corazón.

Alex podía contar con los dedos de una mano las veces que su hermana había ido a verlo al piso. Generalmente, se veían en el de sus padres o hablaban por teléfono. Si había ido hasta allí debía de ser por una razón importante.

El recuerdo de lo que Nicole le había dicho la noche anterior lo llevó a hacer una pausa.

Athena sonrió.

—¿Tienes un minuto?

Alex no tenía tiempo que perder, pero debía atender a su hermana y la invitó a pasar.

—Déjame hacer una llamada rápida antes.

Oyó que Athena cerraba la puerta mientras marcaba el número del teléfono móvil del detective privado.

Un par de minutos más tarde, después de varios intentos en los que no consiguió más respuesta que la voz metálica de un contestador, colgó el auricular con fuerza y se quedó parado, mirándolo.

—¿Problemas? —preguntó Athena.

—¿Qué?

Alex se volvió y la encontró sentada en un taburete metálico, junto a la encimera. El mismo que Nicole había usado aquella mañana.

Se estremeció al pensar que apenas unas horas antes Nicole y él habían estado exactamente en ese lugar, charlando y haciéndose arrumacos como si fuesen un viejo matrimonio.

—¿Eso son sábanas?

Alex observó que su hermana miraba el cubo de basura con expresión ausente.

—¿Qué estás pensando, Athena?

Ella lo miró fingiendo inocencia.

—¿No vas a ofrecerme ni un café o una soda? ¿Algo para una invitada a quien no ves todos los días?

Alex abrió el frigorífico y le dio una cerveza a regañadientes.

—Habla.

Ella hizo una mueca.

—Gracias, Alex. Mamá estaría orgullosa.

El recuerdo de la llamada de su madre le causó escalofríos.

—¿Es sobre las joyas de mamá?

Athena bebió un trago de cerveza.

—¿Ya estás al tanto del asunto?

—Sí, mamá me telefoneó a primera hora —respondió él.

—¿Mamá?

Alex se rascó la cabeza nerviosamente.

—Mira, Athena, si vas a repetir todo lo que yo diga, esta conversación no tiene sentido —dijo, apoyando las manos sobre la mesa—. Si esto es sobre... bueno, ya sabes...

Athena lo miró con desconcierto.

—Ya sabes, me refiero a que nunca has llevado un novio a casa. Porque, en fin, tú no tienes un novio, tú tienes...

A ella se le iluminaron los ojos.

—Ni siquiera eres capaz de pronunciar la palabra, ¿verdad?

—¿A qué palabra te refieres?

—A homosexual. O lesbiana. Cualquiera sería aplicable.

Él la miró con disgusto.

—Claro que puedo pronunciarlas. Pero no estoy acostumbrado a usarlas para referirme a mi hermana, eso es todo.

Athena pasó un dedo por la botella de cerveza.

—Lo sé. A mamá le va a dar un ataque cuando se lo diga, ¿no crees?

Alex estaba igualmente seguro de que su madre se lo tomaría mal. Preocupado, fue hasta el frigorífico y sacó otra cerveza. Después, la abrió y dio un largo trago.

—De todas formas, no he venido para hablar de eso. Es decir, me alegra que sepas lo mío y todo eso, aunque no se puede decir que lo haya mantenido en secreto. Además, no espero que todo vaya bien ahora y que nuestros padres nos inviten a Jane y a mí a cenar con ellos en Navidad —declaró Athena—. Ya he asumido que eso no sucederá, de modo que no me preocupo demasiado.

Alex la miró con intensidad.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A hablar de los planes para la fiesta de aniversario de bodas de nuestros padres. Pensé que lo sabías.

Alex no alcanzaba a comprender.

—¿Qué tiene que ver su aniversario con las joyas de mamá?

Athena lo miró extrañada.

—Que yo me las llevé para que le reparen algunas partes rotas y aprovechen para limpiar las perlas. Ya sabes, como parte del regalo.

Alex sintió que todo comenzaba a darle vueltas.

—¿Qué? —susurró—. ¿Fuiste tú quien se llevó las joyas?

—Claro que fui yo, tonto. ¿Quién habías pensado que...?

Athena no terminó la pregunta; en aquel momento, comprendió el error que había cometido Alex.

—Dime que no, Alex. Dime que no pensabas que Nicole se las había llevado.

Alex apretó los dientes con tanta fuerza, que pensó que la mandíbula se le rompería en cualquier instante.

—¿Qué podía pensar, Athena? Mamá me llamó histérica diciendo que le habían robado su dote. Las había visto por última vez dos días atrás. ¿Y quién fue la única persona ajena a la familia que estuvo en

casa?

Athena se golpeó la frente con una mano.

—Dios mío, Alex. No se te habrá ocurrido acusarla abiertamente por el robo de las joyas, ¿verdad? —preguntó angustiada.

El silencio de Alex fue de lo más elocuente.

—Jesús, María y José! ¿En qué estabas pensando?

La voz de Alex retumbó como un feroz rugido.

—¿Por qué no me dijiste antes que pensabas llevártelas? —preguntó.

Ella lo miró fijamente.

—Ah, no. No intentes echarme la culpa de esto, hermanito. Intenté contártelo la semana pasada, pero estabas demasiado ocupado para hablar. Si dejaras de estar siempre al límite, tal vez no te pasaran estas cosas. Además, ¿qué te hizo pensar que Nicole podía hacer algo así?

Alex terminó la cerveza que se estaba tomando.

—No te metas en esto, Athena. Hay cosas que tú no sabes —le dijo.

—Ah, ¿sí? —le retó ella, cruzándose de brazos.

Alex avanzó hacia su hermana y se detuvo frente a ella.

—Nicole es una ladrona profesional.

Athena abrió los ojos con asombro.

Él asintió.

—Es verdad. Roba para vivir. Y uno de sus blancos preferidos son las joyas.

Alex prefirió no contarle nada sobre su gusto por las joyas de Tiffany, porque eso solo habría servido para demostrar que nunca habría intentado llevarse las piezas de su madre.

—No te creo —dijo su hermana con firmeza.

—Bueno, lo cierto es que no importa lo que creas. Me temo que los hechos son los hechos.

Athena se adelantó un poco, le puso un dedo sobre el pecho y

declaró:

—Lo más importante de toda esta historia es que Nicole era lo mejor que te había pasado en toda tu vida, Alex.

Los dos hermanos permanecieron allí, mirándose, durante un largo rato; ninguno parpadeó, ni retrocedió, ni dijo nada.

Finalmente, Athena suspiró.

—Sabía que eras un burro, Alex, pero nunca imaginé que fueras tan estúpido.

Después, recogió su bolso de la encimera y se dirigió hacia la puerta.

Alex se quedó inmóvil y, por segunda vez en el día, contempló que una mujer se alejaba de él sin que pudiese hacer nada para detenerla.

No estuvo seguro de cuánto tiempo permaneció en esa posición, de pie y mirando el espacio vacío entre la puerta y él. Pero por fin, su sangre comenzó a circular otra vez.

Caminó hacia la salida, llevo una mano al picaporte y se detuvo un momento.

—¡Maldita sea! ¿Qué he hecho?

Después, abrió la puerta, dio un portazo y se marchó.

# Capítulo 11

Nicole pensó que Alex acababa de perder lo mejor que le había pasado en la vida.

Subió cuidadosamente por la escalera de incendios de un edificio colindante con la casa de subastas y se dirigió al tejado.

Aunque no dejara de repetirse que Alex nunca tendría nada mejor, su corazón no dejaba de llorar. Sentía como si el diminuto órgano pesara diez veces más que el resto de su cuerpo y le sorprendía ser capaz de moverse.

Los pantalones negros de lycra le otorgaban la movilidad que necesitaba, mientras que el ajustado top de manga larga le cubría la piel y le permitía confundirse en la oscuridad para trepar tranquila por el costado del edificio. Incluso así, la clave era la rapidez. Aunque fuera de noche, subir por la escalera de incendios implicaba un alto riesgo; bastaba que un vecino de alguno de los edificios de enfrente la descubriera. Por eso debía moverse lo más rápidamente posible.

En caso de que alguien la viera, siempre podría recurrir al truco de decir que era la amante de uno de los vecinos de los pisos superiores, que solo pretendía llevarse sus cosas, y pedir a continuación que no dijeran nada.

Se dispuso a subir los tramos restantes de la escalera de hierro forjado, haciendo el menor ruido posible, y no volvió a respirar hasta que alcanzó su objetivo. Pero en cuanto lo hizo, la asaltaron las palabras acusadoras de Alex.

—Quiero que me devuelvas las joyas ahora mismo, Nicole —había dicho.

Naturalmente, ella pensó que se refería a las piezas de Tiffany. Pareció desconcertado cuando le dijo que las había devuelto esa misma mañana, dejándolas en el umbral de la casa de la señora

Nessbaum. Pero él no se refería a esas joyas, sino a un importante de su madre que había desaparecido de la casa el día anterior.

Nicole se deslizó para sentarse y se puso las botas negras, sin poder creer que Alex hubiera pensado que había robado las joyas de su madre.

Maldijo su mala suerte. Las posibilidades estadísticas de que algo desapareciera estando ella presente y sin que tuviera nada que ver en el asunto eran prácticamente nulas, pero eso era lo que había sucedido. Todo ello reforzaba su miedo a no poder mantener una relación estable con Alex. Pero ya no se trataba de un simple miedo, sino de un hecho irrefutable.

El corazón le dolía como nunca. Se le entrecortaba la respiración y estaba casi paralizada por la punzante intensidad de aquella pena.

Tragó saliva. Una voz interior le dijo que las sospechas de Alex eran comprensibles. A fin de cuentas, era una ladrona; y si algo desaparecía, resultaba lógico que desconfiaran en primer lugar de ella.

Aun así, la noche anterior habían vivido algo muy intenso. Habían alcanzado el éxtasis juntos, y de un modo tan directo y tan emocionante, que Nicole sintió que ya no volvería a ser la misma.

Después, había estado charlando con su padre y se había sentido más esperanzada que nunca. Incluso había llegado a pensar que aún tenía alguna oportunidad con Alex.

Lamentablemente, sus esperanzas desaparecieron en cuanto notó aquel gesto de severidad en los atractivos labios de su amante y la desconfianza y la desilusión en sus ojos.

Nicole apoyó la cabeza contra el pequeño muro que bordeaba el tejado y luego cerró los ojos. Una de las primeras reglas que había aprendido al convertirse en ladrona fue a reconocer cuándo debía cortar por lo sano y salir corriendo. Sabía que, si se quedaba en la cocina de Alex, mirándolo con tristeza y aturdimiento, nada de lo que hubiera dicho o hecho habría servido para cambiar lo que él pensaba.



Con todo, no estaba preparada para tanta pérdida. Y en esa cocina, había perdido sus esperanzas y había perdido a Alex.

Al levantar una mano para echarse el pelo hacia atrás vio cómo le temblaban los dedos. Eso no era nada bueno.

Aquel temblor era un espejo de lo que ocurría en su interior. Estaba destrozada. Deseaba aprovechar el color negro de su ropa para confundirse con la oscuridad y desaparecer por completo.

Unos segundos más tarde, oyó un sonido metálico que provenía del callejón. Nicole comprobó que tenía la pistola en la cintura y atravesó el tejado en cuclillas. Luego se agazapó detrás del muro y lentamente se asomó para mirar. En la salida de la casa de subastas había un camión estacionado, en uno de cuyos costados se leía: Compañía de Mudanzas Benniman. Intentó ver al conductor pero le fue imposible. Sospechó que aquel vehículo no era realmente de una empresa de mudanzas; y si lo era, supuso que lo habrían robado. Sin duda alguna, se encontraba ante la banda de ladrones liderada por el intocable Darkman.

Nicole se acomodó los guantes y murmuró:

— ¿Intocable? Solo hasta esta noche.

Alex permaneció sentado en el asiento delantero de la furgoneta, contemplando la gigantesca mansión, hasta que le dolieron los ojos.

La detective Kylie Capshaw destapó un termo con café y sirvió dos tazas.

— ¿Quieres?

Alex miró a la preciosa rubia. Era la primera vez que la veía. Llevaba cinco meses contratando servicios con su empresa, pero siempre había tenido alguna excusa para evitar el contacto personal.

Supuso que Kylie tendría alrededor de treinta años, pero sus ojos azules parecían propios de alguien mucho mayor.

Estaban sentados frente a la casa vacía de los Johnstone y en las tres horas que llevaban allí apenas habían cruzado dos palabras. Alex estaba demasiado preocupado pensando en otra mujer y, a medida

que pasaban los minutos, se iba sintiendo peor.

Su hermana se había llevado las joyas para limpiarlas. Todavía no lo podía creer.

Pero lo que más lo alteraba era que Nicole no se hubiese defendido mejor. Simplemente había reunido sus cosas y se había marchado.

Se preguntó cuánto decía de ella esa actitud, cuánto de él, y hacía dónde podía dirigirse su relación.

Kylie volvió a ofrecerle la taza de café. Alex aceptó.

—Gracias.

Alex pensó que le harían bien un par de cafés, pero al probarlo supo que contenía algo más.

Kylie rió en silencio.

—¿Qué le has puesto? —dijo Alex señalando el termo.

—Una taza de café y tres de licor irlandés.

—¿Siempre bebes en el trabajo?

Kylie sonrió.

—Siempre.

Kylie le recordó a Nicole porque no se excusó ni dio explicación alguna al respecto. Pero pensó que si hubiera llevado un vestido floreado y hubiera empezado a bailar el chachachá en su asiento, probablemente también le habría recordado a Nicole. Era completamente incapaz de dejar de pensar en aquella mujer.

—Nada — susurró Kylie mientras lo miraba en la oscuridad—. Te repito que no creo que nadie vaya a prestarle atención a este lugar. Además de nosotros, por supuesto. Lo único que he visto en los últimos cuatro días ha sido al jardinero podando los árboles.

Alex estaba tan distraído, que no podía pensar en el caso. Solo podía pensar en maldecirse y en preguntarse dónde y cómo estaría Nicole.

—¿Estás bien? —preguntó su compañera.

Alex la miró con perplejidad.

—Te lo pregunto porque pareces distraído —continuó ella.

—Estoy bien —le aseguró.

Alex volvió la vista a la casa vacía. Todas las luces estaban programadas, el sistema de seguridad en funcionamiento y solo se oía era el canto de los grillos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Kylie se acomodó en el asiento.

—Claro que sí.

—¿Qué les pasa a las mujeres? Quiero decir, ¿las educan para que desconfíen de todo el mundo?

—¿Perdón? Él sacudió la cabeza.

—Nada, olvídalo. Esa no era la pregunta. En realidad solo estaba pensando en voz alta.

El silencio creció mientras Alex buscaba un modo más diplomático de formular la cuestión. Segundos después, carraspeó e hizo un nuevo intento.

—Dime, ¿qué sería necesario para que sentaras la cabeza?

Kylie abrió bien los ojos y sonrió lentamente.

—¿Estás invitándome a salir?

—Lamentablemente, no.

—Mejor así, porque te habría rechazado.

—¿Por qué? ¿Por algo que he dicho?

Ella negó con la cabeza y buscó una bolsa de patatas fritas en la guantera del coche.

—Lo que pasa es que tengo prácticamente decidido que el camino del matrimonio no forma parte de mis proyectos.

Él esperaba que siguiera hablando, pero no lo hizo. Se limitó a llevarse unas patatas a la boca y a dar otro trago de café.

—¿Tienes algún motivo concreto para tomar esa decisión? —preguntó Alex.

Kylie miró hacia abajo, fingiendo que leía algo en la bolsa de patatas.

—Bueno, cuando una chica sufre desengaños con demasiada frecuencia."..

— ¿Es que has sufrido muchos desengaños?

—Se podría decir que sí.

Ella le sonrió con ironía y volvió a meter la bolsa de patatas en la guantera.

—No hay muchos hombres capaces de soportar lo que hago para vivir, ¿entiendes?

Alex supuso que su problema era distinto, que no había muchos hombres capaces de estar con una mujer tan independiente. A fin de cuentas, él tampoco había sabido manejar a Nicole.

Se recostó en el asiento y dio un largo suspiro.

—Pues los hombres que no puedan soportarlo, no saben lo que se pierden.

Ella lo observó.

— ¿Y tu amiga? Probablemente está esperando que la llames.

—Créeme, soy la última persona con quien querría hablar en este instante —comentó, sonriendo.

—Razón de más para que la llames.

Kylie tomó un par de prismáticos de la guantera y echó un vistazo al silencioso vecindario y a los alrededores de la casa. Luego los bajó un poco y miró a Alex.

—Tal vez tengas razón —observó él.

—Siempre tengo razón —rió Kylie.

Nicole avanzó agachada hacia la esquina del tejado y se detuvo un momento para observar el camión. Había alguien en la cabina del conductor, sentado al volante, pero por el ángulo en que estaba estacionado no se distinguían más que sombras.

Hubo un breve fogonazo de luz; después, brilló un punto rojo que parecía encenderse y apagarse. Obviamente el conductor estaba

fumando un cigarrillo, porque comenzó a salir humo salía por la ventanilla abierta.

Nicole se arremangó la camisa y miró el reloj. Eran poco después de las dos de la madrugada y se dijo que a esa hora debería haberse encontrado en la cama, con Alex.

Cerró los ojos con fuerza. Lo último en lo que debía pensar en ese instante era en aquel dulce, sexy y desconfiado hombre. Pero cada vez que respiraba se descubría suspirando por Alex.

Volvió a mirar hacia abajo y vio que el conductor arrojaba el cigarrillo a la calle, por la ventanilla. Nicole siguió la trayectoria de la colilla hasta la acera y cuando volvió la vista al camión observó que el individuo había salido de la cabina y que parecía estar mirándola a ella, directamente.

Nicole corrió por el tejado hacia la escalera de incendios y no se detuvo hasta llegar otra vez a la calle.

No había tráfico a esas horas de la madrugada. Por mucha agitación que tuvieran Nueva York y los neoyorquinos, la ciudad y sus habitantes debían dormir en algún momento; y más si se trataba de un lunes. Comprobó el arma y el teléfono móvil y luego caminó pegada al edificio, ocultándose en las sombras y conteniendo la respiración. Tres minutos más tarde, se apretó contra el muro de ladrillo que flanqueaba la entrada al callejón y levantó lentamente la cabeza para poder ver la parte trasera del camión, que seguía estacionado a escasos metros.

De pronto, se apagaron las dos farolas que estaban sobre el garaje de la casa de subastas. Nicole alcanzó a ver que el conductor estaba disparando a las bombillas con algo que parecía una cerbatana, con intención de dejar el callejón enteramente a oscuras.

Por desgracia para ella, las luces de la calle la convertirían en un blanco seguro.

Nicole entró sigilosamente en el callejón y se pegó a la pared para alejarse de la luz. Vio que el hombre dejaba la cerbatana en la cabina

del camión y que extraía un arma mucho más siniestra que parecía pesar tanto como ella.

Tragó saliva y pensó que con un solo disparo de esa cosa se podría derribar el muro de ladrillos en el que estaba apoyada. Sin mencionar lo que podría hacerle a ella.

Mientras intentaba volver a respirar con normalidad, observó que el conductor se dirigía hacia la parte trasera del camión, miraba alrededor y abría la puerta. Sin hacer el menor ruido, cuatro hombres vestidos de negro saltaron del interior del vehículo.

Eran cinco contra uno, y hasta Nicole sabía que esa proporción no estaba exactamente a su favor. Pero había llegado demasiado lejos como para retroceder y nadie podía saber cuándo tendría otra oportunidad de sorprender a Darkman.

Los hombres se dispersaron inmediatamente por el callejón, pero ninguno se aproximó a la entrada de la casa de subastas.

Nicole no sabía lo que estaban haciendo, así que decidió acercarse un poco más para verlos mejor. Entonces, sintió que algo le golpeaba la espalda. Se llevó una mano atrás para averiguar qué era lo que sobresalía en la pared y descubrió que no se trataba de ningún objeto, sino de un hombre. De un hombre muy grande.

Y esa vez no era Alex.

—¿Quieres que te espere? —preguntó Kylie.

Alex se bajó del coche en la calle de la casa de subastas.

—No. Estoy seguro de que no ocurrirá nada —respondió—. Vete a casa, Kylie. Te llamaré mañana y hablaremos.

—De acuerdo. Después de pasar los últimos días haciendo turnos dobles, voy a disfrutar del descanso.

Alex le dio las gracias y se quedó mirando al coche mientras se alejaba y giraba en la primera esquina.

Después, se quedó parado como si no acabase de comprender qué

estaba haciendo ahí. Pero lo sabía perfectamente. Nicole estaba oculta en algún lugar cercano esperando a que Darkman actuase.

Se rascó la nuca y echó un vistazo a los establecimientos de los alrededores. Todo estaba en silencio.

A pesar de la insistencia de Nicole, nunca se había tomado el tiempo necesario para reconocer el terreno y comprobar las entradas y salidas. Tampoco la había animado a que le contara lo que había descubierto, así que ahora no sabía qué hacer.

Imaginó que Darkman no se atrevería a entrar por la puerta principal. En trabajos anteriores había utilizado las puertas traseras, las laterales e incluso los tejados, pero nunca la entrada principal. Era demasiado peligroso.

Se preguntó si habría un callejón en alguna parte y avanzó. Las ventanas y la puerta principal del edificio estaban protegidas con blindajes de acero. Se puso una mano sobre los ojos, a modo de visera, para evitar que las luces de la calle lo deslumbraran; y acto seguido, echó un vistazo a la ventana de la derecha. A través del cristal pudo ver un par de butacas antiguas situadas junto a un horrible cuadro que mostraba un mar embravecido.

No notó ningún movimiento, ningún destello de luz, que indicara la presencia de alguien en la casa. Y pensó que probablemente estaría desierta.

Alex ya había estado allí, en algunas subastas, y sabía que la sala principal se encontraba cerca de la parte posterior y que la caja fuerte estaba en el sótano.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y comenzó a rodear el edificio para revisar el callejón, mientras miraba de pasada los edificios de la calle. Si Nicole estaba vigilando el lugar, posiblemente podría verlo; pero no sabía si en tal caso le diría algo.

Su vida era un desastre. Athena tenía razón al afirmar que acababa de estropear lo único bueno que le había pasado. Hasta entonces, no había hecho otra cosa que trabajar y preocuparse por su

familia.

Pero todo había cambiado cuando llamó a la puerta de la habitación de Nicole, en aquel hotel de Baltimore, y se encontró ante los ojos más bellos, exóticos y provocativos que había contemplado hasta entonces. De inmediato, se sintió vivo. Ella le había quitado los velos que le cubrían los ojos y que le impedían vivir.

Sin embargo, había tenido que estropearlo todo. Su instinto lo empujaba a alejarse de cualquier cosa que pudiera ser peligrosa, y la desaparición de las joyas había sido la excusa perfecta, la excusa que necesitaba.

En ese momento, oyó un sonido metálico. Comenzó a caminar más despacio al comprender que se estaba acercando al callejón que daba a la parte trasera del edificio; de haber ido más deprisa, ni siquiera lo habría visto: era tan estrecho y estaba tan oscuro que no se habría fijado.

En cuanto se asomó, contuvo la respiración.

Nicole estaba en lo cierto. Darkman tenía intención de actuar en la casa de subastas.

—Si yo estuviera en tu lugar, no haría eso —dijo Nicole.

El matón que la había encontrado en el callejón le había atado las manos y la había llevado a empujones al interior del camión.

Segundos más tarde, ese mismo matón pasó un buen rato manoseándola mientras la cacheaba para ver si llevaba un arma encima. Nicole esperó su momento, y cuando llegó, alzó una rodilla con fuerza y le golpeó en plena nariz.

Él emitió un sonido incomprensible y se llevó las manos a la cara mientras sus compañeros se reían a carcajadas.

—Te lo había advertido —murmuró Nicole.

Nicole intentó liberarse de la cinta de plástico con la que le habían atado las manos a la espalda, pero era consciente de que no lo conseguiría si no encontraba algo afilado.

Había otros tres matones dentro del camión, pero no sabía si



Darkman era uno de ellos.

Entonces, el tipo al que había golpeado recobró el equilibrio, se enderezó por completo y le apuntó a los ojos con la luz de una linterna. Después, gruñó y se acercó a ella, aparentemente decidido a devolverle el golpe. Nicole se apretó contra la pared del camión. Pero, por suerte para ella, alguien más apareció en aquel momento.

—Déjala. Tienes mucho trabajo que hacer.

Nicole tragó saliva al pensar que podía ser Darkman en persona.

Los otros tres matones abrieron la puerta y se bajaron del camión. Entonces, Nicole clavó la mirada en los ojos del hombre que debía de ser Darkman. Llevaba la cara oculta con un pasamontañas negro.

—Por fin nos conocemos personalmente, Nicole Bennett.

A ella se le aceleró el corazón. Conocía su nombre. Eso no era nada bueno.

—Me gustaría decir que el placer también es mío, pero ya sabes que todos los pasamontañas son iguales —replicó con serenidad.

El hombre sonrió y se quitó el pasamontañas.

Por fin estaba contemplando el rostro de Darkman. Y Nicole lamentó haberlo visto.

Los tres hombres que bajaron del camión cortaron los candados y entraron en la casa de subastas.

Alex se encontraba escondido en el otro extremo del callejón, mirando a su alrededor y preguntándose dónde se habría metido Nicole. Por muy enfadada que estuviera con él, resultaba excesivo que no le hiciera notar su presencia de algún modo.

Asustado, pensó que sería mejor que llamara a la policía.

Se llevó las manos a los bolsillos, intentando encontrar su teléfono móvil, pero al parecer se lo había dejado en el coche de Kylie.

Volvió a la calle, desesperado, y miró a ambos lados. A dos

manzanas a la izquierda vio una cabina telefónica; era su única opción, salvo que prefiriera comenzar a llamar a las casas y pedirle a alguien que le dejara usar su teléfono.

Tendría que decirle a la policía que actuara con cautela. Era muy importante que bloquearan todos los accesos al edificio al mismo tiempo, porque, de lo contrario, Darkman se volvería a escapar.

Avanzó hacia la cabina, y descolgó el auricular en cuanto llegó. Pero, un segundo más tarde, vio que un vehículo se detenía junto a la acera y que se abría una de las portezuelas.

Era Kylie.

—Me alegro de haber decidido dar una vuelta antes de marcharme a casa. Tengo la impresión de que necesitas mi ayuda.

Alex estaba tan contento, que asintió.

Las cosas estaban empeorando poco a poco.

Veinte minutos después de que Darkman se presentara, tres matones regresaron y la llevaron a la cámara acorazada de la casa de subastas. Todavía llevaba las manos atadas a la espalda, así que no podía hacer nada salvo resistirse un poco. Por suerte, el tipo que se encargaba ahora de ella no era el mismo al que había golpeado. Sabía que habría sido capaz de matarla.

Entonces tropezó con algo en la oscuridad y dijo:

—¿No podría encender alguien una luz?

Una puerta se cerró a sus espaldas y la luz se encendió. Nicole bajó la mirada para ver con qué había tropezado y vio al guardia que al que había pagado unos días antes para que le diera información. Estaba muerto. Pero no era el único cadáver en la sala. Al parecer, los asaltantes habían matado a dos personas más.

Nicole no había visto un muerto en toda su vida, y le causó tal impresión, que apenas podía respirar.

—Oh, Dios mío...

Darkman rió.

—¿Qué ocurre, Bennett? ¿Es que no te gustan los resultados de tu

trabajo?

—Has matado a esos tres hombres. Los has matado a sangre fría...

Nicole se sintió desfallecer, pero logró mantener la compostura. Tenía la inquietante sensación de que todo aquel asunto estaba más relacionado con ella que con las obras de arte de la casa de subastas.

—Creo que no te he entendido bien, Darkman. Tengo la impresión de que me estás ocultando algo.

—No es nada importante. Digamos que tenemos conocidos comunes.

—¿No podrías ser más concreto?

—Está bien, como quieras...

—¿Te acuerdas de una mujer llamada Christine Bowman?

Nicole se acordaba perfectamente de ella.

Al parecer, el nombre de Christine Bowman se oía mucho últimamente. Era la ladrona que había robado una pequeña fortuna en diamantes en Nueva York, después de matar a dos guardas jurados. Nicole la había seguido a San Luis y se hizo pasar por el ama de llaves de la mansión que había alquilado la mujer. Sabía que ella la habría echado inmediatamente, así que la convenció de que no lo hiciera diciéndole que tenía seis hijos que cuidar.

Después, y tras un pequeño enfrentamiento con un policía de la ciudad llamado Ripley Logan, Nicole consiguió hacerse con los diamantes. Pero no antes de ver cómo arrestaban a Christine por el robo original y por el asesinato de los dos guardas.

Darkman la miró con tal rabia que Nicole pudo sentirla.

—Pues bien, era mi esposa —continuó él—. Y técnicamente sigue siéndolo, aunque ya supongo que entenderás que es difícil que podamos tener una relación ahora que está en la cárcel.

Nicole se estremeció.

—En efecto, querida. Creo que ya has adivinado que vas a pagar por lo que hiciste.

Nicole estaba aterrorizada. Darkman había conseguido

intimidarla. Pero aún tuvo arrestos para intentar burlarse de él.

—Me siento muy honrada. ¿Quieres decir que has organizado todo este lío solo para vengarte de mí? —preguntó, mirándolo directamente a los ojos—. Deberías haberme matado. Habría sido más sencillo.

Él sonrió.

—Sí, pero mucho menos satisfactorio.

Entonces, Nicole aprovechó la ocasión para pegarle una buena patada en un tobillo. Darkman cayó al suelo, y ella salió corriendo hacia la puerta con las manos todavía atadas a la espalda.

## Capítulo 12

Alex oyó ruido en el interior de la cámara acorazada, entró con mucho cuidado y se ocultó en el preciso momento en que un hombre cubierto con un pasamontañas agarraba a Nicole del pelo y tiraba de ella.

Se llevó una mano al cinto, buscando instintivamente una pistola, pero por desgracia iba desarmado.

Intentó recordar por qué no había recogido su pistola antes de marcharse del piso, pero en realidad había estado tan preocupado por todo lo sucedido, que no había pensado en ello. Primero, Nicole se marchó. Luego, desaparecieron las joyas de su madre. Y por si eso fuera poco, había tenido que soportar a su hermana mientras le explicaba que nadie había robado aquellas joyas, que las había tomado ella para limpiarlas y que era un canalla por haber sospechado de Nicole.

No podía olvidar las palabras de Athena. Había dicho que Nicole era lo mejor que le había sucedido en toda su vida y tenía razón.

Había cometido el error de echar a Nicole de su vida, pero ahora tenía la ocasión de reparar su equivocación.

Los ojos de Nicole se llenaron de lágrimas mientras Darkman la arrastraba por el pelo sin ninguna compasión.

—Vuelve a intentar escapar y me aseguraré de que incluyan la tortura en el repertorio —susurró él.

Nicole pensó en la posibilidad de golpearlo en la nariz con la cabeza, pero sabía que probablemente no conseguiría llegar lejos. El resto de los matones estaban ahora sobre aviso y la vigilaban con atención.

Por fin, Darkman la arrojó a unas cajas vacías.

—La policía te está buscando —dijo Nicole entre dientes. /

—Puede ser, pero nunca podrán atar los cabos necesarios para atraparme. Soy demasiado bueno.

Nicole sonrió como si supiera algo que él no sabía.

Y Darkman picó el anzuelo.

—¿De dónde sacaste la información? ¿De tu novio ex policía?

Nicole sintió un nudo en la garganta. Ni siquiera alcanzaba a imaginar cómo había sabido que mantenía una relación con Alex.

Y entonces, lo supo. Alex no había sido el único que la había estado vigilando. Darkman también lo había hecho.

Sintió que estaba a punto de perder el conocimiento, pero una vez más hizo un esfuerzo por sobreponerse.

Se sentó sobre las cajas y le pareció divertido que solo unas horas antes se encontrara en la cárcel, visitando a su padre, y que hubiera pensado que el sistema carcelario era su peor enemigo. Nunca había imaginado que pudiera ocurrirle algo así.

Pero seguía sin entender nada. No comprendía que Darkman hubiera esperado tanto tiempo para actuar.

—¿Qué otras cajas quieres que nos llevemos, jefe? —preguntó uno de los matones.

—Las que están a la izquierda —contestó Darkman sin dejar de mirar a la mujer—. Llévalas todas.

Nicole se puso en tensión al sentir su mirada.

Pero, por fin, él se alejó.

Entonces, tuvo una idea. Estaba sentada entre un montón de cajas. Si conseguía encontrar un trozo de madera o cualquier otra cosa con la que pudiera cortar la cinta de plástico con la que la habían atado, tal vez tuviera alguna oportunidad de escapar.

No sabía si podría encontrar algo parecido, pero tampoco lo descubriría si no empezaba a buscar, así que lo hizo.

Metió las manos entre un montón de desechos y escarbó de forma metódica hasta que tocó algo que podía servirle. Después, se frotó con fuerza contra el objeto y la cinta cedió.

Se había liberado.

—Ssss —susurró Alex desde algún lugar detrás de las cajas.

Nicole se sintió renacer al oír su voz.

Alex había ido a rescatarla.

De inmediato, olvidó todas sus acusaciones. Olvidó su terrible mirada y el miedo a haber cometido un terrible error por haber mantenido una relación con él. Ahora solo sentía un intenso alivio.

—Cuando te diga que corras, corre — murmuró Alex.

Ella asintió para que supiera que lo había oído.

Nicole se quedó muy quieta e intentó contener la sonrisa que amenazaba con surgir en sus labios. Nunca habría creído que llegaría el día en que se alegraría de que Alex hubiera sido policía.

Darkman estaba supervisando la última de las cajas con cuadros, así que Nicole esperó que Alex, quien había demostrado sobradamente su profesionalidad, demostrara ahora que también podía actuar con rapidez.

Mientras esperaba su orden, trazó su plan de huida. Avanzaría hacia la izquierda, se escondería entre las cajas y saldría corriendo después.

En ese momento, oyó un ruido y se sobresaltó al ver que los tres matones habían sacado unas armas enormes y que estaban apuntando a la puerta de la caja fuerte. Con semejante artillería, supuso que ninguna caja le serviría de escondite.

Segundos después, llegó otra persona, y aprovechando que los matones se habían despistado, Alex gritó:

—¡Corre!

Nicole salió corriendo, pero el recién llegado se quitó entonces el pasamontañas y ella se quedó clavada en el sitio.

No podía creer lo que estaba viendo.

—Jeremy..

Alex se encontraba tras la puerta de la cámara acorazada, dispuesto a atacar al hombre que acababa de llegar y a salir

disparado con Nicole. Pero Nicole se había detenido y permanecía parada, de pie, contemplando al recién llegado con gesto de asombro.

No entendía que podía haberle pasado. Pero, al ver al hombre, reconoció su rostro. Era el individuo con el que Nicole había estado hablando en aquella cafetería.

Fuera como fuese, tenían que marcharse inmediatamente de allí, antes de que se presentara la policía y las cosas se pusieran feas.

—Jeremy —repitió Nicole sin poder moverse.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Jeremy—. ¿Se puede saber qué hace mi hermana en este lugar?

Alex contempló la escena con verdadero asombro. Al parecer, era un día de sorpresas.

El hombre que estaba a cargo de la operación le puso una mano en un hombro y dijo mientras sacaba una pistola:

—Ella está aquí por la misma razón que tú. Los dos vais a pagar por este robo. Y por supuesto, por el asesinato dé los tres guardas.

El corazón de Alex comenzó a latir más deprisa. Definitivamente la situación estaba empeorando segundo a segundo.

—¿Pero qué diablos...?

Jeremy intentó reaccionar, pero no tuvo ocasión. El individuo que acababa de hablar le golpeó con la culata en la cabeza, y el joven acabó en el suelo, inconsciente.

—¡Déjalo en paz! —exclamó Nicole.

Nicole tomó entonces una plancha de madera e intentó atacarlo. Naturalmente esquivó el golpe, pero no pudo evitar que la plancha golpeará la pistola y que el arma cayera al suelo y se deslizara hasta una pared.

Entonces, el hombre se abalanzó sobre ella. Nicole se defendió como pudo, pero él la agarró con fuerza del cuello.

Alex estaba a punto de intervenir cuando alguien más entró en la sala.



—Suéltala, canalla.

Kylie acababa de entrar en la cámara acorazada. Llevaba una pistola y apuntaba al hombre que había agarrado a Nicole. Sin embargo, el ruido llamó la atención de los tres matones, que aparecieron de repente con sus gigantescas armas.

Alex comenzaba a sentirse como si estuviera en una película de Arnold Schwarzenegger y fuera la única persona desarmada.

Y por si fuera poco, Nicole extrajo entonces su pequeña pistola y apuntó al jefe de la banda.

Sí, definitivamente era el único que estaba desarmado.

—Dile a tus hombres que tiren las armas —ordenó Nicole. Nadie se movió.

—¡Ahora! —exclamó. Alex decidió actuar y apareció de repente. Por supuesto, iba desarmado; pero pensó que casi sería mejor que se presentara así, como si no importara. Se cruzó de brazos, sonrió y se encogió de hombros.

—Si estuviera en vuestro lugar, obedecería esa orden —dijo—. A menos que pretendáis pasar a mejor vida.

Todo el mundo se quedó en silencio. Pasaron unos segundos, y de repente, el jefe de la banda comenzó a reír.

—Bravo, Cassavetes —dijo una voz que le resultó muy familiar—. ¿Sabes una cosa? Yo pensaba que no tenías agallas. Por cierto, no sé si sabes que en la aseguradora hay quien dice que dejaste la policía porque no soportabas la presión.

Al oír la mención de la aseguradora, Alex se sobresaltó.

Ahora sabía quién era Darkman, aunque no habría hecho falta que lo adivinara porque en ese preciso instante se quitó el pasamontañas.

Era John Carlon.

El hombre con el que había estado trabajando durante el último año. El hombre que supuestamente se marchaba a San Francisco para trabajar en una empresa de la competencia.

Darkman había estado delante de sus narices todo el tiempo.

Pero nadie tuvo ocasión de reaccionar. Apenas un segundo después, la cámara acorazada se llenó de policías.

—¡Quietos todos!

John se quedó helado. Y luego, en cámara lenta, alzó un brazo, lo dirigió a la pistola que Nicole todavía sostenía y la acarició suavemente.

Nadie podía imaginar lo que iba suceder después. Darkman cerró su mano sobre la mano de ella y apretó el gatillo.

Nicole estaba sentada en la parte trasera de una furgoneta, comprobando el estado de su hermano con manos temblorosas.

La policía ya había detenido a los matones, pero todavía no podía quitarse de la cabeza el trágico final de John Carlon.

—Toma, tómate esto para entrar en calor.

La voz era de la mujer que le había presentado Alex minutos antes. Se llamaba Kylie Capshaw y era policía.

A nadie se le ocurrió pensar que Nicole no podía tener calor. La noche era muy cálida. Pero abrió el termo de todas formas y echó un buen trago del brebaje que contenía.

—Cuidado —dijo Alex—. A Kylie le gusta echar un poco de alcohol en el café.

Nicole casi sintió celos al notar el cariñoso tono de voz que Alex dedicaba a su amiga.

—Bueno, creo que será mejor que os deje a solas —dijo entonces Kylie.

La calle estaba llena de coches patrulla y de policías que entraban y salían del edificio de la casa de subastas. Al cabo de unos segundos, apareció un vehículo diferente a los demás. Era el coche de los agentes encargados de la investigación forense.

Nicole se estremeció de nuevo, y su sorpresa fue mayúscula cuando un policía se acercó a ellos, miró a Alex y dijo:

—Señor, ya han llegado los enfermeros.

—Un último trabajo —le había dicho Jeremy cuando había vuelto en sí—. Solo iba a ser un último trabajo para poder terminar de pagar mi casa. Y no lo habría hecho de no haber sabido que...

Nicole pensó que Carlon lo había organizado todo muy bien. No había querido acabar con ella rápidamente porque deseaba vengarse de toda su familia. Primero tendió una trampa a su padre y luego hizo lo mismo con su hermano; pretendía que pagaran por lo que ella le había hecho a Christine Bowman y hacer que cargaran con todos sus delitos.

Pero al menos había sucedido algo bueno: ahora estaba convencida de que Jeremy dejaría el mundo del robo para siempre.

Su hermano la miró entonces y ella miró a Alex. Por suerte para todos, Alex miró al policía y dijo:

—Puede marcharse. Tengo controlada la situación.

Después, Nicole asintió para que Jeremy supiera que podía confiar en él. Alex había prometido que impediría que los acusaran a ellos y sabía que cumpliría su palabra.

Alex se sentó entonces a su lado, lo suficientemente cerca como para poder tocarla, pero manteniendo las distancias.

—Gracias —dijo ella.

—¿Por qué?

—Por todo, ¿no te parece? Pero especialmente, por haber salvado a mi hermano — respondió.

Él se encogió de hombros.

—No hay de qué. Ha sido fácil.

—¿En serio?

—Bueno, tal vez no tan fácil. Pero no ha sido nada que no pudiera controlar.

Nicole comenzaba a pensar que era cierto, que había muy pocas cosas que Alex Cassavetes no pudiera controlar. Era un hombre sólido, leal y enormemente sexy, perfectamente capaz de hacer lo que fuera necesario con tal de ayudar a la gente que amaba.

Y supuso que, si su relación no había llegado más lejos, era porque no la amaba, porque no podía amarla sin confiar en ella.

Insegura, preguntó:

—¿Trabajas muy a menudo con Kylie?

Nicole notó su intensa mirada mientras los enfermeros curaban a Jeremy.

Alex le explicó entonces que era amiga suya y que entre los dos se las habían arreglado para convencer a la policía de que ni Jeremy ni ella tenían nada que ver con el intento de robo. Después, carraspeó y dijo:

—Creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Por haberte acusado de algo que no hiciste.

El corazón de Nicole comenzó a latir más deprisa.

—Al parecer, mi hermana tomó las joyas de mi madre para limpiarlas. Quería darle una sorpresa en su aniversario de bodas.

—Comprendo...

—No estoy seguro de que lo comprendas del todo. Pero, ¿me perdonas?

—Por supuesto que sí.

Alex se relajó e intentó tomarla de la mano, pero ella se apartó.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella—. Esta mañana decidí abandonar mi profesión. Fui a ver a mi padre a la cárcel y decidí que eres más importante para mí que mi trabajo. Lograste que reconsiderara mi vida, pero las cosas ocurren de forma tan irónica, que justo después me acusaste de haber robado a tu madre y comprendí que nadie puede cambiar tan fácilmente.

—Nicole, yo...

—Por favor, no sigas, Alex. No puedo confiar en ti —dijo, intentando elegir las palabras con sumo cuidado—. ¿Cómo puedo saber que no me acusarás si algún día desaparece algo? ¿Cómo puedo saber que no vigilarás todos y cada uno de mis movimientos

para asegurarte de que no hago nada ilegal? Me romperías el corazón.

Alex no dijo nada. Nicole se levantó, haciendo un enorme esfuerzo, y salió del vehículo. Pero se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Alex por última vez.

Era un hombre inmensamente atractivo. No solo por fuera, sino también por dentro. A pesar de todo lo que había sucedido, a pesar de lo distintos que eran, había llegado a su corazón.

Intentó sonreír y luego dijo:

—Busca una buena mujer, Alex. Una que les guste a tus padres. Una que nunca haga nada ilegal. Una buena mujer que te merezca, porque me temo que yo no te merezco.

## Capítulo 13

Alex pensó que era un perfecto idiota. Había transcurrido un mes entero desde que Nicole se había despedido y todavía no sabía por qué lo había hecho. Además, su amor por ella aumentaba minuto a minuto.

Se levantó de la butaca y se detuvo frente al tablero que había en la pared. Había regresado a su vida de siempre. Iba a trabajar por las mañanas, regresaba a casa para cenar, veía la televisión por la noche y los domingos comía con sus padres.

Darkman ya no podría matar a nadie más y ahora tenía tres nuevos casos por resolver, pero nada le importaba. Miró el tablero, repleto de fotografías de la mujer que deseaba, y se concentró en una en concreto: Nicole estaba en el metro, agarrada a una barra de metal, y parecía ausente. Su expresión resultaba extrañamente parecida a la que había visto en su rostro cuando se despidió de él.

—Eres patético, Cassavetes, un verdadero idiota.

Tomó la fotografía, se la guardó en un bolsillo, y acto seguido comenzó a retirar el resto de las imágenes. Ahora sabía que ella no regresaría nunca. Había pasado todo un mes y sus esperanzas se habían desvanecido.

Diez minutos más tarde, el tablero estaba vacío. Luego, tomó los informes sobre el caso Darkman y se dirigió al despacho de Dorothy para que los archivara.

—¿Alex?

—¿Sí, Dorothy?

—Acaban de traer un sobre para ti. Es del departamento de policía.

—¿Del departamento de policía?

Alex frunció el ceño. No esperaba nada de Kylie; había terminado

sus negocios con ella la semana anterior mientras se tomaban unas copas en un bar.

—Gracias, Dorothy.

—De nada.

Su secretaria se dio la vuelta entonces para marcharse, pero Alex la detuvo.

—Espera un momento... ¿Siempre te han llamado Dorothy?

—Sí —respondió.

—¿Nunca ten han llamado Dot o algo así?

—No. Todo el mundo me llama Dorothy, simplemente Dorothy.

—Está bien.

Alex regresó a su despacho con el sobre de la policía. Después, se sentó en su butaca, se frotó la cara con las manos y suspiró. Estaba realmente deprimido con todo lo sucedido, pero sonrió al recordar que su madre había comentado que le gustaría ver otra vez a Nicole. Aquello le pareció increíble. Tan increíble como que hubieran aceptado tan fácilmente la reciente revelación de su hermana.

Por supuesto, suponía que parte del interés que ahora mostraban por Nicole podía estar relacionado con el hecho de que se sentían culpables en cierto modo. A fin de cuentas, Athena no había tenido más remedio que contarles toda la historia y ya sabían que había acusado injustamente a Nicole de haber robado las joyas de su madre.

Ya solo faltaban dos semanas para su fiesta de aniversario, y tenían motivos extra para celebrarlo: su padre le había dicho que habían abandonado la idea de regresar a Grecia. Incluso su madre había sugerido que llamara a Nicole y que la invitara.

Cansado de todo aquello, volvió a mirar el sobre y decidió abrirlo. Dentro había una nota que decía:

La fotografía es para tu colección. Y el resto, porque eres demasiado tonto como para hacerlo tú mismo.

Alex apartó la hoja de papel y miró la imagen; era Nicole, de pie junto a una casa que se encontraba cerca del mar. Llevaba el pelo recogido en una coleta y lucía un top blanco. Cat, el gato, estaba en el suelo.

El corazón de Alex se aceleró. Sabía que era una fotografía reciente, porque el sobre era de Kylie y no se la habría enviado de no ser así. Pero, en cualquier caso, la imagen le extrañó sobremanera. Nicole parecía haber perdido su energía y su pose urbana. Mostraba una expresión casi pacífica, muy tranquila y algo triste.

Metió la mano en el sobre para sacar el resto del contenido. Dentro solo había un informe de apariencia oficial, obviamente escrito por Kylie. Pero cuando leyó el título, su interés se despertó. Decía así: Holly Golightly Harvak, alias Nicole Bennett.

Se quedó asombrado. No podía creer que sus padres le hubieran puesto el nombre del personaje de Audrey Hepburn en Desayuno con Diamantes. Ya no le extrañaba que estuviera obsesionada con Tiffany, ni que su gato se llamara Cat.

Se rascó la cabeza, perplejo, y siguió leyendo. Gracias a eso, supo que había nacido en Brooklyn, conoció el nombre del colegio donde había estudiado y averiguó algo más sobre su familia. Kylie había añadido la dirección de la cárcel donde se encontraba preso su padre y las veces que solía ir a visitarlo. Pero también había incluido algo mucho más importante: la dirección de la casa que aparecía en la fotografía.

Estaba en Westhampton y la había comprado tres años antes, con el dinero que le había dejado su madre gracias a una póliza de seguros. Jeremy había utilizado su parte para abrir su negocio de fontanería.

Alex estuvo un buen rato sentado, leyendo una y otra vez el informe. Desconocía muchas cosas sobre aquella mujer. Se había guardado muchos secretos y sospechaba que también se los había



guardado a los demás.

Entonces, maldijo a Kylie por haberle abierto los ojos.

Holly aparcó su turismo en el estrecho vado de grava y recogió las bolsas con la compra que acababa de hacer. Después, contempló la casa blanca de tres habitaciones, situada junto al mar, y pensó que parecía tan solitaria y triste como ella. A la izquierda se veía una casa mucho más grande; la suya había sido originalmente una casa de invitados de los dueños de la propiedad, pero más tarde habían ampliado la mansión y habían decidido vender la pequeña edificación porque no la necesitaban. Nicole aprovechó la oportunidad y se gastó hasta el último dólar que le había dejado su madre.

En cuanto abrió la puerta, el gato se acercó a ella.

—Eres un gran chico.

Se inclinó sobre el animal y lo acarició un poco antes de dirigirse a la cocina para dejar las bolsas. Todo el interior de la casa era blanco, desde las paredes hasta los muebles, pasando por el ventilador y los cojines del sofá. Como siempre había llevado una vida bastante errática, aún no había tenido ocasión de comprar plantas, pero pensaba hacerlo.

Cat se frotó contra una de sus piernas y maulló.

—Hoy estás muy impaciente, ¿no te parece? Espera un momento, enseguida te pongo la comida.

Empezó a guardar la compra y, cuando le tocó el turno a un paquete de espaguetis, recordó la última vez que había pensado preparar pasta. Pero no quería pensar en ello, porque entonces estaba con Alex. Aquel hombre le había cambiado la vida hasta tal punto que ahora compraba al gato las latas de comida más caras; él lo había mimado tanto, que Cat se negaba a tomar ninguna otra cosa.

Puso la comida al gato y una vez más se dijo que tal vez se habría

sentido menos sola si alguno de sus vecinos hubiera sabido que estaba viviendo allí. Pero nadie lo sabía; no le había dado la dirección ni a su padre ni a su hermano.

Aquel era su pequeño escondite, el lugar a donde escapaba cuando necesitaba tranquilizarse un poco. Y curiosamente, siempre que lo visitaba se sentía radicalmente opuesta a la Holly que era en la ciudad.

Sin embargo, ni la ropa que se pusiera ni el color que tuviera importaban en absoluto. Ella era siempre la misma mujer.

Cuando el gato terminó de comer, se frotó de nuevo contra sus piernas como si quisiera darle las gracias.

—De nada, pequeño.

Entonces, Nicole decidió que necesitaba oír un poco de música. Encendió el equipo, puso un CD de Alanis Morissette y se dirigió al dormitorio. Pero al llegar a la puerta se detuvo en seco.

Alguien había estado en la casa.

Debería haberse sentido alarmada, pero al ver la pequeña caja con un lazo que estaba sobre la cama, supo que no tenía ningún motivo para preocuparse. Solo había una persona capaz de hacer algo así: el hombre que le había robado el corazón.

Caminó hacia la cama, se sentó en el borde, y se quedó mirando la caja. Tenía el logotipo de Tiffany and Co.

Lentamente, desató el lazo y abrió la caja. En su interior había un precioso broche con una gema que reconoció inmediatamente; pertenecía a una colección de Paloma Picasso.

Pero además de la joya, también había una nota.

—Léela —dijo alguien entonces.

La voz procedía del cuarto de baño, y Nicole reconoció inmediatamente a Alex. Pero sacó la tarjeta, la abrió y la leyó tal y como le había pedido. Solo decía una cosa: Ya no puedes esconderte de mí.

—¿Es que no te gusta? —preguntó él.

—¿Cómo?

—Que si no te gusta el broche.

—Me encanta —susurró ella.

En aquel instante, Nicole comprendió que su madre hubiera apreciado tanto el broche que le regaló su esposo. Pero también comprendió otras dos cosas igualmente importantes: que había estado robando joyas de Tiffany a lo largo de los años con la esperanza de sentir la mirada de su madre en el brillo de aquellos objetos, y que el regalo de Alex era una declaración de amor.

Los ojos se le llenaron de lágrimas sin poder evitarlo.

Alex se acercó entonces y murmuró:

—Ven aquí.

Ella se abrazó a él, comenzó a llorar y dejó que la tranquilizara con palabras cariñosas. Ahora ya podía amarlo sin reservas. Ahora ya podía entregarse a él sin tener miedo del futuro.

—Cásate conmigo, Nicole... Perdón, Holly. Cásate conmigo hoy mismo, esta misma noche —declaró él mientras la besaba en el cuello—. Cásate conmigo para que no tenga que volver a despertar sin ti, para que pueda demostrarte cuánto te quiero, hasta el fin de mis días.

Él le acarició los brazos y ella se excitó de inmediato y asintió.

—¿Eso es una respuesta positiva? —preguntó él.

—Sí —respondió en un susurro—. Definitivamente, es un sí.

# Epílogo

Tres meses más tarde

Había algo en aquellas fiestas que incomodaba a Alex. Tal vez fuera el enorme gasto que suponía, o tal vez el esmoquin alquilado que llevaba puesto. Pero en realidad sabía que la razón era otra: le recordaban a la primera vez que había sorprendido a Nicole en la habitación de invitados de una mansión, en un dormitorio muy parecido al lugar donde ahora se encontraba.

O tal vez fuera porque había seguido a su esposa a aquel sitio.

Su esposa.

Todavía no sabía si se acostumbraría a llamarla así. A fin de cuentas, le había costado mucho dejar de llamarla Nicole.

Desde luego, Holly no era precisamente una esposa tradicional. No tenían intención de tener hijos a corto plazo; ella se había negado a hablar del asunto hasta que no transcurrieran al menos cinco años. Y por otra parte, sus comidas solían ser tan poco formales como unos simples huevos fritos con panceta. Pero, en cambio, el sexo era magnífico.

Muchos de sus amigos se quejaban de que la atracción física desaparecía con el tiempo, pero en su caso no había sido así. De hecho, estaba seguro de que iban a acabar con las existencias de preservativos del supermercado cercano. Y ya estaba considerando la posibilidad de adquirir una cama más sólida.

Abrió la puerta y se asomó al pasillo. El dormitorio principal permanecía cerrado todavía, y estaba deseando saber si su esposa robaría aquella noche las joyas de los Polansky.

Ni siquiera sabía si debía estar allí. Después de cenar, Holly se había despedido de él y le había dicho que lo vería más tarde. Acto

seguido, se marchó de su piso, que acababan de decorar de nuevo, y él la siguió en secreto.

Ella se dirigió en primer lugar a la consigna de una estación de autobuses, de donde extrajo una bolsa. Luego entró en un aseo y salió con la peluca que llevaba puesta cuando la vio por primera vez en aquel hotel de Baltimore. Y finalmente la siguió a un tren que los llevó a Westchester, donde se encontraban ahora.

En ese momento oyó un sonido en el pasillo y se asomó. Una mujer vestida de terciopelo rojo estaba entrando en el dormitorio principal. Él se sobresaltó al oír la voz de Holly a sus espaldas.

—¿Disfrutando de la fiesta?

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —preguntó él.

Holly lo abrazó por detrás.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —respondió mientras le acariciaba entre las piernas—. ¿Qué ocurre, marido mío? ¿Es que no te fías de mí?

—No, es que te echaba de menos —susurró.

Nicole rió.

—No te preocupes, no estoy aquí para robar joyas, sino precisamente para evitar que las roben.

—¿Cómo has dicho?

—Me has oído perfectamente. Mi hermano Jeremy está trabajando a tiempo parcial para un viejo amigo nuestro, Bruno Demasi, que dirige una empresa de seguridad —explicó, frotando los senos contra su cuerpo—. Pues bien, Jeremy tenía un trabajo esta noche, pero su hija se ha puesto enferma y ha tenido que quedarse con ella, de modo que he venido para cubrirlo. ¿Y quién sabe? Si me gusta el puesto, es posible que me dedique a ello.

Alex la empujó contra una pared y ella frotó el trasero contra su erección. Entonces, Nicole gimió a modo de aprobación y él notó que no llevaba braguitas.

—Dime una cosa. ¿Cómo es posible que cada día te desee más? —

preguntó él antes de besarla en el cuello.

Nicole tomó una de sus manos y se la llevó a la entrepierna.

—No lo sé —respondió—. Tal vez porque esto te encanta.

Alex la obligó a darse la vuelta para poder besarla en la boca.

—No, es porque te amo.

A diferencia de la primera vez que se habían encontrado en una habitación así, en Baltimore, Alex no estaba dispuesto a retroceder. A fin de cuentas eran marido y mujer y tenía ciertos privilegios.

Entonces, se bajó la cremallera de los pantalones y se puso un preservativo. Luego, se inclinó sobre ella y dijo:

—Creo que no estás haciendo bien tu trabajo. Alguien está robando las joyas de la anfitriona, por así decirlo...

—No, no es cierto —dijo ella, llevándose la mano a un collar de diamantes—. Como ves, las tengo yo.

Alex la tumbó sobre la cama y se preguntó cómo era posible que una mujer tan sumamente perversa pudiera ser, al mismo tiempo, tan increíblemente maravillosa.

Y dio gracias a todos los dioses por haber logrado que Nicole se prestara a hacer algo tan convencional como convertirse en su esposa.

FIN